

ERRARÁS INDISTINTO

*Hombre que esperas sin encontrar paz,
sombra cansada en la luz polvorienta,
el último calor se irá marchando
y errarás indistinto...*
(G. Ungaretti, *Sombra*, 1927)

I

Emeterio, éste es un gran día. Todo era cuestión de tiempo. Ya te lo dije. Tú no me creías y, a ratos, te impacientabas. Pero, ya ves, tenía yo razón, como casi siempre. No te lo he dicho antes, amigo mío, porque he estado muy ocupado. Lo he hecho. Sí, lo que tú imaginas. He localizado a Clara. Le he escrito una larga, larguísima, carta. En respuesta a la última suya, pero también contándole todo lo que sucedió después. Eso que tú ya sabes... Ahora, es sólo cuestión de esperar. Estoy seguro de que contestará. Estoy completamente cierto. ¿Que tú tienes dudas? No. Deséchalas. Tú no la conoces como yo. Ella es sensible y generosa. Sí, es cierto, han pasado casi seis años. Su vida habrá cambiado, no cabe duda. También la mía. Yo ya no soy el de antes... ¿No he mejorado? ¿No he madurado muchas cosas por esta terrible experiencia? No me digas eso, Emeterio, tú sabes bien que si ya tenía antes buena disposición, ahora soy mejor. Las cosas se han ido decantando, depurando, afinando. La falta de libertad, aunque parezca paradójico, me ha liberado de muchos miedos. ¿Sigo siendo un poco pacato? No digas majaderías. Tú qué sabes. Nunca lo fui y menos ahora. ¿De qué me voy a precaver, de qué? a ver, ¡dímelo! Mira, Emeterio, si todo lo que te digo me lo vas a discutir, entonces es mejor dejarlo. Te digo que éste es un gran día y no intentes aguármelo. No te lo consiento. ¿Es que ya no recuerdas cómo me encontraba? ¿Es que no recuerdas cuántos días me pasé delante del balcón sin ánimo de nada? Y no digamos los anteriores, porque era mucho peor cuando aún ni siquiera podía sentarme ante el balcón. Es verdad, ya no me acordaba, tú llegaste después y te empecé a contar todo al cabo de casi dos meses. Es normal que no te hagas cargo de lo que aquello supuso, pero fue terrible. Terrible de verdad. Pero sí que te dije cuánta amargura y cuánta soledad habían pasado sobre mí. Creo que te

lo expliqué con toda claridad, sólo que eres un poco tardo de entendederas, Emeterio. A estas alturas, ya podrías conocerme y saber que no digo una cosa por otra. Llevamos ya mucho tiempo juntos y aún parece no entenderme, no comprenderme. Yo creo que no te esfuerzas bastante. Incluso pienso que te rebelas, que no quieres entender. ¡Allá tú! Pero lo que te digo es más verdad que la Biblia. He dado un paso importante, no sin esfuerzo, y eso tiene que tener su recompensa. Hasta Mariano está asombrado y tú te quedas ahí, mirándome con cara de escepticismo, como si desconfiaras, no ya de los resultados de mi gestión, sino de mi voluntad de emprender de nuevo un camino; un camino que no debí dejar escapar. Nunca es tarde y todo llega a su tiempo. Lo que en un momento no fue prudente, ahora y de cara al futuro, no sólo es prudente, sino que estoy convencido de que es lo que debía hacer. Es la última oportunidad y no puedo dejar que escape. Eso sí que lo entiendes ¡Vaya, menos mal! ¿Que si yo creo que la gente está siempre esperando por mí? No. En absoluto. Cada cual va a lo suyo. Sin embargo, yo sé lo que hubo, y donde hubo, queda. En eso confío. Más que confiar, ya te he dicho, tengo la seguridad plena de que es así. He pedido excusas, aunque no estoy muy convencido de que hubiera podido o debido hacer otra cosa. Pero he pedido excusas. Ella lo comprenderá. Yo creo que ya lo comprendió en su día. Así que no es tan descabellada mi esperanza. Emeterio, me has hecho mucha compañía. Ahora mismo me estás escuchando y eso es importante, pero tu cara de incredulidad te diré que casi me ofende ¿qué interés sacas en que me equivoque? ¿En qué te beneficia a ti que yo no consiga lo que pretendo? ¿No será que tienes miedo de que me olvide de ti, de que te arrincone por algo mejor? No seas bobo, Emeterio, tú has sido todo este tiempo mi único confidente, mi amigo, mi hermano. ¿Tan desagradecido me crees? No. Una vez que Clara me responda y según vayan las cosas, no dudes que seremos tres a compartir confidencias. Tres en compañía. A ella le gustaban estas cosas. ¿Es que ya no te acuerdas de cómo empezó todo? Empezó por ella. Si tú estás aquí ahora, es por ella. A mí solo no se me habría ocurrido. Acuérdate de las muchas dudas que tuve al principio. Hasta me parecía una manera de chifladura. Pero si tú no llegas a venir, si no llega a ser por tu compañía, sí que me hubiera

chalado. No lo dudes. También me vino bien el hablar contigo para poner en orden mis ideas, aunque tú te fuiste rebelando poco a poco y esa cara con que me miras significa, sin duda, que aún te me opones. Ya te convencerás. Te lo prometo. Mira, Emeterio, la vida es una cosa muy rara. Nadie llega aquí preparado para manejarla. Tú tienes tu modo de ver las cosas y yo el mío, eso es cierto, y yo no puedo por menos que actuar tal como mejor me parezca. Lo hecho, hecho está y se verá. Pero, cuando miro atrás y veo todo lo que ha sucedido, me doy cuenta de que podría seguir allí, clavado ante el balcón, sin más esperanza que morirme. Luego, llegaste tú. Nuestras conversaciones me fueron abriendo un camino que me llevó hasta este momento glorioso y no voy a dejar que me comas la moral con pegas y pamplinas. No señor. Además, la carta está mandada y es cuestión de tiempo. Te convencerás por ti mismo. Emeterio, ¿cómo se te ha podido olvidar qué situación tenía yo el día en que empecé a hablar contigo? No me podía mover, no tenía ganas de nada, los recuerdos eran confusos y dolorosos, todo yo era una queja, pero, sobre todo, era una queja desesperanzada. Acuérdate, yo allí, sentado ante el balcón, con los ojos perdidos a través de los cristales, mirando, sin ver, la casa de enfrente. Acuérdate, Emeterio, acuérdate.

II

Sí. Dice Céspedes. Tiempo, es cuestión de tiempo. Pero ¿qué tiempo queda ya? El bueno de Mariano Céspedes insiste en lo de la paciencia. Él no está clavado como tú, Miguel, en este sillón, mirando a través de esos acuosos cristales, todo el santo día de Dios. Tiene buena voluntad. No cabe duda. Así es él, Mariano; fiel, buen amigo, servicial, misericordioso. Quizá es eso; misericordia. Me tiene lástima y, a lo mejor, tiene razón en tenérmela. Pero todo el día con esas ventanas que apenas se entreven ahí enfrente. Ventanas que parecen los ojos ciegos de una calavera, repetida una y mil veces hasta donde me alcanza la vista. Además llueve. Aquí siempre llueve. Bueno, hay días de sol, pero como si no existieran. Primero el sol tiene que arrasar con la niebla que sube del río. Esa niebla espesa. ¿Habría en algún lugar de la tierra cristales verdaderamente transparentes? Éstos son como aquéllos del dormitorio. ¡Qué frío! Los pies no me llegaban al suelo. Tenía que estirarme todo para alcanzar la baldosa negra donde estaban mis zapatos, sin pisar la baldosa blanca que era como un hielo. Ahora no podría hacer ese gesto. Tendría que estirar la pierna izquierda y ésa no se mueve. Con los pies en los zapatos, me estiraba otra vez, siempre hacia la izquierda, para alcanzar la ropa. Mi ropa. Que no era mi ropa. Era como la de todos y estaba en el mismo sitio. Como si quisieran borrar las diferencias: Todos iguales ante el Señor. Digo yo que sería eso. Yo no era igual. Ya yo no era igual. Yo lloraba, según me estiraba para llegar a los zapatos. Sí. Mi casa se veía a lo lejos. También los cristales eran acuosos como éstos, pero se veían las ventanas de mi casa y, según las miraba, me llegaba el olor de mi madre, el roce de sus zapatillas sobre las baldosas del pasillo, el tacto tibio de sus manos en mi cabeza. Las cosquillas y, Miguel, levántate, que has de ir a la escuela. ¡Ojalá

mi madre me pudiera decir ahora Miguel levántate! Yo remoloneaba, hasta que ella tiraba de las mantas. Aunque me dijera ahora, levántate, no podría saltar de la cama. No es por pereza. Entonces, sí. ¡Qué pereza ir a la escuela! La maestra, con aquel moño en la nuca, con las gafas en la punta de la nariz y la regla amenazadora. Venga de copiar no debo hablar en clase, quinientas veces y que no sea de carrerilla. Te has torcido, decía la muy bruja, lo has hecho de carrerilla. Repítelo, y allí, sin poder salir de la clase, con un frío del demonio, sin poder comerme aquel chocolate que sabía a tierra. Ahora tampoco lo puedo comer. El colesterol, dice Céspedes. ¡Qué más me dará a estas alturas ya el colesterol! Le voy a decir a Reme que me traiga chocolate. Es posible que aún haya aquél tan gordo y tan negro que soltaba polvillo. ¿Cómo se llamaba? No me acuerdo, pero si se lo explico a Reme, me lo traerá. No, me traerá la medicina. Don Miguel, se la tome, ¿con caldo o con leche? Con agua, mujer, con agua. Que estoy de calditos hasta más allá. Ay, dirá ella, qué rebelde es usted. A la señorita Desamparados se lo he de decir, que no me come usted nada. Pero igual la convengo con lo del chocolate. Parecía amasado con arcilla. Se quedaba pegado al paladar y hacía unos churretes como de alquitrán alrededor de la boca. La Reme. Es buena mujer. A lo mejor me tenía que haber casado con ella. Como su Esteban tuvo a bien morirse cuando menos falta hacía, que dice ella. Pero, si se lo propongo ahora, se lo tomará como una burla. Claro que si le dejo la herencia, a lo mejor se aviene. No, a Desamparados le daría un síncope. No me falta más que casarme con la tata. Ésa sí que sería buena. Al menos hablarían de mí. Ahora ya no llama nadie. Yo creo que nadie habla de mí ya. Ésa sería una buena campanada y volverían a comentar. Mientras hablan de ti es que estás vivo. Yo, aquí, en este sillón, delante de los cristales que no dejan ver más que ojos de calavera, estoy ya más muerto y más enterrado que nadie. Por eso me parecen calaveras, porque estoy muerto y enterrado. Sí, como me temía, aquí está Reme. ¿Caldo o leche? ¿el caldo luego? No, me dan ganas de gritar. No más caldo. Nunca, nunca jamás. Pero le digo que luego, ¿para qué discutir? Pobre Reme, se compadece también. Me ve llorar y se compadece. Pero estas lágrimas no son como aquéllas. Como las que derramaba porque echaba de menos mi casa y a mi madre. Ahora salen sin que yo

me dé cuenta. Se me derraman y quiero enjugármelas con la mano izquierda y no me responde. Quiero rascarme la cabeza con la mano izquierda y no me responde. Como decía Clara, ¿te estás arrancando del cerebro malas ideas o sólo quieres arrancarte el pelo? Si pudiera aún tener una mala idea a lo mejor no estaba tan muerto como yo creo. Dice Céspedes que tengo que hacer ejercicio con el brazo muerto. De ahora en adelante me rascaré la cabeza, llevándome la mano muerta con la derecha. Así hago ejercicio y me aparto las ideas, buenas o malas, de la cabeza. Clara. Clara que me veía como si leyera dentro de mí y yo que nunca sabía por dónde andaba ella. Me aprendí sus frases. Luego, me echó en cara que, al repetirlas, yo no sabía lo que decía. Es posible. Pero me gusta recordar sus frases. Me gusta más recordarlas cuando estoy en la cama. Me dejaré ese pequeño placer para la larga noche. Ahora debo concentrarme. Dice Céspedes que es bueno que haga ejercicios mentales ordenados. Pero estoy harto de repetir la tabla de multiplicar, y las frases mnemotécnicas de los Concilios, los Papas, los silogismos, los partidos judiciales y los afluentes del Duero. Ni cambiando de río puedo más con ese ejercicio. Así que voy a pensar lo que me dé la gana. Por ejemplo, qué buen verano aquél en que me dieron las fiebres reumáticas. Me dieron vacaciones en el Seminario. Todos aquellos pobres se quedaron allá y yo me fui con mi madre a San Martín. Incluso fuimos a tomar las aguas un par de veces. Mi madre, Desamparados y yo. ¡Qué bien se estaba en el pueblo! Me debería ir allí. ¿Qué hago yo en esta ciudad? Claro que no puedo cargar a mi hermana, con todo lo que tiene. Desamparados es muy buena, pero lo suyo podría parecer una maldición. Primero, cuidar de mi madre. Por poco se queda solterona, porque no salía a la calle más que para ir al mercado o a misa. Menos mal que apareció el bueno de Rufino. Él también con esa poca salud. Ella todo el día pendiente de él. Aunque a mí me parece que lo suyo es una enfermedad imaginaria, porque cuando es temporada de caza, bien que se levanta a las cuatro de la mañana, aunque hiele. Yo sí soy un enfermo. No, un enfermo no, un inválido, que es peor. Con esta mano y esta pierna secas. Sólo le falta a mi hermana que le caiga yo encima. Aquí con Reme estoy bien atendido. Como dice mi Decano, y también Desamparados lo cree, aquí, dentro de poco, podré volver a dar mis

cursos. Podré volver a escribir. No sé por qué digo tonterías. No puedo escribir ni puedo salir. Claro que, por otra parte, si la semana que viene empiezo con los ejercicios de rehabilitación, a lo mejor consigo cierto dominio. Con un bastón y acompañado de Reme, puedo ir a la Facultad y dar alguna clase. El Doctorado, por ejemplo. Escribir es lo más difícil. Cuando le quise el otro día escribir una nota al Decano, tuve que desistir. Mariano se encargó de transmitirla de viva voz. Siempre puedo encontrar un estudiante a quien dictarle o comprar un ordenador y que lo vaya escribiendo directamente en una de esas máquinas infernales. Claro que no podrá ser un estudiante como la Paloma Cantador. ¡Qué chica! Se me colaba en el despacho a cualquier hora, con aquellas blusas escotadas, enseñando los pechos, se acodaba en mi mesa y yo no daba pie con bola. Se reía de mí. Sí, se reía de mí, la muy endiablada. La verdad es que tenía bonita voz. El dúo que improvisamos en la fiesta del Congreso no nos quedó mal, si no hubiera sido porque al final se me colgó del cuello, delante de todo el mundo, y me dio un beso en la boca que me hizo tiritar... Lo peor no fue el beso. Lo peor fueron las cejas de Clara y cómo bajó ella la vista y se puso a hablar con aquel cretino de Tomás que estaba a su lado. Su expresión era como la de quien se está ahogando. Ella pasó más vergüenza que yo. A mí en el fondo me gustó el beso. Claro, que luego no me la podía quitar de encima ni con agua caliente. La noche que se metió en casa, con la excusa de que me la llevara, a las dos de la mañana, a su pueblo y me amenazó con que si no lo hacía, se quedaba a dormir conmigo... No sé cómo tuve serenidad para llamar un taxi y despacharla, porque estaba estupenda y se restregaba contra mí y todo eran arrumacos. Como un gato. Era igual que un gato. Gracias a Dios que siempre me han sido antipáticos los gatos. Creo que fue eso lo que me salvó de aquella chica. Como los gatos, un febrero, se escapó con uno que tocaba no sé qué en un conjunto. No sabe el músico lo agradecido que le quedé de que se la llevara, aunque alguno me mirara por los pasillos como si yo fuera un marido engañado, un novio plantado ante el altar. ¡Qué cosas! Sin embargo, si me hubiera liado con ella, a lo mejor se me hubieran acabado los problemas. Tendría otros, seguro, pero el problema de la soledad se me habría acabado. Las indecisiones se me habrían acabado. Si Paloma me hace un hijo, en aquella

época, a lo mejor me decido y cambio... No sé. Eso debería haber pasado mucho antes para que hubiera servido de algo. Tal vez, a los treinta años, si alguien me hace un hijo, aún hubiera sido capaz de hacer algo de provecho. Estoy diciendo tonterías. Yo, entonces, estaba bien donde estaba y mucho después también. También tuve mis tentaciones y no caí en ellas. Un poco, pero casi nada y no pasaron a mayores. Además las cosas no se hacen así. No puede uno salir por la puerta falsa. Yo lo hice bien. Y además lo hice yo solo, sin dar escándalo. El procedimiento era muy corriente. Conozco a más de tres o cuatro que hicieron eso. Liarse con la primera que les dijo por ahí te pudras y, ahora, de aquéllos no quedan más que dos bien casados. Otros. Otros ahí siguen, por supuesto, y los que lo hicieron después y sin faldas de por medio, enseguida se enredaron con alguna y ya van por el tercer matrimonio. Ya está aquí Reme otra vez, ¿qué pasa ahora? ¿mi hermana? Sí, le diré lo de siempre, que estoy bien, que voy a empezar la gimnasia, que en un par de meses ya podré ir a la Facultad, que daré cursos, que podré escribir, si no me ve animado se angustia y bastante tiene con Rufino y sus dos fieras. Ya está mayor para guerrear con hijos de catorce y dieciséis años. Ya lo decía Clara, a los cuarenta años no se deben tener más hijos y si no se han tenido antes, pues haber espabilado. Ella lo decía muy claro; la edad mental no acompaña a la edad fisiológica. Uno tiene los hijos cuando no sabe lo que es eso y cuando lo sabe, ya no está en edad de tenerlos. Al decir eso, siempre alzaba las cejas y tomaba un aire pontifical. Siempre que decía algo de lo que estaba convencida, ponía esa cara. Una carita. Como cuando lloraba. ¡Qué carita! Pero, no. Clara es para las noches. En Clara tengo que pensar por las noches. Ella era como un sueño y yo no supe entender ese sueño, así que lo dejaré para entonces. Bueno, Rufino y Desamparados, con las fieras, van a venir el próximo fin de semana. Es de agradecer, pero casi que no tengo ganas de verles. Esos chicos me marean. Todo el día con la televisión a vueltas. Espero que haga bueno y se vayan a darle patadas al balón y no se queden aquí toda la tarde enchufados al televisor. Y las hazañas de Rufino. Ésas son peores. Es como si él hubiera inventado la calefacción y el agua caliente. Cuántas veces me habrá contado ya el hombre lo del suelo radiante. Pero si eso es lo que hubo siempre en el pueblo. Lo llamábamos la

gloria, que es mucho más bonito que lo de suelo radiante. Hasta en el hospital me contaba lo mismo. ¿No se daría cuenta de que yo estaba al borde de la muerte? ¿No se daría cuenta de las pesadillas y visiones que me asaltaban, para que él me torturara con sus propias visiones? Como aquel día, que creía yo estar en una nave espacial, llena de negritos y de juguetes y él venga a explicarme los arreglos que había hecho, mientras yo andaba empeñado en comprender por qué estaba yo en el espacio y no flotaba ingrávido y qué hacían los negros allí, y cuando se lo dije, le comentó a mi hermana, para mí que Miguel ha perdido la cabeza también. Es de agradecer, por otra parte, que se preocupen por mí y que vengan a visitarme. Ya nadie me llama. Nadie me escribe. Lo que yo daría por recibir una carta de Clara. No como la última. Pero al menos, unas letras. No debe saber nada. A lo mejor ya no le importa. Es mejor que no le importe. Yo ya no soy más que un muerto que todavía alienta y, además, ha pasado tanto tiempo. Seguro que ella está ahora mucho mejor entre sus naranjos, sus palmeras y sus cipreses. Otra vez Reme. Que me he de ir a acostar. ¡Dios mío! el largo pasillo. Nunca me di cuenta de que fuera tan largo. Es verdad. La luz se ha ido hace mucho rato. Los ojos de las calaveras se han encendido.

III

Ya son las cuatro de la mañana. Al menos debo haber dormido dos horas. No está mal. Ayer creo que fue menos. No sé. Luego, Reme dice que me duermo en el sillón. No es verdad, me hago el dormido para que no me dé la tabarra. Esto de la tabarra lo decía mucho Clara. Debe ser una expresión valenciana. Ella lo alternaba mucho con pestiño y tueste. La verdad es que tenía un vocabulario muy peculiar y variado. Era una mujer divertida, no cabe duda. Estoy hablando de ella como si se hubiera muerto. No. Ella no se ha muerto. La que se murió fue Hannah. Sí, muerta y enterrada. Me acuerdo de cuando le hice esa confidencia a Clara. Tenía esa costumbre tan suya de preguntar las cosas directamente y quedarse esperando una respuesta, mirando con unos ojos tan inquisidores, que era imposible devolverle una evasiva. Yo lo intenté muchas veces. Nunca conseguí que cesara. Fue y me preguntó ¿tú has estado enamorado alguna vez? Si tienes la experiencia, ahora, reconocerás los síntomas. Yo le dije que sí y me salió aquella cursilada de que mi amor estaba debajo de una losa. Ella se quedó un poco parada, pero siguió preguntando ¿era de tu pueblo? Supongo que pensaba en un amor adolescente o casi de infancia. Cuando le expliqué que yo ya tenía casi los treinta años, que estaba estudiando Patrística en Roma y que ella era unos veinte años mayor que yo, se quedó de piedra. Pero, siguió preguntando y ¿entonces, por qué no te casaste con ella? No podía. Yo era cura. Ya, eso ya lo sé, dijo ella. Pero tú ¿ligaste con ella? Sí. Pero, ¿ligar, ligar? Sí, incluso hicimos un par de escapadas juntos a París. Allí nos despedimos la última vez. ¿Cuánto duró? Tres años. ¿Tres años y eso no te hizo pensar que siendo cura estabas meando fuera del tiesto? Así era ella. Bueno, así es, que ella no está muerta. No. Me sentí muy pecador. Me arrepentí, pero pensé que estaba bien como

estaba. Además Hannah Feuerstein, mi mujer chispas de fuego, que la llamaba yo a veces (siempre he sido un cursi), era viuda de un judío alemán, muerto en un campo de concentración. Ella escapó por los pelos. Estaba demasiado obsesionada con su experiencia, con su huida por el monte hasta Suiza. Por las noches, se despertaba entre sollozos y ya hacía unos treinta años de su desgracia. Claro que, cuando se casó, y no le duró el matrimonio ni un año, no tenía más que diecisiete. Judía, alemana, machacada por la guerra a los diecisiete años. Yo cura, más joven, sin experiencia. Aquello hubiera sido un desastre. Clara decía que yo era un tipo raro. Decía que aquello me debería haber hecho pensar. Yo le decía que sí, que había pensado y mucho y ella exclamaba ¡en la mona de Pascua! No llegué a saber qué quería decir exactamente. Cinco años después supe que tenía un cáncer y que se estaba muriendo en un hospital. No fui capaz de ir a verla. Nunca he sido capaz de ir a visitar su tumba. Clara no podía entenderlo. Yo tampoco sé muy bien por qué no pude volver a visitarla, siquiera como amigo. ¿Por qué no fui a consolarla en su enfermedad, por qué no visité su tumba nunca? Pero, no quería yo pensar ahora en Hannah, aunque me llega a la nariz el olor peculiar de su casa. Olía a papel, a cartón, a cola, a tinta, todo mezclado con olor a col cocida. Un olor como no había ni hay otro. Los libros que encuadernaba eran una maravilla. No sé cómo podía terminar los trabajos con tanta perfección con lo oscura que era la habitación que tenía dedicada a taller. Era como una cueva. Tal vez era capaz de ver en la oscuridad como los gatos. Todas las mujeres con las que me he relacionado parecían gatos. Es curioso. Menos Clara. Clara era como un perro. Un perro fiel. Probablemente ha sido la única persona verdaderamente leal conmigo. Yo no lo fui con ella. A ella también la dejé sola y, sin embargo, le podía haber hecho mucha compañía. ¿Qué me asustó entonces? No. Yo no me asusto de nada. Nunca he tenido miedo. Era prudencia. Había que ser prudente. Tampoco visité a Hannah, ni fui a rezar a su tumba por prudencia. Además, no estaba enamorado de ella. Tampoco estaba realmente enamorado de Hannah. Le mentí a Clara. Yo de quien me enamoré de verdad fue de Isabel. Ni Victoria ni Mónica significaron nada para mí. Pronto que le dan a uno. Las mujeres, por otra parte, son muy atrevidas. Victoria también se me metió de repente en la vida,

como Paloma, pero en otro estilo. Con ella yo podía haber hecho la buena obra de mi vida, aunque tampoco hubo mucha ocasión. Aquello fue flor de un día. Clara nunca se lo creyó del todo. Siempre sospechó que allí había habido más de lo que yo confesaba. No es cierto. No pasó de un par de paseos y de unos cuantos achuchones, como dice Clara. Pero yo quiero pensar en Clara. Clara Soler. Era verdaderamente solar. Como un rayo de sol. Ese sol tibio de las mañanas frías que tanto se agradece y que te permite recordar el verano en lo más pesado del invierno. Ese sol que te caldea los huesos y te hace creer que recobrarás la juventud y que alcanzarás la eternidad. Su sonrisa, su boca, sus ojos, sus cejas. ¡Dios mío! ¡Qué trabajo me cuesta reconstruir su cara! ¡Señor, no me prives de recordarla! Ya están aquí las lágrimas. Son mecánicas, dice Céspedes. No debo tenerlas en cuenta. No. No son como aquellas otras que lloré al recibir su carta, su última carta. ¡Maldita sea! cómo pude ser tan idiota. No, no era idiotez. De acuerdo en que no me porté bien. No fui solidario, como decía ella. No fui leal, como decía ella. Debí acompañarla en su desgracia. Pero yo estaba intentando reconstruir mi vida, reconducirla. Además, otra cosa entre nosotros, antes de aquello, no hubiera sido prudente. Ella era muy conocida. Yo también. Lo nuestro no fue más que una amistad y, sí, tengo que reconocer que en la amistad le fallé. Aunque tampoco actué tan mal. Digo yo ¿qué otra cosa podía hacer? De todas maneras, guardo muy buenos recuerdos de los tiempos en que nos conocimos. Fue muy divertido y ella me salvó la vida con aquel Congreso. Menudo follón si no llego a dar con alguien como ella. Salió bien. Muy bien. Fue un éxito. La verdad es que ella sólo se ocupó de la infraestructura y de la cosa económica. Yo soy negado para esas cosas. Lo académico lo hice yo solo. También colaboró el cretino de Tomás, pero de correveidile, que es para lo que sirve. Luego, se daba unos aires, con ese inglés deplorable que habla... Si no llega a ser por mí y por el Congreso que le monté y que le vino de perillas, aún seguiría de meritorio y ¡míralo ahora! de secretario de la Facultad y se rumorea que llegara a vicerrector. ¡Cómo está la Universidad! Ésa es la señal de que es una institución en decadencia. Pero yo no quería pensar en Tomás. ¿Qué hora será? ¡Qué difícil se me hace volver la cabeza para ver el reloj! ¡Ah, la Antigua, suena! ¡He contado seis o

siete? No sé. Vamos a ver si tirando con la derecha puedo volverme y ver el reloj. ¡Ya! Las seis y diez tiene éste. ¿He tardado diez minutos en poder darme la vuelta? ¡Jesús! Bueno, cuando venga el chico ése de la rehabilitación, supongo que iré mejorando mis marcas. Es sólo cuestión de tiempo, ya lo dice Céspedes. Me imagino que ese muchacho me enseñará también algunos trucos. Debe estar acostumbrado a tratar con gente en mis circunstancias... Las circunstancias. Ésas son muy importantes. Clara nunca tenía en cuenta las circunstancias. Ella lo llamaba los imponderables. La vida está llena de imponderables. No vamos a añadir más peso del necesario a lo imponderable. Las cosas te atacan y hay que resolverlas. Pero crear cosas o dejar que las cosas se te echen encima es de tontos. Hacía una interpretación muy curiosa del creced y multiplicaos y del dominad la tierra. Sobre todo de «dominad la tierra». ¿Qué cree el teólogo que significa eso de dominad la tierra? Pues significa, decía sin dejarme replicar, que uno tiene que ser dueño de sí mismo. Debe enseñorearse de sí y, después, con eso, se domina todo. Las circunstancias no existen. Uno se fabrica sus propias circunstancias, por acción o por omisión. Si dejas que los demás te lleven la vida, terminas en Tordesillas, siendo una bruja. Mírame a mí. Si no dejas que te controlen, haces de tu capa un sayo, y, a pesar de los cotilleos, te largas y te vienes a Valladolid. Aunque yo estoy aquí de paso. En cuanto haya una vacante me vuelvo a Valencia, de donde no debí salir, ni dejar salir a mi pobre Carlos. Ésa fue la vez que me dejé llevar de las circunstancias y así me ha ido. Mi marido vino al encuentro de la muerte y yo al encuentro de los puñales que me lanzaron sus parientes. Yo le ayudé a morir y por poco me muero yo de angustia, aguantando a aquella gente. Así que, ahora y siempre, mis circunstancias me las hago yo. Me vuelvo a Valencia en cuanto pueda y a disfrutar del olor a azahar, a ver las palmeras y los cipreses, a comer pescadito frito y a mirar el rostro de Dios en las olas del mar. Tú, como eres de Zamora, no tienes ni idea de lo que es el Mediterráneo. Hombre, le decía, yo he vivido en Italia. ¿Y qué? se picaba ella y en la cara le salía aquella especie de hoyuelo, que no era tal, que era más bien una arruguita al lado de la comisura derecha. Lo que yo te diga, no puedes saber lo que es el Mediterráneo, porque nunca has llorado un amor de los quince años mirando al mar, porque no

te has sentido nunca la mujer más desdichada de la tierra y te has ido a la orilla del mar a contarle tus penas, porque no has escrito nunca versos, de noche, apoyada en el alféizar de tu ventana, desde la que se veía a lo lejos el mar y la luna llena reflejándose en él. No tienes ni idea de lo que es jugar a indios y americanos en las dunas de una playa, abrasándote los pies con la arena. No sabes lo que es oler a pescado y que te guste limpiar pescado. Yo no sé limpiar un pollo y me dan un asco horrible los conejos con sus ojos sanguinolentos, me parecen niños asesinados, pero sardinas, dame siete kilos de sardinas y te los limpio en dos minutos y, luego, soy capaz de no lavarme las manos en varias horas para conservar el olor a pescado. Un año fuimos a Torrevieja a veranear. ¡Qué sardinas! y los higos de pala, ¿tú tienes idea de lo que son los higos de pala, los higos chumbos, las *figas de moro*? ¡Ni puñetera idea tienes! Toda una declaración de principios, decía que era. Como si estuviera recitando el Credo o la Constitución; todos los españoles tienen derecho a saber lo que son las *figas de moro*. Todos los españoles tienen que amar, respetar y defender al Mediterráneo. ¡Ay Clara! ¿Qué estará haciendo? Si supiera lo que ha pasado, igual aún sentía por mí algo de amistad y daba señales de vida. Pero no tengo modo de hacérselo saber. Es imposible. Ni siquiera sé si se fue a Valencia o a Sueca. Podría mandarle una carta al Banco, a cualquier sucursal, buscándola en el listín telefónico o mandando a Reme que se informe de cuál es la central de Valencia. Es una idea, no sé cómo no se me ha ocurrido antes. Eso haré. No. Mejor, no. Le tendría que dar explicaciones a Reme. Mejor, cuando haya hecho un poco de gimnasia y esté más ágil y pueda salir a la calle solo, entonces me busco yo la manera de averiguar esta cuestión. Es una cosa muy personal y no sería prudente encargarse de ello a nadie. Sí. Yo siempre he sido prudente y me he preocupado del qué dirán y de la reputación, de la mía y de la de los demás. Es importante mantener un cartel. Clara no compartiría conmigo esto. Ya sé. Sí, por supuesto. A lo mejor ella tiene razón, pero yo soy como soy, soy de otra generación y antes éramos más mirados con esas cosas. Isabel es de otra generación. Clara, en realidad, no; es de la mía. Sin embargo, había en ella algo juvenil, contestatario, rebelde y parecía tan conservadora, tan tradicional. Era una mezcla curiosa... Cómo le cambiaban los ojos y las cejas y

la comisura de los labios cuando tocabas aquellos temas que ella decía que afectaban a sus principios y, sin embargo, a ratos parecía echarse a la espalda cualquier cosa. Incluso parecía no tener una moral definida, pero era de una rectitud y casi rigidez de criterio en muchas cosas... ¡Extraña mezcla de mujer liberada y puritana! Yo, la verdad, no llegaba a entenderla del todo y, sin embargo, qué bien se estaba con ella. Tampoco me perdonaba una. Quizá ahora, así como estoy, impedido, necesitaría de alguien como ella que me pinchara, que se metiera conmigo, como ella hacía, que me llamara listo para las ecuaciones y tonto para los recados. Ella había adoptado esa frase de un amigo suyo, al que siempre citaba cuando la empleaba, para definir y clasificar a la gente. Decía que el mundo está lleno de listos para las ecuaciones y tontos para los recados. Yo formaba parte de esa legión. Nunca me lo llegó a explicar del todo. Decía que se entendía a la primera y que si yo no la comprendía, era porque, efectivamente, era tonto para los recados. Ha vuelto a sonar el reloj de la Antigua. Ya son las ocho. Hay un leve resplandor. ¡Qué tarde amanece! aunque, tal vez, lo que pasa es que hoy también está nublado y lloverá. Me sentaré en el sillón y contemplaré las ventanas de enfrente como ayer. Ya oigo a Reme. En un instante estará aquí para ayudarme. La tarea de ponerse en pie tampoco es manca. Ánimo, dentro de poco ya podré hacerlo solo. Creo que voy a encargarle que me traiga los periódicos. Tengo que saber lo que pasa en el mundo. La televisión me marea. Sí, ya está aquí. Reme, cuando salga, tráigame los diarios.

IV

No. En el sillón es imposible. No puedo manejar el diario con una sola mano, teniéndolo apoyado en las rodillas. Si pruebo a levantarme y lo pongo sobre la mesa, tal vez, entonces sí. Bueno, allá voy. Ha entrado Reme. Hay que ver la cara que ha puesto. Le hago un gesto para que se esté quieta. Se para. Yo sigo. Me apoyo en el brazo del sillón. Me endezco. Ya estoy de pie. Ahora, doblo el cuerpo, poco a poco, para no perder el equilibrio y estiro el brazo en un movimiento rápido hasta apoyarme en el respaldo de la silla. Sí. La pierna izquierda me sigue, arrastrando por el suelo el pie dormido, pero me sigue. Separo la silla de la mesa, me agarro al tablero y me dejo caer en el asiento. Ya está. Lo conseguí. Reme me mira con media sonrisa incrédula bailándole en la boca. La miro, compartiendo su regocijo. Ha habido un fallo. Los diarios se quedaron junto al sillón. Reme no me da tiempo para que me entregue a la desolación. Muy bien, don Miguel, esto va muy bien. Aquí tiene los diarios. Si quiere mañana se los traigo y ya se los dejo sobre la mesa, para que los lea con más comodidad. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Ha tenido usted una idea estupenda. Es que soy estudiado, como dices tú. Ella me replica, la señorita Clara decía de broma, leído y escrito, ¿se acuerda? Al oír el nombre de Clara en boca de Reme, doy un respingo. ¿Sabrá esta mujer que me paso el día pensando en Clara? ¿También a ella se le han pegado las frases y expresiones de Clara? No puede ser. Es una casualidad. En fin, a ver quién se ha muerto. Me gustan las esquelas. Después de leer los diarios de Madrid, lo único de interés en el *Norte* son las noticias de desastres locales y las esquelas. Claro que desastres locales pueden ser cualquier cosa, desde la decisión de un edil de cambiar todas las farolas de un barrio, hasta un crimen pasional o el derrumbamiento de una fachada,

aunque, últimamente está muy soso. No sé por qué digo últimamente, porque la verdad es que hace más de dos meses que no leo un periódico. Lo mejor son las esquelas, sin duda. Se conoce a la gente por las esquelas. Unas veces, al muerto y, otras, a sus deudos. Hay gente que deja escrita su propia esquela. En cambio, otros no quieren que les saquen dentro de un cuadradito. Hay quien deja el dinero para que le pongan una de media página que vale un ojo de la cara y los parientes se quedan la mitad del dinero, se lo comen en jamón, y luego le sacan una de esas raquílicas que apenas se ven en una esquina del diario, entre un anuncio de un taller de reparaciones y un programa de ordenador para jugar al fútbol. Clara echaba las muelas contra su madre a la muerte de su padre. Joaquín, su padre, como le llamaba ella. Nunca decía mi padre, sino Joaquín. Yo pasé largo tiempo sin saber quién era su marido, si Joaquín o Carlos. Bueno, pues Joaquín cada vez que veía una esquela, especialmente ésas que anteponen al nombre del difunto lo de excelentísimo señor, caballero de la gran cruz de esto o de aquello, se mondaba de la risa y decía sí, «cebada al rabo», a mí no me pongáis una cosa de éstas. Yo sin figurar en los periódicos soy más feliz. Seguro que otro al verla se reiría como hago yo. Gracias a Dios que aún queda gente seria en el mundo. La madre de Clara mandó poner una esquela, contra la voluntad del difunto y la de Clara, en la que constaba lo de excelentísimo y no sé qué cruz con distintivo blanco que le habían dado al hombre. ¡Pobre Joaquín!, la Vicenta es que es mucha Vicenta, decía Clara. Sin embargo, sólo con esta ocasión la llamó por su nombre de pila. Otras veces, al hablar de ella, la llamaba mi madre. Es curioso. Nunca le pregunté por qué llamaba a su padre por el nombre y a su madre no. También es verdad que después de aquello ya no hubo muchas ocasiones más de hablar. Ella se fue. En fin. Esto de las esquelas es útil, porque te permite quedar bien con la gente. Mandas unas líneas, te ahorras ir al entierro, aunque sepas del fallecimiento, y cumples. Yo lo hago siempre. Claro que, ahora, si me encuentro el nombre de un conocido, no le puedo mandar unas líneas. Tendré que esperar a contratar a ese estudiante que ha de venir a ayudarme con mis trabajos. ¿Le parecerá mal que le dicte también cartas personales? Si Clara me escribiera, no creo que me atreviera a contestarle por medio de otra persona. Tengo tantas cosas

que decirle que sólo ella puede leer u oír... Tendré que intentar escribir por mi cuenta. Aunque, si compro un ordenador, también puedo aprender a manejarlo yo y así, por lo menos lo personal, me lo despacho yo mismo. Todo es una complicación. Tanto tiempo aprendiendo a no depender de nadie y ahora dependo de todo el mundo para la cosa más nimia. ¿Qué es esto? Roma. Piazza del Popolo. Sí. Había una hermosa luz dorada, aquella vez que nos paseamos Hannah y yo por ella. ¿Por qué sale aquí? Ya. Una manifestación de agricultores, protestando de las medidas europeas. Se perdió la magia. Un lugar para las grandes revoluciones y ahora convertido en el escenario de una reivindicación más. ¡Qué le vamos a hacer! Pero, sí. Aquel día estaba hermosa la plaza. Hannah y yo hablábamos en alemán. Ella se reía muchísimo de mi acento. Lo peor era cuando yo intentaba decirle palabras cariñosas. En los momentos más íntimos, yo decía, medio ahogado por la vergüenza, la mala conciencia y por una cierta sensación de que era lo que tocaba decir, *ich liebe dich*, y ella se descacharraba de risa. Más de una vez me quedé en blanco después de eso... Sin embargo, una especie de fuerza superior me impulsaba a intentarlo una y otra vez. Terminé fastidiando nuestros encuentros. Quizá entonces aprendí a no decir nunca te quiero, por si acaso. Claro que no es lo mismo decirlo en español que en francés o en alemán. En otras lenguas es como si recitaras una lección. En la propia, es más solemne. Tiene que ser más sincero. Nunca pude decírselo a Clara. Es verdad que no estaba enamorado de ella. Era otra cosa, pero, éramos amigos y podía haberle dicho eso porque se entendía que era desde un afecto fraternal, desde la amistad... Pero nunca se lo dije. Sí, la piropeé alguna vez o le alabé su buen gusto o me fijé en los cambios de peinado y se lo hice notar. Eso les gusta a las mujeres. A ella le gustaba. Si yo tardaba mucho en decirle algo acerca de un jersey nuevo o una blusa o cualquier cosa, ella preguntaba ¿es que no me notas nada? También decía ¿a que es bonito? Siempre me gustó la entonación que le daba a esa expresión. También cuando miraba algo que le gustaba, desde unos zapatos en un escaparate a una puesta de sol exclamaba ¡qué es bonito esto! y se le iluminaban los ojos de un modo especial. Pero yo estaba pensando en Hannah y en Roma. Céspedes dice que tengo que ordenar el pensamiento. Todavía tengo pesadillas y visiones,

aunque ya no tomo los sedantes y Mariano opina que el mejor modo de combatir esos desvaríos es hacer ejercicios mentales ordenados. No puedo saltar de una cosa a otra. Tengo que disciplinarme. Eso me decía Clara. Eres un desastre, qué desorden, por qué no acabas una cosa y luego empiezas otra, que las llevas todas al retortero; disciplínate. ¿No te enseñaron los curas a disciplinarte? y ponía una sonrisilla maléfica como si estuviera pensando más bien en las disciplinas, pero en aquellas otras. Alguna vez insinuó si yo no tendría una vena masoquista. Tal vez. Es posible que la tenga o que la haya tenido. La verdad es que me sacrificué bastante por todo el mundo y mira ahora, nadie se acuerda de mí. A cuánta gente le he dado el espaldarazo en la Universidad. A cuántos les he pasado ideas e incluso trabajos empezados para que los terminaran ellos y se apuntaran el mérito. Ni una cita a pie de página; eso de agradezco al Profesor don Miguel de Lope sus orientaciones, o su apoyo, o sus sabias indicaciones o lo que sea... La gente es muy ingrata. Muy egoísta, sólo van a lo suyo. Cuando te necesitan, doctor de Lope esto, doctor de Lope aquello, y, a la hora de la verdad: Yo he llegado por mis méritos y que le den al doctor de Lope. Aunque a mí, en este momento, no me hacen falta citas a pie de página, lo que me hace falta es compañía. Ya podría alguno de esos lameculos interesados ser un poco agradecido y venir a visitarme. Clara tenía razón cuando decía «el infierno está lleno de desagradecidos». También es verdad que me lo decía a mí. Pero no era en serio, yo sí le estaba agradecido, no sólo por lo del congreso, sino por los muchos favores que me hacía, sin que yo se los pidiera. Me ayudó a invertir bien los ahorros, me gestionó aquel crédito tan bueno para arreglar la casa de San Martín, me conseguía billetes baratos para los viajes. Era una mina esa mujer. También es verdad que me compraba cosas, en cualquier momento, porque pensaba que yo las necesitaba. Los jerseys que me regaló para que estuviera en casa cómodo y caliente. Se fijaba mucho en esas cosas. También las hacía por otras personas, porque a Reme le buscó las zapatillas de casa anatómicas que fueron para ella una bendición. Ella se dio cuenta de que tenía juanetes. A mí no se me había ocurrido nunca mirarle los pies a Reme. Clara me dijo que eso, las manos y los dientes es lo primero que se le mira a una persona para saber quién es. Yo miro más

a los ojos, es la verdad. Clara decía que eso viene después si te empieza a interesar la persona en cuestión. Si no te interesa, ya no hay que perder el tiempo en preocuparse de sus ojos. Las manos, los dientes y los pies lo dicen todo. Sí. Clara era una persona cuidadosa y atenta. Le salía además de una manera natural y te daba lo que fuera, desde un regalo a simplemente compañía o conversación, de una manera que parecía que tú le estabas haciendo el favor de aceptar el regalo, de convertirla en tu confidente o de hacerla partícipe de tus problemas. Me acuerdo de cuando se sentaba en la cocina con Reme y comparaba a sus hijos con los nietos de Reme. Le pedía a ella consejo sobre cómo educar a los niños. ¡Es admirable! A Reme le falta medio paso para ser analfabeta. Clara se enfadaba y decía, hay mucho leído que no tiene idea de nada. Lo que se necesita para educar y criar un hijo es sentido común y no teorías pedagógicas y Reme tiene toneladas de sentido común, ¡ah! y experiencia. Ella ha sacado a sus hijos adelante sola. ¡Anda que no sabe cosas! Reme ha vivido, no habrá viajado, ni sabrá idiomas, pero conoce la vida, no como otros que se dan mucho pisto y no saben de lo que hablan. Esto lo decía por mí, por supuesto. Pero, era para meterse conmigo. Ella sabía que yo también tengo mi experiencia y he vivido, no lo he aprendido todo en los libros. Es verdad que no he criado hijos, pero no debe ser tan difícil cuando lo ha hecho Reme y hasta Clara le reconocía que era una buena madre. Pero yo pensaba en Roma, en Hannah, en aquellos días. Cómo trabajaba yo entonces. Cómo me cundía el tiempo. Podía cumplir con todas mis obligaciones y pasarme noches en blanco con Hannah, llamándola *mia cara pietra focaia*. De vez en cuando, me pasaba al italiano para decirle cosas cariñosas. Así ella no se podía reír de mí. Su acento en italiano era mucho peor que el mío en alemán. De todas maneras, me gustaba más decirle eso por jugar con las palabras que por expresar un sentimiento. Creo que lo que me atraía de ella era el juego peligroso en el que estaba metido, la mezcla de mala conciencia y placer físico. Hasta entonces no había tenido nunca un contacto físico con una mujer. Fue un descubrimiento. Una especie de fascinación por lo ignorado y además prohibido para mí. Tenía tantas energías contenidas. Tanto tiempo tratando de sublimar los deseos y de enfocarlos hacia un amor universal. El amor a la humanidad, la

entrega al género humano, ¡grandes empresas! La verdad es que siempre me he embarcado con desprendimiento en grandes empresas, como la que inicié, aunque luego se frustró, con los inmigrantes africanos. Aquella pobre gente, que venía de países deprimidos. El final fue un fracaso, pero no fue por mi culpa, yo hice todo lo que pude y más, pero las autoridades no estaban por la labor. Ahora ya parece que van tomando conciencia, pero en aquella época, todo era mucho más difícil. Yo me significué y mi situación no era muy clara. Yo también era un inmigrante. La Iglesia es otra cosa, pero yo no dejaba de ser un extranjero allí. Me la jugué y, en especial, con la doble vida que llevaba. Cualquiera hubiera podido emplear contra mí lo de Hannah. Ella judía y yo... En fin. La juventud es muy arriesgada. Pero también sentía yo una especie de interés salvador por Hannah. Ella estaba muy sola. No era el sexo lo único. Ella también necesitaba alguien que le alegrara la vida, que le hiciera compañía, que la entendiera. Yo lo hice. La comprendí, la escuché, le di amor, aunque no fuera propiamente un enamoramiento. Era otro tipo de amor. No sé cómo definirlo, pero era sincero. También ella me trataba a veces como a un hijo díscolo o como a un niño pequeño. No sé si era por la diferencia de edad o porque ella echaba de menos haber tenido hijos. Me contó que en su huida tuvo un aborto. No pudo ser tratada hasta bastante tarde y, cuando la examinaron, vieron que tenía un problema por el que nunca volvería a quedarse embarazada. Cuando lo contaba, decía que para ella el perder el miedo a un embarazo le había dado seguridad en su trato con los hombres, pero por su mirada pasaba un algo indefinido. Sí, en algunos aspectos se comportaba conmigo como mi madre. Debía ser por su maternidad frustrada. Hacía gestos como mi madre. Las cosquillas, por ejemplo, o revolverme el pelo. Estábamos en su casa, simplemente charlando, me ofrecía un té y según se levantaba para ir a la cocina a prepararlo, pasaba por detrás de mí y me revolvía el pelo sin pararse a mirarme ni decir nada. Mi madre también hacía eso. Yo me ponía a hacer los deberes, cuando regresaba de la escuela, y mi madre se sentaba cerca a coser. Cuando llegaba la hora de la cena, dejaba la costura, pasaba por detrás de mí y me revolvía el pelo sin mirarme y en silencio. La mano de mi madre era más suave que la de Hannah. Hannah tenía la piel de las

palmas dura y áspera de los productos para teñir el papel. Sin embargo, mi madre tenía siempre las manos tibias. Eran tibias y suaves, de una piel transparente que dejaba ver sus venillas azules. Mi madre lavaba a mano con aquellos jabones tan duros, no sé cómo podía tener una piel tan fina, pero así era. Clara también tenía la piel de las manos suave y transparente. También se le veían las venillas, aunque las tenía heladas con mucha frecuencia. Ella decía que era como los lagartos, de sangre fría. En verano tenía las manos ardientes y en invierno como un pedazo de hielo. Sí. Ella decía que la mejor vida es la del lagarto, tendido sobre una piedra caliente y al sol y alimentándose del aire cálido. Yo traté de explicarle que los lagartos son muy feroces, que su vida no es tan fácil como parece, que tienen muchos enemigos. Pero ella me decía, eso les pasa a los lagartos de los libros de Ciencias Naturales, pero a los míos no. Los míos son felices sobre una piedra abrasada por el sol. Claro, añadía, que en este pueblo tan húmedo y frío se morirían de pena, como me moriré yo, cualquier día, si no sale una vacante en Valencia pronto. ¡Vaya! se ha muerto en accidente de automóvil, dice, un concejal. No me acuerdo de su cara. Pobre hombre. Cincuenta y un años. Todavía joven. Mujer y dos hijos. ¡Qué se le va a hacer! A esta viuda no tengo que mandarle pésame. Creo que coincidí con él cuando aquellas jornadas populares de cultura. Sí, ya sé qué cara tenía; bajito, moreno, algo calvo. Representaba más de cincuenta años y eso fue hace ya tres o cuatro. Claro, concejal de cultura. Ya veo, el mismo. Acudió en representación del alcalde a la clausura y el vino. Era buen conversador, un poco superficial, pero hacía bien su papel. Cuando le expliqué de qué había yo hablado en las jornadas se quedó fascinado. Amenazó con llamarme para organizar no me acuerdo que sarao cultural. Nunca lo hizo. Ahora ya no podrá llamarme, ni yo estoy para ningún festejo. ¡Cómo son las cosas! Aunque yo ya tengo sesenta y seis años. Al menos he vivido unos diez años más que él, así que le llevo ventaja. Es verdad que de ésta no he salido muy bien parado, pero aún estoy vivo. Es de risa. No hace dos días yo creía ver ojos huecos de calaveras porque me decía que ya estaba muerto. Sin embargo, ahora estoy vivo. Éste es un muerto de verdad. Yo estoy vivo porque aún pienso y aliento. Aunque, bien mirado, a lo mejor es una bendición morir así de un cacharrazo y no

arrastrar una pierna muerta lo que te quede de vida. Bueno, en cuanto venga el muchacho de la rehabilitación la cosa mejorará. Clara decía que era mejor morir de un capón entre las orejas. Yo ya me he llevado dos capones. Este último más fuerte que el anterior. No sé. Quizá fue más fuerte el anterior, porque aunque no dejó secuelas a simple vista, sí que apartó a Isabel de mi lado. En realidad, no fue exactamente así. Ella no me abandonó por la enfermedad, porque yo me repuse. Ella me dejó porque tenía una obligación muy seria con sus hijos. La distancia también hace. No es lo mismo vivir en el mismo sitio que vivir en Madrid. La verdad es que, al principio, aún llamaba de vez en cuando, sin excusas, luego, sólo en mi santo o en Navidad y ahora ya nada. No. Antes, antes ya no llamaba. Hace por lo menos dos años que no llama. Yo tampoco la he llamado. No la podía llamar. Por sus hijos. Bueno, yo estaba en que no estoy muerto como este concejal y es bueno dar gracias a Dios por seguir vivo. Mientras se vive, las cosas tienen remedio, que decía Clara. Lo definitivo es morir. Entonces sí que no hay rectificación posible. Eso decía ella. Y tenía razón. Yo aún puedo mejorar eso que llaman la calidad de vida. En cuanto empiece con los ejercicios, todo será más fácil. Ya es hora de comer. Aquí está Reme con el eterno caldito. ¡Ay Señor!

V

Rufino y Desamparados no han venido. Casi me alegro. No aguanto a ese par de vándalos que tienen por hijos. Desamparados se empeña en cantar sus méritos y gracias, y yo, la verdad, no se las encuentro por parte alguna. También es cierto que están un poco asilvestrados. Vivir en el pueblo es muy sano y cómodo y tranquilo para las madres. Allí no hay más peligro que que se tiren cantazos unos a otros, se caigan de un árbol y se salten los dientes o se descalabren haciendo piruetas con las bicis por aquellas trochas. Por lo demás, es un lugar seguro. No tendrán allí muchas tentaciones. Aunque ven tanta televisión y no sé yo si eso... Pero en fin, padre y madre tienen. Yo no soy más que el tío y no es mi obligación desburrarlos. No es mi responsabilidad. Es de comprender que cuando vienen a la ciudad se sientan un poco oprimidos. Un piso no es como la casa de mis padres. Aquella es una casa amplia, con terreno. En fin, y la calle. La calle es también una limitación. Allí a los dos pasos ya estás en pleno campo. No cabe duda de que si hubieran venido me habrían distraído. La casa está muy sola. Reme, el domingo, se fue a comer con su hijo. Es normal. No estuvo fuera más de un par de horas y lo dejó todo dispuesto para que yo no tuviera dificultades. Claro que se me cayó la servilleta y me las vi para alcanzarla. Pero ella lo dejó todo muy bien, eso hay que reconocerlo. Qué silencio, mientras comía. Me oía masticar. Nunca me había dado cuenta del ruido que hacen mis dientes al masticar. Una vez me lo dijo Clara. ¡Muchacho! te vas a partir un diente de masticar tan fuerte. Tenía razón. Yo se lo rebatí; mastico normal, le dije. Ella no insistió y dio por buena mi apreciación, pero, la verdad, es que hago muchísimo ruido. También es cierto que la casa estaba tan silenciosa que podía oírse el cri-cri de la carcoma que tiene el aparador. Creíamos haberla

exterminado, pero ahí está de nuevo. Ahora no sé si empeñarme en acabar con ella. Cuando no está Reme, su ruidito me hace compañía. Estoy pensando tonterías. No puedo dejar que el aparador se haga serrín, sólo porque la carcoma me hace compañía. Eso sería una estupidez. Este aparador lo compré en un anticuario aconsejado por Clara que tenía muy buen ojo para esas cosas. En una almoneda era capaz de detectar, al primer vistazo, una pieza de mérito. Podía tasarla sin equivocarse excesivamente. La verdad es que, además, tenía muy buen gusto y una capacidad particular para calcular el tamaño de las cosas. Cuando vio el aparador dijo, enseguida, ese aparador va que ni pintado para tu salón. La mesa se queda allí un poco desangelada y en la pared de la derecha cabría perfectamente. Todo lo más quedarán un par de centímetros por cada lado. Oye, que ni medido. Isabel decía que era muy feo, demasiado oscuro, que ensombrecía la habitación, que los aparadores eran unos muebles anticuados y poco útiles. A Reme le encanta y le parece de lo más práctico. A las mujeres no hay quien las entienda. Dicen que sobre gustos no hay nada escrito, así que a lo mejor no es una cuestión de mujeres, sino de gustos diferentes. Isabel es mucho más joven, más moderna, más dinámica. Le gustan los muebles funcionales. En realidad, le gustan las casas sin muebles, con grandes cuadros llenos de manchas de color, sin cortinas, con muchas alfombras tiradas aquí y allá y cojines grandes forrados de telas orientales. Detesta los sofás y los sillones convencionales. Adora, era su expresión, esas sillas bajas, grandísimas, medio reclinadas, de maderas gruesas combinadas con rejillas. No sé si son de India o de Tahilandia. Deben ser muy incómodas, aunque nunca me he sentado en ninguna, pero lo parecen. Nunca estuve en su casa. En realidad, ella no tenía casa. Desde que se separó vivía con su madre. Tampoco sé cómo era la casa de su madre y si compartía los gustos de su hija. Una vez me dijo que, claro, como yo era un señor mayor tenía gustos parecidos a los de su madre. No sé si se refería a la decoración, a los muebles o a qué cosa. Tampoco llegué a saber si lo decía con cierta ironía, en broma o en serio. Con ella era difícil de saber si hablaba en serio o en broma. Con Clara pasaba lo mismo. De manera diferente, porque Clara, cuando me veía desconcertado, me resolvía la cuestión, aclarando si estaba de coña o no, como decía ella. Isabel, a veces, tenía

un discurso contradictorio. En algunas cosas parecía muy avanzada, se apuntaba a la última teoría leída aquí o allá y, de pronto, te la encontrabas defendiendo unas posturas claramente reaccionarias. Sí, recuerdo aquella discusión acerca de la forma de vestir de las chicas muy jóvenes. Ella tenía normalmente un discurso feminista cerrado, me acusaba de machista y de carca, pero con aquello de las ropas transparentes y muy cortas, se puso a soltar un discurso acerca de que iban provocando a los hombres, agredidos. Sí eso dijo; que iban acosando a los hombres. No sé. Entonces no supe qué pensar de esa contradicción entre su defensa de toda clase de libertades para la mujer y que creyera tan firmemente que el vestir podía ser una forma agresiva de manifestar la libertad. Al mismo tiempo, defendía a esos muchachos que van en pantalones cortísimos y con unas camisetas de mangas recortadas que apenas les cubren el pecho y la espalda. Yo me atreví a decir que ellos también agredían a las mujeres, las provocaban y las acosaban y me contestó con un «los hombres son distintos» tan tajante, que no me dejó lugar para la réplica. Es cierto que Clara también resultaba contradictoria a veces. Pero, sinceramente, creo que Clara tenía todo mucho más pensado, más reflexionado. Percibía incluso sus propias contradicciones y me avisaba de ellas, antes de que yo las detectara. Sabía muy bien cuándo podía resultar incongruente y decía, es que hay cosas que uno decide con la razón y, otras, que aunque sepa con la razón que no son de tal o cual manera, no puedes evitar que ahí tienes una limitación y que te pueden las vísceras. Eso hay que saberlo, para saber que eres humano y no equivocarte. No sea que te despistes y un día te creas arcángelico y salgas volando de la realidad. La primera realidad y la que mejor podemos conocer es la nuestra propia. Si con ésta te cuentas cuentos, te engañas y no eres consciente de tus contradicciones, ya la has fastidiado. Engañas a los demás. Terminas engañando a los demás, porque te engañas tú. ¿Tú no decías que hay que dominarse, «dominad la tierra»? Sí, me decía, pero quién ha dicho que eso se consigue una mañana, cuando te levantas o mientras te lavas los dientes. Ése es un trabajo para toda la vida. Para hacerlo bien, no te queda otra que saber que nunca lo conseguirás y que lo que no te dejará conseguirlo son los higadillos cuando se declaran independientes ¿me entiendes? Por eso es una

labor de toda la vida y como todos los trabajos que nunca se acaban, tienen su encanto. Son un reto permanente. Te puedes decir, lo que yo me digo cada día: Clara, ya la has cagado otra vez. Eso recarga muchísimo. Te anima mucho, porque te reconoces humano, ves que no estás en Babia y que puedes volver a intentar no cagarla. Es estupendo, decía, es la forma más evidente de saber que sigues vivo y con ganas de vivir. Así integraba ella sus contradicciones, como algo inevitable, cuya gracia consistía precisamente en tratar de esquivar las recaídas. Lo de Isabel era otra cosa. Ella, yo creo, que no era consciente de lo contradictorio de su discurso, pero se reafirmaba y cerraba las discusiones sin siquiera examinar la posibilidad de que lo fuera. Es cierto que era mucho más joven que Clara. Eso hace mucho. La vida enseña. Yo también creo haber asumido mis propias contradicciones. Clara en su carta decía que no, pero se equivocaba. En eso se equivocaba. Estaba dolida, con razón relativa, y eso le hizo decirme cosas bastante crueles en aquella carta. Yo no lo hice del todo bien, pero no era para ponerse así. Yo actué de aquella manera, pensando en ella, por supuesto. Había que ser discreto y prudente. Suena el reloj. Las once. Sí, las once. Ese muchacho dijo que no más tarde de las diez y media, pero ya se retrasa. Pude entenderlo mal. A lo mejor dijo las once y media. La puerta. Ha sonado el timbre de la puerta. ¡Ya está aquí! debe ser él. ¿Cómo será? No sé si me entenderé con él. Yo quiero que me enseñe rápido unos cuantos trucos para manejarme mejor. No me voy a pasar la vida haciendo ejercicios inútiles. Céspedes me dijo que fuera paciente. Yo creo que lo que hace falta es que este muchacho sea eficaz y me dé las soluciones que se necesitan para que yo pueda moverme con soltura con esta pierna y este brazo secos. No estoy para zarandajas de musculación y masajes. ¡Hola!, soy Salustio García, ¿cómo estás? Yo, don Miguel de Lope y Largo y ¿usted? ¡Me revienta esta gente que se toma estas confianzas! No le dije lo de oiga, joven, con quién se cree que habla, de milagro. Tampoco me quería indisponer, porque lo necesito hasta que pueda valerme, pero lo de los tuteos como si nos conociéramos de toda la vida, cuando le llevo cuarenta años y soy catedrático, me fastidian muchísimo. Es un alfeñique. No sé si este muchachillo sabrá algo de su oficio. Bueno, don Miguel, si no quiere no le tuteo,

pero es muy importante que nuestra conversación sea rápida; le tengo que dar órdenes que debe obedecer con prontitud y si me pierdo en tratamientos, no llegaremos a donde quiere, supongo, que es ponerse fuerte para poder gobernar mejor su lado paralizado. Así que me va a dar órdenes. Ya veremos. No puedo ponerme reticente, dependo de él. Me contendré. Clara ya lo decía. No tengo buena disposición. Voy a lo mío. Eso decía ella, que yo siempre iba a lo mío. No era verdad, pero ahora, sí, ahora tengo que ir a lo mío y lo mío es aguantar a este pocacosa para que me enseñe a valerme y, luego, en cuanto lo logre, le digo lo que pienso y en paz.

VI

Salustio la verdad es que me da conversación. Los días que viene son más entretenidos. Con la gimnasia, los ejercicios y los masajes se me van casi dos horas. Ya se ha pasado al tú del todo. Ni don Miguel ni nada. Pero no lo hace mal. Los días que no le toca venir se me hacen aún más largos. Él dice que debo intentar algunos de los ejercicios yo solo, pero me da miedo. Temo caerme. Si me caigo y me rompo un hueso, a ver qué hago. Aunque no me rompa nada, me puedo quedar en el suelo horas, si Reme no está en casa y si está, igual no puede levantarme. Ella es una mujer menuda y con la artrosis de las manos, tiene poca fuerza. Así que es posible que vaya más lento, pero yo espero que venga Salustio. No pienso hacer ningún ejercicio sin que esté él para ayudarme. Es un riesgo que no puedo correr. Hay que ser prudentes. Además, ya lo dijo Mariano, es cuestión de tiempo. A mí qué más me darán dos meses que tres. No tengo que ir corriendo a ninguna parte ni nadie me espera. Claro, que si espabilo, antes saldré de casa y si salgo, podré averiguar dónde para Clara, porque no le puedo encargar a nadie que me la busque, levantaría la liebre. No. No sería correcto. Eso es. No es correcto que mezcle a otros en mis asuntos personales. Como no debe uno inmiscuirse en los asuntos personales de los demás. Pero, cuando no viene Salustio, los días son terriblemente largos. Siempre puedo pensar en cosas. Tal vez, si me inventara un amigo imaginario, podría hablar con él, como si fuera Salustio. Mejor que Salustio. A él no puedo decirle cosas íntimas. En cambio, si me invento un amigo... No me voy a inventar uno con el que no tenga confianza, tendría que ser mi confidente. Alguien de absoluta confianza, alguien que me comprendiera. Otro yo. Clara tenía una amiga invisible. Sí. Ella, cuando era niña, se inventó una amiga invisible. Se llamaba Pifa. Ella estaba muy orgullosa

de su invento y nunca se lo comentó a nadie. Pero un día, siendo ya adulta, leyó no sé dónde que eso lo hacen con mucha frecuencia los niños y se llevó una desilusión. Ella creía que había sido muy original. Pero contaba con gusto cómo era Pifa. Que vivía en las bolas giratorias del reloj que había en el comedor de su casa, que iba con ella al colegio, metida en el bolsillo de su delantal, y que, incluso, cuando estaba muy cansada, Pifa le hacía los deberes. Especialmente se ocupaba de poner los nombres de los montes, de los ríos y de las ciudades en los mapas. Era muy cansado hacer mapas. Había que calcarlos, repasar el lápiz con tinta china, luego colorearlos, hacer las rayitas de separación de los países o de las provincias, pintar los montes y las cordilleras, los ríos y los lagos. En algunos casos, tenía que dibujar las producciones específicas de cada región; olivos, gavillas de trigo, sacos de arroz... Cuando llegaba a los nombres estaba muerta de sueño y la letra le salía torcida y se le emborronaba. Entonces, aparecía Pifa y le llevaba la mano. Así la plumilla pesaba menos y no le costaba terminar. Además, Pifa tenía muy buena letra. Pifa tenía toda una familia; un tío y una tía que la visitaban de vez en cuando. Su tío Clarifio, porque era muy limpio, y su tía Leocartifia, porque leía las cartas de todo el mundo. En casa la llamaban Leo, para abreviar. Bueno, la llamaban así Pifa, Clara y Clarifio. Cuando Clara me contaba la vida y hazañas de Pifa y las cosas que hacían juntas, se le ponía una mirada especial. Las cejas se le quedaban planas, atravesadas en la frente, estáticas, como dormidas. Miraba lejos o quizá hacia dentro de sí. Yo creo que veía a Pifa y a sus tíos con toda claridad, igual que los veía y oía cuando era niña. Estaba hermosa con aquella expresión en la cara. Con la boca un poco entreabierta. Se le veían apenas los piquitos de los dientes superiores. De pronto, parpadeaba muy rápido, perdía aquella mirada ensoñadora, apretaba la boca, enarcaba las cejas y decía: Debía yo de ser una niña un poco solitaria para necesitar una amiga invisible. No sé... Se quedaba un poco callada y, luego, sacudía la cabeza, como echando de ella los recuerdos. Era hermosa. Muy hermosa cuando recordaba su infancia, pero en seguida le salía de dentro una especie de mujer fuerte que no se deja llevar por los sentimentalismos. De vez en cuando, muy de tarde en tarde, caía en estas charlas de remembranzas. Si hubiera sabido decirle lo hermosa

que era su cara, lo mucho que me gustaban sus recuerdos, cómo me hacían a mí recordar cosas parecidas, pero que yo no sabía expresar, quizá todo hubiera sido distinto. Yo nunca decía nada, en estos casos. Guardaba silencio y la miraba. Ella se daba cuenta de mi mirada, al cabo de un rato, y sacudía los recuerdos. Claro que yo ahora, a mi edad, no me voy a inventar una Pifa. ¡Sólo me faltaba! Tengo que inventarme un adulto. Una persona seria, experimentada, culta y que sea buena conversadora, para poder contarle mis reflexiones. Es verdad que me paso el día pensando, sin dirigirme a nadie, pero le daría cierta variedad si, en vez de decirme yo a mí mismo las cosas que ya sé, se las explicara a un otro. No es lo mismo decir: Miguel, aquí estás hecho una piltrafa humana, que decir: No sabe usted don Práxedes los progresos que estoy haciendo con este chico que viene a ayudarme con la gimnasia. Don Práxedes me replicaría: ¡Ah! don Miguel, entonces ¿es efectivo eso de la gimnasia? ¿y qué ejercicios ensayan? ¿Por qué se me ha ocurrido llamarlo Práxedes como a Sagasta? ¡Qué cosas! A mí nunca me ha interesado la historia del siglo XIX. Claro que Sagasta, al menos, era un liberal. Bueno, pensaré otro nombre. También podría ser una mujer. Clara, por ejemplo. Puedo inventarme que hablo con ella. Después de todo me sé muchas de sus expresiones de memoria. Sería realmente como hablar con ella y, además, no le dejaría llevarme la contraria. La obligaría a comprenderme y darme la razón. No es mala idea, pero tengo que pensarla un poco más. Ya son las seis y media. Acaba de sonar el reloj de la Antigua. Está oscureciendo. Sí. Los ojos de las calaveras empiezan a lucir. Parece que me están guiñando. ¿Desde la casa de enfrente se verá ésta como una calavera de ojos vacíos? Quizá allí no hay nadie como yo, postrado en un sillón. Por las mañanas, se asoman mujeres que sacan la ropa de la cama a airear y luego sacuden las alfombras. Es una mala costumbre ésa, ya lo decía Clara. Son gente muy limpia para adentro, pero muy sucia para afuera. ¿Es que no saben que hay una cosa que se llama aspiradora? Y se enfadaba mucho. Tenía razón. Limpian la casa y ensucian la calle y le tiran las basuras a la cabeza a los viandantes. Desde que Clara me dijo aquello, yo siempre voy por las mañanas mirando a las ventanas bajo las que paso, por si me sacuden alfombras en la cabeza. Bueno, ya hace meses que no paso por

debajo de ninguna ventana. Sólo miro ésas de enfrente. Por la tarde, a veces, se descorren aquí o allá los visillos y asoma una cara de niño. Pero, la mayor parte del tiempo, las ventanas están cerradas y nadie mira por ellas. No sé para qué tienen ventanas las casas, si nadie mira por ellas. Claro que tenerlas abiertas con este clima es un suicidio. Pero nadie se asoma, siquiera detrás de los cristales, para ver lo que ocurre en la calle. También es verdad que a lo mejor sus cristales son tan poco translúcidos como éstos, y para ver la calle y la gente que pasa como a través del llanto, para eso no vale la pena asomarse. Bueno, a mí qué me importa quién viva enfrente. Nunca he conocido a mis vecinos, ni siquiera a los de este edificio. Al farmacéutico del segundo. Tiene la farmacia aquí al lado, me es útil. Sobre todo ahora por todos los potingues que tengo que tomar. Muchas veces me los sube él cuando vuelve de la farmacia. Es una persona atenta y educada. Aunque ha estudiado una carrera, no es muy culto. Lo único que le interesa es el fútbol. Su mujer es una simple. A veces viene a ver a Reme. ¿Qué podrán hablar esas dos mujeres? Se intercambian recetas de bizcochos. A lo mejor con eso les basta. Pero me viene bien que el farmacéutico viva aquí. Es cómodo y, si me pasa algo de pronto, mientras viene Céspedes, él me puede echar una mano. Yo andaba buscándome un confidente, desde luego no puede ser el boticario. Había decidido que era mejor que fuera una mujer. Podría ser Mónica, en lugar de Clara. Podría también ser Victoria. Podría hablar con cualquiera de ellas y, luego, comentar con Clara las conversaciones que hubiera tenido con aquéllas. Esto le daría una cierta variedad a la cosa. También podría escribirle poemas a Mónica, como ya hice aquella vez. Clara se quedó pasmada. Aunque sería mejor contárselo todo a alguien diferente, desconocido. Este personaje no sabría nada de mi vida, de manera que tendría que contarle las historias con pelos y señales y así le podría contar también las interpretaciones, a veces extravagantes, que Clara hacía de mis historias. En realidad eran mis sentimientos, no historias. Clara no me entendía. Decía cosas extrañas. Aunque alguna vez se demostró que tenía razón, pero sus interpretaciones de las cosas eran muy peculiares. En fin, tengo que seguir pensando... ¡Hombre! ya lo tengo. Aquel compañero mío del seminario que era de Torrelavega. Sí, Emeterio. Emeterio ¿qué? No me

acuerdo del apellido... Da igual, con Emeterio basta. Después de todo el pobre se murió de una enfermedad tropical o algo así. Lo mandaron a África, o tal vez a América, a misiones. Bueno, él quería ser misionero. ¿Quién me contó a mí lo que le había pasado a Emeterio? No me acuerdo. Sin embargo, tengo bien presente la cara de Emeterio. Sí, su pelo rizado, los dientes un poco salientes. Parecía picado de viruela, pero era de los granos que le salieron al echar la barba. El pobre, era feúcho, pero muy buena gente. ¡Qué pena que se muriera tan joven! En fin, la última vez que le ví, hace casi veinte años... ¡Cómo pasa el tiempo! Sí, la última vez estaba feliz. Era América, porque hablaba de los indios de su parroquia. Sí. ¡Pobre Emeterio! Él será un buen compañero. Mira, Emeterio te voy a contar mi vida y tú me dirás qué te va pareciendo. Seguro que lo ve como yo. Es un hombre y, además, tenía una formación como la mía. Los dos estudiamos juntos, hicimos ejercicios espirituales juntos, durante años. Claro es que yo me fui a Roma y él no. Yo me cultivé más. Además convalidé mis estudios, hice el doctorado. En fin, él sólo sabía de indios. Pero era un hombre con buen sentido. Sí. Definitivamente, Emeterio será mi Pifa. Aunque no sé yo... Esto de hablarle a alguien imaginario... ¿No me estaré chiflando, como dice Rufino? Clara también me decía que yo tenía un punto de locura. Ella le tenía miedo a la locura. Decía que los locos son enfermos, pero que su enfermedad se vuelve peligrosa para los cuerdos. También decía que un exceso de lucidez es peligroso, porque se vuelve una amenaza para la propia persona lúcida. Pero, yo tengo que examinar si esto de hablar con Emeterio es una locura o no. Vamos a ver. Yo me paso el día hablando solo. Claro, no tengo compañía. Ninguno de mis compañeros viene a visitarme. Ni los antiguos estudiantes. Nadie. En algo tengo que ocuparme. Ver la televisión me cansa, la radio, al cabo de un rato, me aturde, leer me obliga a llamar a Reme a cada poco para que me traiga los libros. No soy capaz de leer una misma cosa mucho tiempo seguido. Yo siempre he leído dos o tres libros a la vez. Si me organizo, me los podría buscar yo mismo y dejarme a mano los que me apetecen. Sí, eso haré. Porque decirle a Reme dónde está el libro, de qué color son las pastas, qué tiene en la portada o en el lomo, es una complicación. No le puedo dar el nombre del autor porque entonces nunca jamás lo encontraría...

En fin, que tengo pocas maneras de distraerme mientras siga teniendo los movimientos tan limitados. Ya llevo un par de semanas con la gimnasia y esto avanza muy poco. Si hiciera los ejercicios yo, cuando Salustio no está... Pero ya hemos quedado en que es peligroso. Demasiado riesgo. No, hay que ser prudente. Yo siempre he medido mucho mis actos. Clara decía que a veces parecía un poco parado. Es posible. Pero más vale ir despacio. Bueno, ¿es o no es una chifladura hablar solo? Yo creo que no. Si me distrae... Céspedes dice que tengo que pensar ordenadamente, hacer ejercicios mentales ordenados y sistemáticos. ¿Qué mejor que intentar contarle a Emeterio episodios de mi vida de manera ordenada? Incluso si algún día me decido, ese ejercicio podría servir de base a mis memorias. He hecho muchas cosas importantes en la vida, soy un especialista reconocido en mitos y religiones antiguas, en los viajes y congresos he tratado con gente muy interesante y también de prestigio. Si todo eso se lo cuento a Emeterio con detalle, podré ir ordenando mis recuerdos y dándoles forma. Podría, tal vez, tener interés. Pongamos por caso que le cuento a Emeterio mis viajes por Anatolia, siguiendo las trazas de los hititas. Le cuento los detalles de la gente con la que hice los viajes. Lo de aquella señora sueca ¿o era danesa? Da igual. Sí. Lo de las jovencitas francesas que no se enteraban de nada. Eran agradables y yo parecía gustarles. Aunque, en aquel tiempo, tenían como poco unos veinte años menos que yo. No me hubiera costado nada tener una relación más íntima con la morenita de ojos verdes. Era de origen argelino. Muy atractiva. A pesar de la poca edad, dieciocho o así, era la más inteligente del grupo. Me miraba mucho, desde luego. Yo no intenté nada, es cierto, ni ella. A mí me imponía un poco la presencia de ¿cómo se llamaba el profesor de Heidelberg? ¡Vaya! ese nombre también se me ha ido de la cabeza. Estoy perdiendo memoria. Sin embargo, me acuerdo de la morenita argelina, Leyla. Sí, Leyla. Y no me puedo acordar de aquel alto y seco de Heidelberg. El de la perilla roja. ¡Caramba! Bueno, es normal que me acuerde más de una mujer hermosa que de un tipo desgarbado y bastante atravesado como era aquél. Una eminencia, pero más antipático que hecho de encargo, que diría Clara. No sé qué le voy a contar a Emeterio. La verdad es que los recuerdos de esas cosas me vienen tan deshilvanados que no creo que

pudiera transmitírselos ordenadamente. También le puedo contar... Sí, mis sentimientos. Mis reflexiones acerca del amor. Mi trato con las mujeres: Isabel, Victoria, Mónica y Clara. También le puedo hablar de Hannah. Claro que siendo misionero, no sé si llegaría a comprenderme, pero lo puedo intentar. Por ejemplo, lo del matrimonio. Sí, empezaré por contarle a Emeterio lo del matrimonio. Eso es. ¡Reme! ¿de dónde ha salido? ¿Qué me está diciendo? Pensando en Emeterio ni la he oído llegar ni he entendido una palabra de lo que me decía. Es curioso. La veía mover la boca y no oía su voz. Me tengo que ir a acostar, según ella, porque es tarde. Salustio vendrá mañana más pronto. No sé qué de un turno. Bueno, y Reme quiere que me vaya yo a la cama, que no va a acompañarme, porque dice que Salustio insiste en que me mueva yo por mi cuenta, con el bastón y sin apoyarme en nadie y que ya que no lo hago, que ella no me va a ayudar, para que me espabile. Está bien, está bien. Ya me voy. No es tan difícil. Todos están en mi contra. Bueno. Siempre me he valido solo, así que no es nuevo para mí y si me caigo y me rompo algo la culpa será de ellos. ¡Dios mío! qué pasillo tan largo y qué noche tan larga, al final del pasillo.

VII

¿Qué ha sido eso? Me ha parecido un fogonazo. ¡Ah! el trueno. Era un relámpago. Ya. Se oye llover. Sí, con fuerza. La tarde amenazaba tormenta, es cierto. Ya ha empezado a descargar. Otro fogonazo. Está muy cerca la tormenta. Por un instante pensé que me volvían las alucinaciones. Pero van remitiendo. La medicación que me dio Céspedes es efectiva, al menos para eso. Es curioso. Cuando recuerdo algunas de mis visiones, me parecen tan claras y reales, que me cuesta trabajo comprender que fueran producto de mi cerebro trastornado. Como aquella del suelo. Sí. La del suelo era muy curiosa. Un suelo sin fin, pulido, brillante y de apariencia dura, que, poco a poco, empezaba a ondularse. Se quebraba, se arrugaba, como si fuera un terreno volcánico y hacía hoyos, de trecho en trecho, en los que aquella materia, antes dura y lisa, se licuaba y hervía, lanzando enormes burbujas, como si fuera un puchero al fuego. Todo de color ocre rojizo. Parecía la antesala del infierno. Una llanura desolada y sin límites, pero lisa, que, de repente, cobraba vida. Una vida convulsa y borbotante. Las burbujas de aquel suelo en ebullición empezaban a estallar rítmicamente, al compás de un sonido sordo. Ese golpeteo en sordina era, primero, muy lento, pero iba acelerándose paulatinamente hasta convertirse en una especie de repiqueteo de tambor. Me costó trabajo, y que la visión se repitiera varias veces, darme cuenta de que aquellas burbujas se deshacían al ritmo cada vez más rápido de los latidos de mi corazón. Este sueño, porque era como un sueño, se parecía bastante a los que tenía de niño. Cuando aquello de las fiebres reumáticas. Sí. Entonces oía también ruidos que empezaban siendo suaves y lentos, pero que se iban acrecentando y acelerando el ritmo hasta ser un golpe tras otro sin casi pausas. Recuerdo la misma sensación. Le dije a mi madre, hay guerrillas en la cocina, oigo el ruido de las espadas. Se están matando en la cocina. Mi madre me puso en la frente un

pañó empapado de colonia. El olor del perfume casi me cortaba la respiración. Pero poco a poco las guerrillas cesaron y me di cuenta de que mi corazón sosegaba su latir. Fue lo mismo. Un galope de ruidos que corría parejo al galopar de mi corazón. Sigue lloviendo y los relámpagos no cesan. Yo estaba bien dormido, si Reme hubiera bajado la persiana del todo, no me habrían despertado las luces de la tormenta. Mira que se lo tengo dicho. Cualquier cosa me despierta. Yo no puedo dormir si hay luz. Pero se le ha olvidado. No, no se le ha olvidado. Se me ha olvidado a mí, porque ella se negó a acompañarme. Yo bastante hice con quitarme la ropa yo solo y ponerme el pijama. No fue nada sencillo. Abrocharse los botones con una sola mano no es ninguna broma. Terminé agotado, por eso se me olvidó bajar la persiana. Ella, si no quería ayudarme, debería haber entrado, al menos, a revisar que todo estaba en orden. Sabe que si la luz me molesta, no me puedo levantar de un salto a bajar la persiana. Allí estará durmiendo a pierna suelta, mientras yo estoy aquí desvelado y sin poder remediarlo. ¿Cómo me levanto ahora para bajar la persiana? Depende de la hora que sea. Igual no merece la pena el esfuerzo si ya se acercan las ocho. Miraré el reloj. Según qué hora sea me levanto o no. Tampoco es fácil mirar el reloj. Debería ponerme el reloj en la mesita derecha. Así, para ese lado, me costaría menos mirarlo. Pero a mí me gusta dormir más cerca de la ventana. Me tendría que acostar en el lado derecho y eso no me gusta. ¡Qué más me dará qué hora sea! Me levanto, bajo la persiana y si me duermo, pues ya me despertaré. ¿Quién me va a decir a qué hora me tengo que levantar? Me levanto y me acuesto cuando quiero. Siempre lo he hecho. Desde hace muchos años, siempre me despierto a medianoche o de madrugada y muchas veces me he puesto a leer o a escribir en la cama. No sé por qué ahora me parece que, si no duermo siete horas seguidas, es raro. No me puedo acordar del tiempo que hace que no duermo yo siete horas seguidas. Sí que luego tengo sueño a media mañana o a media tarde, o me gusta acostarme pronto. Pero, eso es otra cosa. No necesito dormir tanto. Ahora lo que me molesta es esa luz racheada y los ruidos de los truenos. Si dejo de ver la luz, me dormiré y el ruido no me despertará. A mí lo que me molesta es la luz, no el ruido. Bueno, algunos ruidos también. Pero no es el caso. También podría aprovechar este

insomnio para pensar en algo, después de todo qué más dará que me levante a una hora u otra. Esto ya lo he decidido. Nadie me espera. No tengo nada urgente que hacer. Estoy de baja; ni horarios, ni prisas. Por otra parte, la tormenta cada vez está más cerca. Además de la luz, los truenos son a cada instante más fuertes. Si truena encima de mi cabeza, sí que me molesta tanto el ruido como la luz. A Clara le picaban las piernas cuando iba a haber tormenta. A mí también. Hoy no me han picado. Al menos, no lo recuerdo. Claro que no es lo mismo tener las dos piernas sanas. Quizá cuando tenía las dos bien eran más sensibles. No sé. Le preguntaré a Céspedes. A lo mejor son cosas de viejas. No quiero decir que Clara fuera vieja, sino que son cosas de ésas que uno oye a las abuelas, cuando es niño, y se le quedan. De mayor, las repites como si fueran un axioma y, si te fijas, ni siquiera te pican las piernas. Aunque a Clara y eso es cierto, se le levantaba solo el pie del suelo. Exclamaba ¡ay! qué pinchazo, mañana tormenta, y acertaba. Por ella me di cuenta de que a mí también me pasaba lo mismo. Llevaba yo ya un rato con ese picorcillo como de agujetas y no lo sentía, hasta que ella no lo relacionaba con la tormenta. Es curioso, cómo se puede tener una misma experiencia y establecer relaciones diversas o ni siquiera. En fin, pensar en esto es una tontería. Debería ocupar el pensamiento en otras cosas más productivas. Tal vez aprovechar este insomnio para recopilar mis recuerdos para esas memorias que puede que escriba. No sé en este momento, si decidí o no ponerme a ello. Más bien me parece que pensé en lo del amigo imaginario y contarle mis recuerdos y mis experiencias. ¿Cómo pensé llamarlo? Sí, como aquel compañero. Debo estar medio dormido porque ahora no me viene su nombre. Da igual, ya lo recordaré. Sí, pues a éste voy y le cuento lo que me dé la gana. Aunque sería conveniente llevar un cierto orden, así mato dos pájaros de un tiro; recuerdo y hago ejercicios de los que me recomienda Mariano. Vamos a ver. ¿Por dónde empiezo? Además, debe haber un objetivo claro, digo yo. Es decir, debería ordenar lo que voy a contarle a Emeterio. ¡Vaya, hombre! Es verdad, Emeterio. Pues, eso. Le tengo que contar las cosas a Emeterio con una intención precisa, porque, si luego todo ello me decido a escribirlo, debe verse un plan organizado y una finalidad. No una cosa así por las buenas. Vamos a ver, Emeterio, mira, te voy

a contar un poco mi vida, a lo mejor no soy muy fiel en las fechas, porque eso da un poco lo mismo. Yo lo que quiero que comprendas, salvo mejor opinión tuya que ya me dirás, es que tanto Mónica, como Clara, como otras personas que han formado parte de mi vida, me han ido dejando plantado, cuando yo les di tantas cosas... ¿Y por qué me he acordado yo ahora de Mónica? También podría empezar por ahí. Total, Emeterio va a entender de esta historia lo que yo quiero que entienda y lo de Mónica fue bastante evidente, por otra parte. Fue un rapto, me pudo la imaginación. Eso es. Clara decía que yo no tengo imaginación y no es verdad. Tengo y mucha. He vivido siempre solo y eso te obliga a desarrollar el ingenio y la imaginación. De cuánta tarde tediosa, de cuánta vacación ociosa, de cuánta soledad no me he librado yo, sin enloquecer, merced a la fuerza de mi imaginación. Ya. Ya sé por qué me ha venido la imagen de Mónica. Mira, Emeterio, Mónica Reyes era una amiga de Clara. Cuando yo le dije a Clara que quería casarme, ella me habló de su amiga Mónica. Según ella tenía una edad adecuada, era de una formación sólida y estaba soltera. Según Clara, Mónica también tenía ganas de casarse, pero nunca había encontrado con quien hacerlo. Clara pensaba que era una cuestión de tiempo. Como decía ella: Mónica no estaba en el lugar adecuado en el momento conveniente y por eso, sólo por eso, no había encontrado marido. No le faltaban prendas. Es cierto. Cuando la conocí, confirmé la opinión de Clara. Era una mujer agradable y sin duda valiosa. Sólo que a mí no me llegó a llenar. No sé muy bien por qué. Pero así son las cosas. Emeterio, tú no puedes saberlo porque seguiste siendo cura y no te planteaste nunca el compartir tu vida con una mujer. Yo, la verdad sea dicha, tampoco me lo planteaba del todo así. Fue con el tiempo. Empecé a notar la necesidad de unirme a alguien. No sé cómo explicártelo. Verás. Al dejar la Iglesia, aunque yo tenía un lugar en la vida laica; ya era profesor en la universidad y me había ganado un cierto prestigio y respeto profesional, me daba cuenta de que un hombre de mi edad, si no era célibe por razones de su ministerio, era mirado de forma extraña. No sé si me entiendes. No tengo mal aspecto, soy una persona agradable -Clara me lo decía-, incluso resulto atractivo. Lo noto en las miradas de las mujeres. Pero la sociedad pone bajo sospecha a un soltero, también a una soltera, porque se

dicen: si no se ha casado, es que algo le falla. Tendrá algún vicio oculto. Clara me llevaba la contraria. Ella decía que uno es uno y que si los demás piensan, pues que piensen. No se va uno a casar o a quedar soltero por lo que piensen los demás. Me ponía el ejemplo, precisamente, con su amiga Mónica. Estuvieron juntas un par de años en un internado en Orihuela. Allí se hicieron muy amigas, cuando tenían doce o trece años. Clara decía que quería a Mónica más que a su hermana y que se entendía mejor con ella. El caso es que, ya no recuerdo las circunstancias, pero en algún momento las acusaron o les llegaron rumores de que las consideraban lesbianas. Eso, en aquella época, estaba muy mal visto y estigmatizaba a cualquiera. Clara decía: ¿Iba yo a dejar a mi amiga del alma, cuya amistad conservo hasta hoy y que siempre me ha servido de apoyo y consuelo, porque unas cuantas cretinas tuvieran mala lengua? Y, si éramos lesbianas, ¿qué? ¿Qué le importa a nadie? Además, se le ponían las cejas como arcos tensados a punto de disparar una flecha mortal. Además, insistía, mira ahora, ya nadie se atreve a hablar mal en público, en privado dirán lo que quieran, de una persona homosexual, porque eso no es moderno, para que te fijas. Por otro lado, argumentaba, ¿es que yo soy menos o más persona porque tenga ésta o aquella inclinación, porque viva de éste o de otro modo? Lo que tengo es que vivir a mi aire, como yo quiera, como sea congruente con lo que creo y, para mí, por encima de todo, estaba y está mi amistad con Mónica. Yo le argumentaba que, en su misma línea de pensamiento, yo prefería, ya que había dejado de ser cura, prefería, insisto, en ser casado y no soltero. Y ella me decía que no, que lo que yo quería era ser «normal», y ponía un acento especial en esa palabra, y que mi verdadero yo me lo tenían poseído toda una pandilla de desconocidos a los que, por otra parte, yo, mi yo verdadero, lo mismo, les importaba un bledo. Bueno, tantas veces discutimos esto que ella terminó convenciéndose de mi postura y se ofreció a presentarme a su amiga Mónica, porque consideraba que era una mujer adecuada a mis circunstancias, ya que tanto me preocupaban las circunstancias. Sí, ¿sabes, Emeterio? me he acordado de esta historia, porque ayer, durante un rato, hice el esfuerzo de ponerme a leer un libro. El que tenía más a mano era un volumen de las obras completas de Lope. Siempre fui aficionado a leer teatro y de las primeras

cosas que leí, ¡asómbrate!, fue *La estrella de Sevilla* y cogí el tomo y busqué la obra, pero no era el de teatro sino el de su producción poética. Entre todos sus sonetos, hay uno que siempre me impresionó. El que dice, me lo sé de memoria:

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;*

*no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarme alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;*

*huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;*

*creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor; quien lo probó lo sabe.*

Probablemente, los especialistas en Lope no lo consideren su soneto más logrado, pero yo, a mis catorce años, cuando lo leí por primera vez, lo encontré soberbio. Así que se lo mandé a Mónica, incluso antes de conocernos. ¿Cómo? ¿Me preguntas que cómo pude hacer una chiquillada así? Eso me dijo Clara, que si me había vuelto loco. ¡Hombre! se puede ver como una salida poco

adecuada, pero también como una forma original de iniciar una relación. Para que sepas, no sólo le envié ese soneto de Lope, jugando con mi nombre y con el del poeta, sino que hasta me atreví a improvisar yo unos versos inspirándome en Dante. Lástima que no conservo copia de aquella carta, porque no eran malos los versos, no. Emeterio, no te rías. Tu risa me recuerda las carcajadas de Clara. Bueno, ella empezó a reírse cuando se le pasó el estupor. Mi amiga Mónica, a la que ya le he hablado de ti, se va a pensar que quiero enredarla con un chiflado, con un viejo chocho o con un cursi de tomo y lomo. Tendré que llamarla y explicarle esto como si fuera una broma, para que al menos piense que eres un tipo divertido. Eso me dijo. Te aseguro que yo no iba de broma. Yo iba en serio. Quería encontrar una forma nueva de relacionarme con una mujer desconocida. Ella debió tomarlo en serio porque me contestó. Su carta era muy bonita. ¡Lástima que aquellas cartas las tiré cuando empecé mi relación con Isabel! ¿Que por qué lo hice? Hombre, mi relación con Isabel era muy seria. Ella quería casarse conmigo y yo con ella. Yo no le había contado ninguna de mis relaciones anteriores. Ella pensaba que yo era un solitario y eso la hizo interesarse por mí. No podía desmontar la imagen que me favorecía. Por otra parte, ¿qué impresión hubiera sacado si le digo, en los primeros momentos, una cosa así? Luego, con el paso del tiempo, preferí tirar las cartas. Nunca le había hablado de ello y era muy difícil hacerlo después de más de un año de relaciones. Hubiera sospechado que le ocultaba más de lo que decía. Además, aquello no tuvo ninguna importancia. Clara decía que sí, que por poco acaba con su amistad con Mónica. Porque Mónica se vino de Alicante a ver a Clara y a conocerme en persona. Fue terrible. Yo ya me di cuenta, nada más verla, de que no era la mujer que yo buscaba, pero no quería herir sus sentimientos. Sin embargo, me salió una especie de trato distante. Sé que estuve antipático. Clara me lo confirmó. Mónica debió marcharse con la impresión de haber conocido a un tipo raro. Sí. En aquella ocasión me comporté como un marciano. Eso decía Clara. Además, Clara creía que tras mi actitud con Mónica había algo más. Me habló de que a mí me habían enseñado para ser cura y que no me habían educado para tratar con mujeres, a no ser para salvar sus corruptas almas. Me dijo cosas muy gordas. Me llamó

desperdiciado. No entendí lo que quería decirme, pero fue terrible. Luego, ella me lo explicó más adelante. En su carta. Esa tampoco la guardé. Era una carta terrible. Pero ya te lo contaré en otro momento. Estaba hablándote de Mónica. Sí, yo vi enseguida que no era la mujer de mi vida, ella, en cambio, no pareció darse cuenta. Mi comportamiento fue distante y poco alentador, pero no descortés ni desagradable, al menos eso creo. Fue prudente. Por otra parte, no es lo mismo escribir una carta medio en serio medio en broma, para tener algo de qué hablar, que estar cara a cara y decir las mismas cosas, como iniciando una relación de noviazgo. Yo quería casarme, pero no con la primera que pasase, ni en el primer encuentro. Con tiempo. Con calma. Esas cosas se van haciendo día a día. Ya sabes. Hay un algo, como una intuición de que ésa es la persona adecuada o no. Si lo es, pues te dejas llevar por las circunstancias y ellas te van marcando el ritmo. Teniendo cuidado, claro, de no ir demasiado deprisa, ni demasiado despacio. ¿No sé si me entiendes? De estas cosas hablé mucho con Clara. Ella había estado casada, hasta que enviudó, unos quince años o más. Tenía la experiencia y yo pensé que comprendería mi necesidad de compartir mi vida. Ella, además, tenía hijos y eso me faltaba a mí. Un hombre, si no es que renuncia a la paternidad por razones más altas, y tú lo sabes, Emeterio, debe tener hijos. Una casa no es una casa, no es un hogar, si no es porque lo llenan unos hijos. Clara se ponía furiosa. Ella decía que no. Que los hijos son algo estupendo, que es maravilloso tener hijos, pero que ni los hijos hacen una casa ni convierten a sus padres en personas. Los hijos son autónomos, son personas, decía ella. No te puedes imaginar cómo se le ponían las cejas y la arruguita del labio. Lo decía cargada de razón y subía la voz, casi gritándome. Un día, la verdad es que era muy graciosa, íbamos por la calle y salió este asunto. Era en los días en que Mónica había anunciado su visita. Poco a poco, según yo le hablaba de cómo entendía unas relaciones de pareja, un matrimonio y lo de los hijos, fue levantando la voz, acelerando el ritmo de sus frases. Estaba irritada. Irritadísima, diría yo. Yo no acababa de entender el porqué de su enfado. Me estaba poniendo nervioso y alterado, porque además la gente con la que nos cruzábamos empezaba a mirarnos de mal modo. Parecíamos un matrimonio que sale a la calle para ventilar sus rencillas.

No me parecía discreta su actitud. Siempre me puso nervioso el que la gente pudiera pensar que éramos un matrimonio. La verdad es que, como decía ella, hacíamos buena pareja, sobre todo por su parte... Era divertida, de verdad. Bueno, pues te decía que en medio de los gritos y cuando yo ya estaba a punto de llamarle la atención acerca de que estábamos dando un espectáculo, se paró, me miró y me dijo: ¡Te daría con una maceta de geranios en la cabeza! Me atacas los nervios. No tienes ni idea de lo que es una relación de pareja. No sabes nada del mundo, de las mujeres, de los niños, ni de nada. Sólo tratas con dioses más muertos que mi abuela y no te enteras de nada. ¿No sé para qué te ha servido tanto leer, ni tanto estudiar, ni tanto viajar? Para necesitar gafas y criar callos en los pies. ¡Qué cruz de hombre! Todo eso me dijo, mirándome como si de veras quisiera darme unos azotes. Me recordó a mi madre. Mi madre no se alteraba nunca. Tenía un carácter de lo más estable y apacible. Pero tenía genio y le salía. Como Clara. Clara también era la persona más sonriente y acogedora que yo he conocido, pero con genio. Ya te digo, de vez en cuando lo sacaba y como ella misma reconocía: Hay ratos en que hago temblar a las lámparas. En esos momentos, más te vale callarte y dejarme estar. Pero, piensa luego en lo que te he dicho, porque ésos son mis ratos de inspiración y me salen verdades como puños. Si reflexionas sobre lo que te he dicho a grito pelado, te darás cuenta de que tengo más razón que un santo, aunque parezca que la pierdo al chillar. Solo que tú, cuando yo chillo, pones la misma cara que mis hijos; cara de apio. Me miran con unos ojos vidriosos e inexpresivos que me ponen a cien. Pero ellos hacen caso. Tú no. Tú eres más malcriado que ellos y no creo que pueda educarte jamás. ¡Vaya un pupilo negado que me ha salido! Es lo mismo que me decía mi madre. De otra manera, pero igual. Yo, cuando mi madre me regañaba, porque decía que era más tozudo que una mula y no me enmendaba, me quedaba siempre callado, no decía nada, sin embargo, en aquellos momentos la quería más que nunca. Me daba cuenta de que, si me gritaba de aquel modo, si se enfadaba conmigo tan terriblemente, era porque me quería mucho y deseaba que yo fuera perfecto. A Clara también la quería mucho en esos momentos. No podía replicarle, ni decirle que tenía razón, pero me daba cuenta de su mucho cariño por mí y de que a mí también

me subía a la garganta una especie de sollozo de amor por ella. La hubiera estrujado, en esos instantes, y le hubiera dicho mil y una cosas hermosas. ¡Amor de mi vida!... ¡Dios mío! ¿qué estoy diciendo? Mira, Emeterio, no es así, me he dejado llevar. Yo no me enamoré de Clara. Me gustaba, eso sí. Me sentía agusto con ella. Nos comprendíamos. Pero lo nuestro era imposible. No tenía futuro. Ella decía que nunca se volvería a casar. Además se quería ir a Valencia. ¡Caray! me parece que he oído las campanadas de la Antigua. Ya no truena. No llueve. Ha pasado la tormenta sin que lo notara. Es curioso. Está bien esto de hablar con Emeterio. Me descansa y me distrae. A ver. Las nueve. ¡Caramba! llevo más de dos horas hablando con Emeterio. Salustio dijo que vendría más pronto esta semana, porque tenía un cambio de turno. Debe estar al caer. Es raro que Reme no haya venido a despertarme. Como dijo que no iba a ayudarme, a lo mejor es por eso. Me levantaré. Me lleva más de una hora asearme y Salustio igual viene a las diez. No puedo entretenerme y dejar que pase la hora de mis ejercicios. Me conviene hacerlos y recuperarme pronto, aunque no sé si están siendo todo lo efectivos que debieran. Ya dice Mariano que esto es lento, ¿pero, cuánta vida tengo por delante? ¿Cuánto tiempo para intentar recuperar a Clara? No digas tonterías, Miguel. La charla con Emeterio te ha llevado por unos caminos que no querías transitar. Yo tengo muy claro qué es lo que significaba y significa Clara para mí. Es una amiga y me gustaría recuperar la relación con ella. Nada más. Yo me enamoré de Isabel. ¿Sabes, Emeterio? Eso sí fue amor. Y ella me correspondía. Pero las circunstancias no eran favorables. Si sigo aquí no habré terminado ni a la una. Salustio no podrá quedarse. Venga, Miguel, levántate y enfréntate al día.

VIII

Ha vuelto a llamar Desamparados. Van a venir en Semana Santa. Quería que yo fuera al pueblo. Decía que así descansa Reme y se puede ir con sus hijos. También puede descansar Reme quedándose aquí. No le doy tanto trabajo. Aunque si está Desamparados, no hace falta que esté Reme, digo yo. ¿Para qué van a estar las dos mujeres en casa, quitándose la faena de las manos la una a la otra? Pues sólo me falta a mí eso. La última vez, no era más que, Reme, deje eso. Señorita, que yo lo hago. Pesadísimas se ponían las dos de tan serviciales y a mí no me hacían ni caso. Más vale que esté una y me atienda como es debido. Yo como mejor estoy es en casa. Ya me voy haciendo con los movimientos. Tengo mis cosas ordenadas de manera que me cueste el mínimo esfuerzo alcanzarlas o usarlas. Si me voy al pueblo, en tanto me adapto y aprendo a manejarme allí, se habrá acabado la vacación. Además, no estoy para hacer un equipaje con muchos libros, que es lo que me apetece; leer. Ya he empezado a oír música. Sí. La música es importante. Al principio, no podía. En cuanto ponía un disco o enchufaba la radio me empezaban a zumbar los oídos. Era como si tuviera eco dentro de la cabeza. Molestísimo. Ahora ya no. Mariano dice que eso es un gran avance. Él se temía que me hubiera afectado al oído, pues siendo tan aficionado a la música se extrañaba de que no pudiera soportarla. Me hizo una audiometría y dio bien. Sería psicológico. Eso dijo. No lo sé. Todavía no me he atrevido con la ópera, pero un día llegará en que pueda escuchar *Orfeo y Eurídice*. Esta ópera me recuerda a Hannah. Yo me imaginé, cuando supe de su enfermedad y de su muerte, como a un nuevo Orfeo, bajando a los infiernos para rescatarla. Durante un tiempo, me obsesionó esa idea. Cuando se lo conté a Clara, me dijo que posiblemente tenía mala conciencia. No supe qué decirle. ¿Mala

conciencia de qué? No la entendí y ella no me lo aclaró. Sí que me dijo que tenía unas ideas románticas bastante trasnochadas y poco útiles. Ella no era muy romántica. Yo debo reconocer que sí lo soy. Me gusta pasear por sitios solitarios, me gustan los bosques y los jardines cuando hay niebla. Prefiero un tiempo lluvioso que invite a la melancolía o andar entre ruinas. Me encanta el silencio. Clara protestaba cuando yo le decía que no era romántica y afirmaba que sí lo era, pero que ella prefería mirar un amanecer sobre el mar. Ver cómo el sol salía casi como una luna, sin brillo, para convertirse, poco a poco en una bola de fuego ardiente y cegadora. Ella prefería, un atardecer, meterse en la cocina, poner un mantel de cuadritos sobre una mesa rústica, freír pescado, apagar las luces, encender una vela y comer, con alguien a quien se quisiera mucho, aquel pescadito frito, sin usar los cubiertos. Dar pequeños sorbitos a un vino tinto que pareciera negro de tan rojo y, luego, salir a pasear por la playa, aguardando el brillo de las primeras estrellas y notar como las blandas olas del Mediterráneo jugaban al escondite con los dedos de sus pies. Es verdad que las imágenes no eran malas y que eso resultaba muy atractivo. Yo también lo hubiera hecho con ella, si me hubiera invitado a compartirlo. Pero, parecía que eso lo reservaba para alguien desconocido, no para mí. Eran sus ensoñaciones en las que yo no parecía tener cabida. Ella no amaba la niebla, pero tampoco me convidaba a participar de su mar cálido... En fin. A lo mejor si le hubiera preguntado ¿me dejarías alguna vez comer pescado contigo?... Bueno, no sé cuál hubiera sido la respuesta y ya es tarde para preguntar nada. Me estoy perdiendo en divagaciones. Además, yo no quería eso con Clara. Lo nuestro era una amistad, muy profunda, pero sólo una amistad. Yo estaba pensando en cómo nos vamos a organizar en cuanto vengan Desamparados, Rufino y los muchachos. Aunque parece que los chicos se van a ir a la playa con una tía suya. La prima de Rufino, ¿cómo se llama? Es un nombre con ese; ¿Sara, Susana, Sebastiana? No. No es tan largo. No me acuerdo. Da igual. Si los chicos se van con su tía, Sofía, eso es, mejor para todos. No creo que vengan el Domingo de Ramos, se esperarán hasta el lunes o el martes. Rufino no puede abandonar el negocio, aunque el muchacho que le ayuda es muy competente según dice. A Rufino, sin embargo, le gusta esperar a esos

clientes que son casi fijos. No sé qué encuentra la gente en pasar unas vacaciones en San Martín. A mí me gusta el pueblo, porque es mi pueblo. Pero, si no fuera de allí, si no tuviera recuerdos de la infancia, si no me viniera a la memoria mi madre, la verdad es que en ese pueblo no hay nada que hacer. No sé por qué digo esto. Los recuerdos que tengo del pueblo son mínimos. Nos fuimos a Zamora cuando yo tenía muy pocos años. Lo único que de verdad recuerdo fue aquel verano de las fiebres. Ése sí que fue bueno. De todas maneras no me apetece nada ir al pueblo. Me gustaría estar mejor y marcharme a Madrid. Podría volver a El Escorial. Fui allí con Clara. También con Isabel. Fue muy distinto. Es curioso cómo una misma cosa, un mismo lugar, se puede visitar con dos personas y que te produzca una impresión totalmente diferente. Casi no recuerdo qué hice con Isabel allí. Sí, comimos en una especie de mesón. Luego, empezó a llover y nos marchamos al Valle de los Caídos. No nos bajamos del coche, porque Isabel decía que aquel sitio la deprimía. Hicimos kilómetros, entrando y saliendo de la provincia de Madrid y metiéndonos en la de Ávila, hasta que ella miró el reloj, dijo que era muy tarde y que la llevara a Madrid, que llegaban sus hijos. Sí, no fue una excursión muy afortunada, aunque yo había puesto muchas esperanzas en ella. Con Clara fue muy distinto. No fuimos al Valle de los Caídos. Sólo estuvimos en el Monasterio de El Escorial. Lo recorrimos todo, mezclados con un grupo de turistas italianos. Yo le iba contando cosas que sabía y que el guía no citaba y ella me escuchaba con mucho interés. Cuando ya nos íbamos, se empeñó en visitar el panteón de infantes. Le daba una pena horrible ver aquellas tumbas tan pequeñitas, con principitos, como decía ella, muertos en la primera infancia. Antes la gente se moría como chinches ¡pobres!, decía. Claro, que siempre había alguno que escapaba sin saber muy bien por qué, como Carlos II, que era una piltrafa de hombre y, en cambio, estos pobres niños, casi recién nacidos, ¡qué lástima! De repente, me dijo, ¿sabes que estuve una vez aquí con Joaquín? Sí. Cuando me examiné de ingreso en la universidad, Joaquín me trajo con él en un viaje a Madrid. Era la primera vez que yo salía de Valencia para venir a la capital. Eso entonces era un acontecimiento. Me acuerdo de lo que presumí luego ante mis amigas. Fue estupendo viajar con él. Se cogió un cabreo enorme

cuando, al llegar al hotel, le preguntaron si yo era su mujer. A mí me hizo mucha ilusión que creyeran que en lugar de mi padre era mi marido, pero él se cabreó mucho porque, y se lo dijo al recepcionista, a ver si se pensaba que era un corruptor de menores; ¿no ve este tío que tú y yo tenemos la misma cara? La gente en Madrid es muy rara, también es verdad que deben ver cada cosa... Eso me dijo Joaquín, pero yo estaba encantada de que mi padre y yo pareciéramos una parejita. En fin, él venía a unos negocios y yo le esperaba en el hotel. Luego, cuando acababa con sus visitas, me sacaba de paseo. Me llevó al teatro, al cine, al Retiro, al Museo del Prado y un día alquiló un coche y nos vinimos aquí. ¿Sabes lo que más me gusta de este panteón de infantes? La tumba de don Juan de Austria. Ahora el guía no lo cuenta, pero ¿sabes por qué lleva tantos anillos en las manos? pues por cada amor que tuvo. Si la estatua es fiel, no me extraña que se llevara a las mujeres de calle. ¡Qué perfil tan fino! ¡Una nariz envidiable! y esa barbilla, tan firme. Dicen que era muy bajito, pero aún así, las enamoraba a todas. Aunque los hombres en aquella época no eran tan altos como ahora, te habrás fijado en que las armaduras parecen hechas para niños. El caso es que a mí este mausoleo me gusta muchísimo y las manos tan bonitas, cubiertas de anillos, con esa historia de los amores... Una delicia. Yo le dije que todo eso seguramente era inventado para los turistas. Ella me contestó, no me digas eso, es normal que enamorara a las mujeres. Tú fíjate que contraste con su hermanastro, lo feo que era Felipe II, con esa cara de vinagre y, además, el tal don Juan a las mujeres debía despertarles una especie de amor maternal por lo de la bastardía ¿no crees?. Más de una querría no sólo enamorarse de él, sino que seguro que quería ser como su madre, darle cariño, mimos y ternuras que no tuvo en la infancia. Por lo mismo, incluso, hubiera podido ser rey, para algo era también hijo del Emperador, pero, no. No le tocó. Y el feo y amargado de su hermano ahí reinando. Eso entenece a cualquiera. Si el retrato es medio fiel y todas esas circunstancias en su historia personal, ¡vamos! que es seguro que las mondaba. A mí misma me habría gustado conocerle y ligar con él. Yo le conté que había estado en Villagarcía de Campos, donde se había criado don Juan de Austria, en casa de su preceptor don Luis de Quijada y de su mujer, doña Magdalena de Ulloa.

Que esta señora había sido como su madre y el preceptor como un padre, ya que no habían tenido hijos propios. Que la suya no fue una infancia tan amarga y que, además, Felipe II lo había acogido en la Corte y lo había tratado como hermano de pleno derecho. Lo suyo no era una historia tan desgraciada. No creo yo que las mujeres se enamoraran de él por eso. ¡Tú qué sabes por qué se enamoran las mujeres! me soltó. En fin, yo hice como si no la hubiera oído y seguí contándole que el tal don Luis había muerto en una de las revueltas contra los moriscos de Levante o algo así y que en la Colegiata de Villagarcía había un precioso enterramiento de la pareja con estatuas orantes de ambos que eran una maravilla. Luego, cuando se acabó la visita, se empeñó en que comiéramos al aire libre. Entramos en un bar, compramos unos bocadillos de jamón, nos fuimos a la Silla y allí nos sentamos, como dos críos de excursión, a comernos los bocadillos. Ya no recuerdo de qué hablamos... Aunque, sí, Clara hablaba de las montañas azules, de que todo era azul y de que era una pena que aquel paisaje tan hermoso no tuviera al fondo el mar. Era lo único que le faltaba. Tomamos mucho el sol, allí arriba, sentados en una roca. A mí por la tarde, cuando volvíamos, me dolía un poco la cabeza. Se lo dije y me contestó, olvídate del dolor de cabeza, acuérdate de lo bonito que era todo y de lo bien que lo hemos pasado. No lo fastidies dándole más importancia a un dolorcillo. Yo le dije que a lo mejor me había insolado y ella me contestó que era un aguafiestas y que ojalá se me hubiera metido todo el sol en el cerebro. Si se me derretía, no se perdería nada. ¡Cómo son las mujeres! A ella no le dolía la cabeza como a mí. En fin, en cuanto llegué a casa me tomé una pastilla y se me pasó, pero estuve preocupado un par de días, porque sí que me había tomado el sol, tanto que se me peló la nariz. De todas maneras hay que reconocer que aquél fue un hermoso día. Con Isabel fue mucho peor, también es cierto que el clima no acompañaba... Por cierto, Emeterio, que hace mucho que no hablo contigo. Me acabo de acordar de que en estas fechas, antes de Semana Santa, por eso debe haber salido lo de El Escorial y Villagarcía, porque ¿te acuerdas de los ejercicios espirituales que hicimos varios años allí? Sí, hombre, con los jesuitas. Pues claro. Claro que te acuerdas Emeterio. Eran buenos años aquellos... Aquel sitio convidaba a la paz y al recogimiento y los

ejercicios de San Ignacio eran útiles. No los he vuelto a hacer jamás, aunque hace algunos años, no recuerdo quién me regaló un ejemplar de los ejercicios. Sí. ¡Lugar hermoso! ¡Quién pudiera volver a sentir aquella misma devoción, aquella entrega, aquella necesidad de introspección! En fin, los años mozos. A lo mejor debería hacer unos ejercicios espirituales en algún momento, no me vendrían mal. Clara decía que, para haber sido cura, yo era poco rezador y, de vez en cuando, me aconsejaba que rezara. Ella era creyente, pero nada beata y a veces tenía unas posturas bastante contestatarias respecto a la Iglesia. Sí, se llevaba mal con el Papa, eso decía ella, como si tuviera trato directo con él. Decía que la Iglesia había descafeinado el Concilio, que qué lástima de Juan XXIII y de Pablo VI, que después, todo había sido ir para atrás como los cangrejos. Eso le creaba problemas con sus hijos. No se atrevía a romper del todo con la Iglesia por ellos, porque había que enseñarles unos principios y porque ella creía en todo eso, pero... con el Papa no podía. En fin. ¡Ay! Emeterio, si volviéramos a ser jóvenes, si tú estuvieras vivo y pudiéramos volver a Villagarcía a hacer ejercicios con San Ignacio. Oye, Emeterio, cuando esté mejor, podríamos ir tú y yo a pasearnos por Villagarcía. Seguro que allí nos volvían muchos recuerdos perdidos. Claro que si alguien me ve hablando contigo; es decir, hablando solo, me tomaría por chiflado. Aunque a mí qué más me da, que me tomen por lo que quieran. Reme, ¿de dónde sale esta mujer que siempre me sobresalta? ¿Yo hablando solo? ¡Qué va! Pensando en voz alta, nada más. Que mi hermana anuncia que viene el martes. Bien está. Mejor, así estará menos días. El sábado ya dirán de irse. Que no sea así, que ella se preocupa. Ya lo sé que se preocupa, pero ¿se preocupa de saber qué es lo que yo quiero de verdad? En el fondo, yo creo que vienen para acallar a su conciencia. Lleva dos meses diciendo que van a venir un fin de semana y nada, que no vienen, siempre algún trastorno, siempre algún imponderable. ¡Excusas! Mira, Reme, que yo conozco a mi hermana. No le gusta Valladolid. Ella cree que esto es Nueva York. Ella está muy agusto en el pueblo y Rufino también. Ellos allí llevan la vida que quieren y aquí, pues eso, que yo les condiciono, que me tienen que atender, que se han de quedar en casa haciéndome compañía, que aquí no conocen a nadie. Así que no me han de engañar. Vienen por puro

compromiso y por lavar la conciencia. ¿Yo desagradecido? Reme, me voy a enfadar al final. ¿La viuda del coronel ha preguntado por mí? y ¿quién es esa señora y a santo de qué pregunta por mí? ¿Que pregunta casi todos los días? ¿La viuda de Villacañas? ¡Ah!, la del primero. Querría venir a verme. Pues sólo me falta eso, aguantar a una viuda. No, mujer, no le vas a decir eso, le dices que no me encuentro bien del todo, que me fatigan las visitas, esas cosas... ¿Tú has visto, Emeterio? La Viuda de Villacañas. ¡Qué cosas! Te aseguro que no sé qué cara tiene. No habré cruzado con ella ni media docena de frases en todos estos años y ahora se interesa por mí. Reme se ha ido a la cocina meneando la cabeza. Cree que soy un desagradecido. No. No lo soy. Me molesta este morbo de la gente. En cuanto te ven pachucho se interesan por ti. ¿Por qué no se ha preocupado de visitarme en todos estos años si tanto interés me tiene? A lo mejor, siendo ella viuda y yo soltero, no le parecía propio. Puede ser eso. Ahora como estoy menguado, si la gente se entera de que me frecuenta, lo tomará por una caridad que hace. ¡Me fastidia también eso! ¡Yo no estoy para caridades! ¡Sigo siendo un hombre! Tal vez sólo medio hombre. Estoy diciendo tonterías. Por otra parte, es mejor que deje de hablar con Emeterio cuando estoy aquí ante el balcón, porque Reme entra y sale como una aparición y me sorprende siempre hablando al aire. Terminaré por creer que me he chalado del todo. Tengo que controlarme. Mira, Emeterio, hablaré contigo cuando esté en el baño o en mi habitación o cuando Reme esté en la compra o haciendo recados. No te lo tomes a mal, pero creo que es más prudente. Es una tontería esto también. ¿Me estaré volviendo loco? Sí. Será mejor que Desamparados y Rufino vengan pronto y pueda hablar con gente de verdad. Me dejé llevar por esto de tener un amigo invisible como el que tenía Clara. Pero ella era una niña y las fantasías, en los niños, son normales y a todo el mundo le parecen tan graciosos y tan originales, pero en un adulto, y más si está como yo, tocado de la cabeza, parecen rarezas y manías o, francamente, chifladura. Es viernes, me ha dicho Reme. Mañana no vendrá Salustio. Desamparados y Rufino no llegarán hasta el martes. Salustio tampoco vendrá ni el jueves ni el viernes. Quizá no vuelva hasta el lunes de Pascua. ¡Dios mío! A lo mejor le debería decir a Reme que le diga a la viuda de Villacañas que venga cuando quiera

que agradecería mucho su compañía. ¡Qué semana más larga! Tanto como el pasillo. No sé. Pondré música. Para eso tendría que levantarme de aquí y se me hace tan pesado cualquier movimiento. Salustio dice que debo comprarme una bicicleta estática. Pedalear un rato cada día me iría bien. Eso dice. Me distraería. Él dice que si me la compro, mientras pedaleo, puedo imaginar que voy por un camino, que subo y bajo cuestas, que veo un paisaje que me apetezca contemplar... No sé, ese muchacho tiene una imaginación calenturienta. La tendría que poner en el cuarto de baño y lo que vería serían las baldosas de la pared. Claro que eso puede ayudarme en la recuperación. A lo mejor no es mala idea. Además sería una actividad. Sí. Le diré que me busque una y que se encargue de comprarla. Aunque Mariano tiene un amigo... Sí, el de la ortopedia. Seguro que él sabe dónde conseguir una bicicleta de ésas a buen precio. Llamaré a Mariano. No. No puedo. Se ha ido a Murcia. Siempre se va en Semana Santa a Lorca, porque su mujer es de allí y cuenta maravillas de las procesiones. Yo las vi un día en televisión y me parecieron una mezcla anacrónica imposible. ¿Quién era el personaje aquél que salía en una especie de carroza? ¿Nabucodonosor? Creo que sí. ¡Qué tendrá que ver Nabucodonosor con la Pasión! En fin, que no está, tendrá que ser Salustio. Salustio sabrá dónde comprar una bicicleta de ésas. ¡Hombre! Llaman. ¿Quién será a estas horas? Salustio, que trae la bicicleta. Este muchacho es la República de Andorra que diría Clara. Hace lo que le da la gana. Yo no le había dicho que sí a lo de la bicicleta. Bueno. Es buena idea. Me ha adivinado el pensamiento. En este momento yo ya estaba decidido a pedirle que la comprara. Pero no me gusta que la gente actúe por su cuenta. Podría esperar a que yo se lo hubiera autorizado. En fin. Está bien. Aquí está el artilugio. Sí. En el baño, pues claro, no la van a poner en el salón. A lo mejor esto me entretiene. Es una obligación más. Me vendrá bien. Así no le tengo que pedir a la viuda que suba a darme conversación.

IX

Rufino y Desamparados se han ido a ver no sé qué procesión. No paran en casa. Que si el Via Crucis, que si visitar tal o cual iglesia. Que les da mucha devoción ver los pasos antes de que salgan a la calle ¡Excusas! Ya lo decía yo. Están aquí y no están. Reme se ha ido con su hijo, quejándose de que no aguanta a la nuera, pero se ha ido. Tan desagradable no le será cuando la prefiere y no se queda conmigo. Aunque es mejor así. Las dos en casa, ella y Desamparados, son mucho para aguantar. También es de agradecer que Desamparados se lleve a Rufino de visitas piadosas. Ese hombre. No tiene conversación. Bueno, lo peor es que sí la tiene, pero lo que me cuenta no me interesa nada en absoluto. Ya ha dejado de lado el asunto de la calefacción, lo que es de agradecer, pero la ha tomado con los de la peña de cazadores y con el alcalde. No se da cuenta de que el hecho de que le hayan puesto un taller mecánico casi a la puerta es un beneficio para su negocio. Mientras esperan que les arreglen los coches, siempre entran a su establecimiento a echar un trago, a comer, o si la avería es gorda, a pasar la noche. Eso le da negocio. Pues nada, no hay manera de convencerle. Dice que el alcalde le ha dado la licencia del taller al Urbano para fastidiarle con los olores y los ruidos. Rufino cree que es una a modo de venganza, porque cuando van a cazar juntos, el alcalde, que es mal tirador, siempre cobra menos piezas que él. Para mí que debe ser al revés. Ya se sabe cómo exagera Rufino con esas cosas. De todas maneras, qué mentes tan estrechas y qué vidas tan pequeñas. Por eso yo no podría pasar mucho tiempo allí. Menos mal que tengo cierta facilidad para aislarme y, aunque me hable, puedo estar pensando en otra cosa. Ayer hice que me dormía. Debo haber repetido mucho el truco y he de andar con cuidado, porque le oí comentando con Desamparados que me adormilo y

que eso es por falta de riego. ¡Qué sabrá él! Lo que no voy a decirle es que me harta con tanta cháchara insulsa. ¿No leerá nada nunca? ¿No podría hablar de algún libro que haya leído? ¿No van nunca al cine? Me podría contar una película. Hace siglos que no voy al cine. Clara era muy aficionada. Pocas veces fui con ella, pero resultó interesante. ¡Hay que ver el partido que le sacaba a cualquier cosa! Se fijaba en la música, en los diálogos, en los planos, en la fotografía, en la dirección de actores. Hacía comentarios sabrosos. Lloraba y se reía, según el caso lo pidiera, sin pudor ninguno, como los niños. Le faltaba poco para dar palmadas cuando le gustaba algo o cuando llegaban «los buenos», como decía ella. Cuando era niña, había visto Miguel Strogoff. A la llegada de los tártaros, que estaban a punto de coger al protagonista, en el ribazo de un río, ella empezó a gritar y a avisarle del peligro. Salió del cine con las manos doloridas de dar golpes en el respaldo de la butaca de delante. Aquellas sillas sin tapizar eran durísimas, decía, pero se le iluminaban los ojos al recuerdo de lo mucho que había disfrutado. Me contó que cuando vio Bambi, la tuvieron que sacar del cine, porque montó una escandalera terrible, llorando y llamando a gritos a la mamá de Bambi. También la sacaron en volandas de la proyección de Blancanieves por los alaridos de terror que lanzó, en el momento en que apareció la madrastra, disfrazada de viejecita, con la manzana envenenada y ella supo que la iba a engañar, no pudo contenerse y, como a Strogoff, intentó convencer a la niña de que no se dejara engatusar. ¡Es la bruja, es la bruja, no hagas caso! le gritaba a voz en cuello. Clara decía que eso de hacerse mayor es una gaita, porque te contienen, no puedes gritar, ni avisar al protagonista de que alguien le quiere mal. Rufino, en cambio, cuando ve una película no sale del no estaba mal, como tu hermana quería verla y se empeñó... ¡Qué hombre más soso! En fin, en cualquier caso, tengo toda la tarde para mí. Seguro que después de la procesión se van a comer torrijas a la Plaza Mayor. Debería organizarme alguna distracción. Se me ocurre que ya que tengo la bicicleta puedo hacer unos cuantos kilómetros, como dice Salustio, me imagino que voy por algún sitio y ya está. Si pongo música eso me ayudará a recordar cosas o lugares. Bien, iré para allá. ¡Ánimo, Miguel, que la tarde es tuya! ¿Qué podría escuchar? ¡Hombre! Bach. Sí, la Pasión según San

Mateo. Esto es adecuado para las fechas. Mientras suena, haré unos cuantos kilómetros. Ya va, ya va. *Komm, ihr Töchter, helft mir klagen* (venid, hijas, llorad conmigo). No es muy animado, pero es hermoso. ¿Te acuerdas Emeterio de cuando estábamos en la coral? No. Emeterio no era del coro. No puede acordarse. Mientras oigo esto podría pasear a la orilla del Sena, camino de Notre Dâme. Aquella vez que cantamos allí. Fue toda una experiencia, con aquel órgano inmenso. ¡Qué gira! Era una suerte estar en el coro. Si no llega a ser por las escapadas, los ensayos, los conciertos, no creo que hubiera soportado todo aquello. La música fue mi salvación. Era un privilegio recorrer Europa, cuando nadie salía de España. Berlín, Viena, París. ¡Dios mío! ¿qué habrá sido de todos aquellos compañeros del coro? No tengo ni idea de dónde paran. No sé por qué nunca hice nada por mantener el contacto con ellos. Aquellos viajes, sin embargo, unían mucho. Claro está que yo me sentía un poco al margen. Para mí eran una especie de escapatoria. Estaba allí y no estaba. Ir al coro me eximía de otras tareas que no me gustaban nada. Viajar con el coro me permitía no volver a casa y aguantar a mi madre y a Desamparados, siempre tan mustia. No. No debo pensar eso. A mí me gustaba estar con mi madre. Claro que la mujer iba perdiendo poco a poco la cabeza. No podías mantener una conversación larga con ella. Pero eso fue después. En cualquier caso, si no hubiera sido por la coral, yo no habría tenido vacaciones. Los otros se quedaban allá. Ninguno iba a su casa en el verano. Estoy mezclando cosas. Los veranos en casa se volvieron tediosos, cuando yo ya no estaba prácticamente ligado a la Iglesia. Aunque también me aislaba de todo aquello, porque siempre tenía mucho trabajo. Los veranos son buenos para preparar clases, el doctorado, corregir tesis, poner a punto una conferencia o un artículo. Luego, con los cursos de verano, la cosa se animó. Todas las universidades montando cursos. Me invitaban... No iba a decir que no. Eso da proyección. La gente te conoce. También te los pagan más o menos bien y un dulce no amarga a nadie. Los veranos los tenía muy ocupados con esas cosas. También eso me permitió conocer a Isabel. Estuvo bien aquel curso. ¡Oh Dios mío! me duelen las piernas. No sé cuánto tiempo llevo pedaleando. Debe ser mucho rato, porque el coro está cantando lo de *O Haupt voll Blut und Wunden* (¡Oh cabeza ensangrentada y

herida...!) Esto lo cantábamos nosotros. Sí. Y la coral del final. Qué cosa tan bella. ¿Qué es esto? Estoy llorando. Hacía días que no lloraba. Debe ser fatiga, llevo mucho rato pedaleando. No es bueno hacer ejercicio tanto tiempo. Debo dosificarlo. Sí. Mariano dice que es un llanto mecánico, fuera de control. No tiene nada que ver ni con la fatiga ni con la música. La música siempre me ha hecho feliz. Siempre ha sido un reto para mí. Tengo buena voz, lo que no tengo es sentido del ritmo y un oído medio regular. Pero, con todo, no cantaba mal. Voz de tenor. Sí, ahí me pusieron, con los tenores. ¡Oh, Señor! *Mein Jesu, gute Nacht*. Buenas noches, Dios mío. No puedo controlar las lágrimas. Haré como Clara. Lloraré a placer. Suspiros. Sí, suspiros entrecortados como los de un niño solitario. Eso es lo que me apetece. Me apetece quejarme como un pobre niño solitario. Como un niño abandonado. Eso es lo que yo era; un niño abandonado. Solitario y refugiado en los brazos de la música. ¡Señor! qué noche tan larga la de tu ausencia. Qué noche terrible la de tu muerte. Cristo bienamado, nuestras lágrimas corren, escucha el adiós salido del corazón. ¡En la tumba, duerme en paz! Esta música me pone sensibilero. No soy ningún niño abandonado. No lo fui nunca. Mi madre me quería. Desamparados, con todas sus cosas, también me quiere. Clara me apreciaba e Isabel me quería. Hasta Reme me quiere. Estoy seguro. Siempre he tenido amigos, como tú, Emeterio. Además aquello del seminario fue una buena idea. No habría llegado a donde estoy si no hubiera sido por la formación que allí me dieron. Eso se lo tengo que agradecer y, además, yo estaba bien allí. La música, la coral, eran un añadido estupendo, que terminó de formarme, que despertó mi sensibilidad hacia el arte. De la música a la literatura y la pintura se va de un paso. Gracias a aquello yo soy una persona con una formación amplia y sólida, con gusto, perceptiva y receptiva. Sí. Yo tendría mis dotes naturales, pero aquello me pulió, le dio forma a mis capacidades. Estoy contento de haber tenido esa experiencia y esa formación. No cabe duda de que además me dotó de una serie de valores que me han sostenido en la adversidad. No haber tenido familia, no haberme casado, aunque estuviera a punto de hacerlo con Isabel, supongo que toda esa soledad y la de los años anteriores no la habría soportado de no tener unos sólidos principios, una vida

interior. Ahora mismo. La enfermedad, la invalidez. Llevo esto con gran dignidad, sin hacerme pesado a los demás. Todo eso viene de la ascesis que uno aprendió de niño, no cabe duda. Sigo llorando y ya la música ha cesado. No sé qué hago subido en lo alto de este aparato, como una gallina en el palo. Cualquiera que me vea, pensará que ya me he chiflado del todo. No debo seguir llorando. Me lavaré la cara. Así a lo mejor corto las lágrimas. En fin. No sé por qué me he puesto tan sensible. A lo mejor es que he cogido algo de frío o puede ser esa alergia que me taponan las narices al llegar la primavera. Hoy ha sido un día de sol, puede que fuera eso. Ya no me acordaba de la alergia. Más que lágrimas, era la nariz taponada. Sí, me sueno y a otra cosa. Cuando vuelva Mariano le preguntaré qué puedo tomar para estos ataques que me hacen lagrimear los ojos. Mejor le digo a Reme o a Desamparados que le pregunten al farmacéutico, porque si espero que vuelva Mariano... Esto es molestísimo. Además si Desamparados me ve lagrimear enseguida piensa que me pasa algo. Ella no cree en eso de las alergias. Claro que en la radio han dicho que mañana lloverá. Si llueve desaparecerán un poco los pólenes y me encontraré mejor. De todas maneras, me voy a sonar y a lavarme la cara, no vaya a ser que vuelvan y se piensen que me pasa algo. ¡No! he debido darle al botón de la repetición. Vuelve a sonar el inicio. ¡No, no puedo soportarlo otra vez! ¡Callad, callad! ¡No me atormentéis! No quiero llorar más con las hijas de Jerusalem. No quiero llorar por este hombre arrojado sin remedio a la muerte. Muerto desde su nacimiento a la vida. ¡Callad! Se oye la puerta. Deben ser ellos. Ya vuelven. Tengo los ojos enrojecidos. Desamparados se dará cuenta. Ella es muy observadora y se preocupa enseguida por todo. ¿Qué hago? Antes de que me diga nada le cuento lo de la alergia y la mando a la farmacia. Sí, eso será lo mejor. Ha oído la música. ¿Qué dice? No mujer, no estoy llorando, he tenido un ataque de alergia. ¿Cómo va a deprimirme la música? Bach era un genio y esto es una maravilla. La he oído entera y no sabes cómo he disfrutado, pero, hace un momento, me ha dado una tanda de estornudos que casi me hace perder la respiración. No he llorado nada. No tengo motivos. Hoy me encuentro muy bien. Además, según oía la música, he estado paseando en bicicleta por la orilla del Sena. No sabes qué hermosos

estaban los árboles y los edificios reflejándose en el río y los barquitos que pasean turistas... No me he vuelto loco. Sigo los consejos de Salustio. ¿No te lo he contado? Pues él dice que para que no se me haga tedioso lo de pedalear, mirando los baldosines del baño, que me imagine que voy de paseo por un sitio que me guste. Como esta Pasión la cantábamos con la coral, me he acordado de que la hicimos en París y he decidido pasear por la orilla del Sena. Nada más. Es un ejercicio para la imaginación. Mariano también me recomienda que haga cosas como ésas y que las haga ordenadamente. ¿Que no te venga con tonterías que tú me conoces? No tienes ni idea, Desamparados. Nunca has sabido quién era yo. Cómo vas a saberlo si nunca has sabido nada de mi vida, más que lo que yo he dejado traslucir que era bien poco. Esto no te lo puedo decir, porque bastante haces con estar aquí, dándome compañía. En el fondo, si no fuera porque tú también eres una de Lope, serías una extraña. Nunca hemos compartido nada. Nada en absoluto. En fin. No puedo decírtelo, porque te dolería. Pero tú y yo somos hermanos, porque las cosas son así, pero ni siquiera tenemos la confianza de decir realmente lo que pensamos. Al menos yo no la tengo. Tenía yo más confianza con Clara que contigo. También es que ella tenía un sexto sentido para captar las cosas y, cuando no entendía algo o lo quería saber, preguntaba sin más. Si ahora estuviera aquí, ella sabría que yo estaba llorando de añoranza, de pena por mí mismo. Pero, ¡qué tonterías digo! Lo que quería decir es que ella sabría que yo estaba con un ataque de alergia. No pondría esa cara de incredulidad que tú pones, Desamparados. ¿Qué tendré yo ya que ocultar a estas alturas? Nada. Nada en absoluto. Si estuviera triste, te lo diría. Simplemente he disfrutado de un maravilloso concierto y los estornudos me lo han estropeado al final y también tus suspicacias, Desamparados. Ve a la farmacia y dile al vecino que te dé algo para mi alergia, en vez de estar aquí rezongando que si yo esto, que si yo lo otro... Es malo estar solo, pero, a veces, la compañía qué difícil se hace. Prefiero que esté aquí Reme. Ella va a sus tareas, me trae lo que necesito a sus horas y no se mete en mi vida. Desamparados, como es mi hermana, se siente autorizada a escudriñar, a imaginar lo que le da la gana. En fin, ya queda menos. En un par de días se volverán al pueblo y yo podré hablar con tranquilidad con Emeterio, sin miedo a que me

espíen si hablo solo, y podré llorar, si es que me vienen en gana, sin que se empeñen en saber por qué lo hago. Me dormiré en el sillón, porque tenga sueño y no por huir de las murgas que me cuenta Rufino. ¡Señor! tu Pasión fue grande, pero estas pequeñas molestias que da la familia tampoco son mancas. Cuánto mejor se está solo. Bueno, no quiero ser irreverente. Lo de Desamparados y Rufino son pequeñeces, al lado de toda la amargura de Cristo. En fin. Estoy diciendo tonterías una vez más. Pero esta mujer tan atenta, tan servicial, me saca de mis casillas. ¿No podrá uno estornudar con tranquilidad y, si se tercia, llorar con una música que te emociona, sin más? ¿Por qué se empeñan todos en creer que tengo algo que me amarga? ¿Qué más querrán? ¿No es bastante con que esté aquí paralizado de medio cuerpo? No querrán que tenga también el alma medio muerta. La sensibilidad es parte del alma. ¿Quieren que sea una piedra que ni siente ni padece? ¿En qué quedamos? Todos muy preocupados por si perdía conciencia y sensibilidad y, ahora, dando la vara con que si estoy demasiado sensible. ¡No hay quien los entienda! Ya queda menos. Es cuestión de un poco más de paciencia. Se irán y podré hacer lo que me venga en gana. Si lloro, como si río. Es castigo que uno no pueda emocionarse con Bach. Clara tenía razón. Es mucho más natural dejarse llevar de los sentimientos. Pero, estamos tan acostumbrados a ocultarlos. Yo siempre he procurado manifestarme tal cual soy, aunque está visto que si lo haces, no te comprenden. En fin, Emeterio, ya hablaremos de este asunto cualquier rato que estemos solos.

X

Emeterio, perdona. Te he tenido abandonado los últimos tres días. Demasiadas emociones. ¿No te he dicho? He salido a la calle. No sólo eso, ¡he viajado! No ha sido gran cosa. A Peñafiel nos fuimos, a ver el castillo y a comer allí en la carretera de Soria. Me paseé por el Coso. No te digo más. Mira, empezaré por el principio. Primero fue lo de Germán Arroyo. ¿Que no sabes quién es? Por eso te lo estoy contando, hombre. Germán Arroyo es un chico que se licenció aquí. De estudiante era un poco botarate, un poco inconstante. No sé cómo era exactamente, porque yo no me fijé mucho en él. Pero eso era lo que decían mis compañeros de Departamento. El caso es que el muchacho, al comenzar los cursos de doctorado, vino a verme. Quería hacer la tesis conmigo. Me propuso un tema interesante y yo le dije que sí. En aquel momento, yo aún no había tenido ningún doctorando. Bueno, en las clases sí, pero que quisiera hacer la tesis conmigo, no. El caso es que Germán se puso a trabajar como un poseso. Yo, entonces, le aconsejé que pidiera una beca para Estados Unidos. La pidió y como el proyecto de tesis era muy nuevo y prometedor y el muchacho, aunque fuera cierto que era un poco botarate, tenía buen expediente, se la dieron. Allá que se fue con su beca. Pero, los americanos son muy suyos. Lo marearon durante tres años. Le cambiaron el proyecto. Se empeñaron en que debía defender su tesis allí. Total, que una cosa que podría haber llevado cuatro años de trabajo, para el bueno de Germán se convirtió en siete. Clara, a la que le contaba yo, entonces, estas cosas, se enfadaba muchísimo. Decía que una prima de su marido, que había estudiado en Salamanca, se fue, aconsejada por su director, un par de años a Alemania. Cuando volvió, con una tesis estupenda, hablando alemán por los codos y con varias publicaciones, se encontró con que sus compañeros, más mediocres y

que no habían ido a ninguna parte, estaban todos colocados. Ella sin beca y sin puesto de trabajo. Lo de irse, decía Clara, es una engañifa. Es producto del papanatismo y de no ser realista. Con muchos esfuerzos, Mariana, que así se llamaba la prima de Carlos, consiguió una beca de no sé cómo y, al final, sacó una plaza de oposición. Eso fue hace más de quince años, le replicaba yo, ahora las cosas son distintas. Pues la prima de Carlos lo tiene muy claro. Ella aconseja a sus estudiantes que se vayan los veranos, pero, durante el curso, que se estén aquí, que se dejen ver, que hagan méritos aquí, aunque tengan que servir en un bar de copas por la noche para ganarse la vida. Porque si se van, si te he visto no me acuerdo y cualquier otro más negado se coloca. Bueno, pues estoy divagando otra vez. Mira, Emeterio, lo que yo te decía es que este Germán hizo una tesis brillante. Pero cuando regresó no había sitio para él. No es por lo que dice Clara, sino porque no hay dinero y hay pocas plazas. Eso lo sabe cualquiera que conozca la universidad. Clara hablaba de oídas, por lo que decía la prima de su marido. Si no hay dinero para nada, menos aún para Humanidades. Eso son lujos poco rentables. ¿A quién le importan hoy las lenguas antiguas? pongo por caso... En fin, Germán volvió. Se casó con una chica de Málaga que era su novia de tiempo y se marchó allá a vivir. Por lo visto, en Málaga, ha conseguido una plaza de profesor en la universidad y está bien considerado. Como él era de aquí, ha venido a visitar a su abuela y a unos tíos y ¿qué te parece? ha venido a verme. Se estuvo aquí toda la tarde conmigo. Fue muy agradable. Recordamos las clases, los seminarios, el congreso que organicé que fue en donde él tuvo la primera ocasión de contar su trabajo en público y que otros colegas se lo discutieran. Estaba muy agradecido. ¡Por fin alguien que reconoce lo que hice por él! También estuvimos hablando de un montón de gente. De compañeros suyos a los que no he vuelto a ver. Es curioso. Aquél fue un curso en el que había muy pocos estudiantes, siete u ocho, pero casi todos valiosos. La mayoría de ellos, sobre todo las chicas, se fueron al extranjero. Germán se acordaba de Victoria Montoro, porque les había unido una estrecha amistad. No sabía nada de ella. Le había perdido la pista totalmente. Lo último que supo, pero de esto debe hacer al menos ocho años, es que tuvo otra crisis, que el novio que tenía la había dejado y que la habían

ingresado en una clínica. Germán contaba que, hace cuatro años, pasó por Segovia, donde vivía su familia y llamó por teléfono para interesarse por ella, pero ya no era el teléfono de sus padres y los que respondieron a la llamada no sabían nada de los anteriores inquilinos de la casa. Su rastro se había perdido. Bueno, Germán tiene ya dos hijos. Está encantado en Málaga. Me animó a que, cuando esté mejor, vaya a visitarle, que le llame y que me organiza unas conferencias. Es un muchacho muy majo. De veras. Su visita, Emeterio, me hizo bien y me trajo recuerdos interesantes. Esto aún no te lo he contado. Verás, la chica ésa de la que hablaba Germán, Victoria, era una mujer hermosísima. Alta, esbelta, con el cabello negro muy liso, los ojos de color violeta y la piel muy blanca, casi como de mármol. Era muy silenciosa. Caminaba por los pasillos de la Facultad pegada a las paredes, ensimismada, con la mirada perdida en el vacío. Era una mujer frágil y misteriosa. En clase, se sentaba siempre al lado de la ventana. El sol le daba de espaldas y yo la veía como una sombra chinesca. Jamás respondía a las preguntas generales que yo hacía. Entraba y salía de clase como un fantasma, siempre vestida de negro y sin abrir la boca. Yo me la encontraba muchas mañanas, temprano, en la biblioteca. Se sentaba en el borde de la silla, dejando resbalar la espalda por el respaldo, lo que la hacía aparecer encorvada. Apoyaba el libro en la mesa y en el regazo y mantenía la vista baja. Era imposible cruzar un saludo con ella. En los pasillos porque, como te digo, llevaba la mirada perdida. En la biblioteca, porque tenía la cabeza agachada y no levantaba jamás la vista. Yo la observaba, con frecuencia, a hurtadillas. Sus movimientos eran rituales. Estaba allí embebida en la lectura, ausente del mundo que la rodeaba, y, de repente, como si le diera un escalofrío, se levantaba de un salto y recogía con gesto nervioso sus cosas. Echaba a una especie de zurrón negro, que siempre llevaba consigo, los libros y los cuadernos y salía con aquel aire fantasmal, sin mirar a derecha o izquierda. Durante algo más de un mes la perdí de vista. Pregunté a sus compañeros qué le pasaba, si sabían por qué no venía a clase y observé que se miraban unos a otros como pillados en falta. Me respondieron con evasivas y yo no hice más averiguaciones. Al final de aquella mañana, Germán precisamente, vino a verme a mi despacho. Me dijo: Don Miguel, Victoria no viene a clase,

porque la han tenido que ingresar en una clínica. Yo pensé que tenía alguna enfermedad menor o que la habrían operado de apendicitis. Así se lo dije a Germán que, poniéndose colorado y mirando al suelo, me replicó: No, no es eso. Es una clínica psiquiátrica. Hay problemas en su casa, ella lo lleva muy mal y, de vez en cuando, se le va la cabeza, tiene ausencias. En fin, parecía que estaba mejor, pero dejó de tomar la medicación y se perdió durante un par de días. La encontraron en un estado lamentable. No conocía, no sabía quién era, le daban convulsiones... La han tenido que ingresar otra vez. ¡Ah! pero eso ¿ya se había producido otras veces? Sí, hace dos años tuvo otra crisis. Desde los quince años las viene padeciendo, como lo de su casa no mejora... Ya, ¿usted va a visitarla? Sí. Pues dígale de mi parte que no se preocupe. Yo la considero buena estudiante y por esta ausencia no va a perder el curso. Cuando esté mejor, que venga a verme. Así lo hizo. Entró en mi despacho, más pálida que nunca. Tenía los ojos violeta más hundidos y con el color resaltado por unas ojeras oscuras, casi negras, que le daban un aire aún si cabe más etéreo y fantasmal. Le temblaban las manos como si tuviera azogue. La invité a sentarse y le dije que sería conveniente que me hiciera un trabajo de clase para recuperar los dos meses que había perdido. Le sugerí un tema y empecé a nombrarle bibliografía que debía utilizar. Ella permanecía con los ojos bajos. De pronto, levantó la vista, con un gesto rápido de la cabeza que sacudió su larga melena negra, y me dijo: ¿No sabe usted que estoy loca? Yo le dije: No será para tanto. Lo suyo no creo que sea locura exactamente. Posiblemente fatiga, si es que está sometida a muchas tensiones. Debe usted tratarse. Además, aquí, si está usted loca, no se notará demasiado. Todos los que nos dedicamos a estas cosas tenemos un punto de chifladura. Usted es una mujer inteligente y valiosa. Su examen me pareció de los mejores. No quiero que pierda el curso por un poco de fatiga mental que a todos nos puede atacar en cualquier momento. Ella esbozó una suave sonrisa y enseñó un poco los dientes. Estaba mejor con la boca cerrada ¿sabes, Emeterio? porque tenía los dientes desiguales y separados, pero, a pesar de eso, era hermosísima. Era una niña, no tendría más de veintitrés años, y la vida la había maltratado tanto ya, que se le iba la cabeza ¿no te parece horrible? Yo empecé a sentir una especie de ternura paternal hacia

ella. A partir de aquel momento, todas las semanas venía a traerme los resultados de su trabajo. Me comentaba con gran sagacidad y acierto la bibliografía que iba leyendo. Discutíamos las teorías y su aplicación a los textos que ella analizaba. Era muy buena en griego y tenía una gran sensibilidad para la poesía. Ya te digo, una mujer hermosa, joven y muy inteligente. Nuestras charlas resultaban de lo más estimulantes. A veces, me llevaba la contraria y me demostraba que yo estaba equivocado al analizar tal o cual cosa. Eso me obligaba a esmerarme. Sin embargo, a pesar de sus críticas, yo notaba cómo ella me admiraba. En las clases, ya no tenía la mirada perdida. Se sentaba más cerca, frente a mí, no tomaba notas y me miraba constantemente, con aquella mirada de un violeta intenso. En muchos momentos, yo perdía el hilo de lo que estaba diciendo, bajo el peso de aquella mirada que se parecía en todo a una mirada enamorada. Era muy reconfortante, a mis años, despertar un interés como el que ella mostraba. Al terminar las clases, remoloneaba y se quedaba a charlar conmigo o me acompañaba de vuelta a mi despacho. Un día, al salir de la Facultad, ella estaba frente a la puerta, como aguardando a alguien. La saludé y enfilé la calle, hacia mi casa. Ella cruzó y me cortó el paso. Me dijo: Miguel, ¿puedo llamarle así, sin don? Me gustaría ir a Madrid este fin de semana. Estrenan una película que tengo mucho interés en ver, pero no tengo medios para ir allá. ¿Le gustaría ir conmigo? Bueno, mejor dicho, ¿llevarme? No sé aún por qué le dije que sí, Emeterio, de veras que no sé por qué, pero hice en dos minutos el plan de recogerla el sábado por la mañana temprano, cerca de su casa. Le dije que, luego, podríamos ir a Chinchón a comer el domingo o al Pardo, que yo conocía un hotel muy cómodo y barato y que lo pasaríamos bien. Te juro que no me planteé que le estaba ofreciendo pasar todo el fin de semana juntos, incluso durmiendo en Madrid. Después de todo, podríamos haber hecho un programa de ir por la mañana y volver por la noche, Madrid está a tiro de piedra. El caso es que ella dijo que le parecía bien y así lo hicimos. La recogí a eso de las diez en su casa y nos fuimos a Madrid. Al llegar al hotel, en la calle Prado, ella se puso un poco nerviosa, me dijo, con voz entrecortada, que cuántas habitaciones había yo reservado, que ella no tenía dinero para pagar una habitación individual. Me pareció que iba a echarse a llorar en

cualquier momento. Le dije, sólo para tranquilizarla, Emeterio, que yo no había reservado habitación, que si allí no había, que conocía otros hoteles en la calle de la Magdalena o en Atocha que seguro tendrían sitio, pero que, en cualquier caso, yo pagaba su habitación con mucho gusto. Entonces, fue idea de ella, Emeterio, a mí no se me habría ocurrido, me dijo: Es más seguro que pidamos una sola habitación, quedaría muy raro que yo cogiera una y tú otra; que tú lo pagaras todo y que al dar los carnets, se dieran cuenta de que ni siquiera somos familia. Si pedimos una sola habitación, entonces no hay problema; somos una pareja y eso es lo normal. Yo estuve a punto de objetar con la edad, porque yo hubiera podido ser su padre, pero, adelantándose a mi pensamiento, Victoria dijo: Mi padre le lleva diecisiete años a mi madre y a nadie le extraña. Así que allí nos alojamos. Yo, la verdad, no noté nada extraño. No como aquello que contaba Clara que le había pasado con su padre, aunque eran otros tiempos. Ahora es bastante frecuente ver a hombres que pasan los cincuenta con chicas mucho más jóvenes, sin que sean un lío. A veces se trata de matrimonios y todo es bastante normal. En cualquier caso, allí no me conocían. Yo no había estado nunca en aquel hotel. Me habían hablado de él, pero nadie me conocía y menos a ella. Dejamos las cosas en la habitación y nos fuimos a pasear por el barrio. Llegamos hasta el Paseo del Prado y nos acercamos al Botánico. Fue muy agradable. Luego, comimos en un mesón de la calle Huertas, de esos que parecen una cueva y salimos otra vez, ya camino del cine. Durante la proyección, por cierto, una película inglesa en versión original, bastante rara y en la que yo me perdí bastante, porque el sonido no era bueno y tuve que leer los subtítulos, Victoria me cogió una mano. Yo la dejé hacer. No me parecía correcto retirarla. No sé. En mis experiencias anteriores con mujeres nunca me había pasado una cosa así. Verás, Emeterio, con Hannah fue muy distinto. Yo empecé a tratarla como profesional. Iba a su casa a recoger o llevar encargos de libros. Poco a poco, fuimos intimando y acabamos en la cama ¿comprendes? pero no hubo coqueteos, sino una intimidad creciente que desembocó en eso. Cuando viajamos juntos, lo hicimos como una pareja ya establecida y, en la calle, manteníamos las distancias. Ella no podía salir de mi brazo ni cogida de mi mano por Roma, ni yo tampoco.

Los dos éramos conocidos. En París, aunque no nos conocía nadie, como no teníamos costumbre de agarrarnos por la calle, ni siquiera se nos pasó por la cabeza, aunque luego las noches fueran de lo más apasionado. Emeterio, no pongas esa cara. Ya sé lo que piensas, pero eso fue hace mucho y bastante que me arrepentí de ello. Esto era diferente. ¿Cómo era con Clara? Ya te he dicho, Emeterio, que con Clara era otra cosa. Yo ya no era cura. Por otra parte, ella se cogía de mi brazo o de mi mano, pero como un gesto amistoso, sin más, y nunca aquí. Sólo cuando nos íbamos de excursión a alguna parte. Por cierto, fue terrible, hablando de todo. No te puedes imaginar cómo se puso Clara cuando me llamó el domingo por la noche. Me había olvidado de avisarla. Yo solía ir a comer los domingos a su casa. Como lo de Victoria fue tan inesperado, tan repentino, se me olvidó decirle que ese domingo estaría en Madrid. No la llamé ni le dije nada. Reme se había ido con sus hijos y en casa no había nadie que le diera razón de mí a Clara. La verdad es que la pobre se preocupó y yo fui descortés. Le dije que me habían llamado de Madrid para sustituir a un miembro de un tribunal que se había puesto enfermo, que todo había sido muy repentino y que no la había podido avisar. ¿Que por qué no le dije la verdad? No sé. Me pilló de improviso. Más adelante se lo conté, pero, en aquel momento me salió así, ¿qué quieres que te diga? No. Yo no tenía por qué ocultar nada. Además, antes de irme, yo no sabía qué podría pasar. Bueno, Emeterio, ¿me vas a dejar que te cuente las cosas como fueron o vas a estar todo el rato haciéndome reproches? ¡Vaya! Reme. Ya seguiremos luego Emeterio, dice Reme que cene y que me tengo que acostar. Te dejo, ya sabes que no quiero hablar contigo mientras ella ronda por aquí. Ya te contaré el resto mañana. Luego, no. Estoy demasiado cansado. Espero dormir bien esta noche. Si me entretengo hablando contigo, igual me desvelo.

XI

Menos mal que se han ido ya. Salustio y Reme. Después de mis ejercicios, se han estado aquí más de media hora de cháchara y yo no podía hablar contigo, Emeterio. ¿Dónde nos quedamos? ¡Ah, sí! Yo estaba en Madrid con Victoria. Lo pasamos bien. La noche fue un poco incómoda. En esa zona de Madrid, hay mucho ruido. Oía pasar los coches, la gente que se recogía tarde y que pasaba dando voces. No estoy acostumbrado a tanto ruido. Además, hacía un calor de mil demonios. Ya no hacía frío, pero tenían la calefacción en el hotel a todo gas y como la habitación era bastante pequeña, no te puedes imaginar, ¡un horno! Por otra parte, yo no estaba acostumbrado a dormir con nadie. No pongas caras otra vez, Emeterio. Ella estaba en su cama y yo en la mía. Te juro que no pasó nada, pero yo no pegué ojo en toda la noche. Oía los coches, las voces y la respiración un poco ronca de Victoria. La deseaba. Ya te he dicho que era una mujer hermosa, pero, podría haber sido mi hija. Aquello no pasó de una situación comprometida. Yo tenía muy serias dudas de adónde podría conducirme una relación con una mujer que era, para mí, casi una cría. Además, ella tenía muchos problemas. Aquel día no pasó nada. Por la mañana, nos levantamos, recogimos nuestras cosas y nos fuimos a comer a Chinchón. Nada más terminar la comida, nos volvimos para acá y eso fue todo. Hablamos mucho. Ya te dije que era una chica inteligente y tenía muy buena conversación. Había leído mucho y tenía opiniones muy acertadas sobre muchas cosas. Era una mujer sensible, quizá excesivamente sensible. Yo diría que un espíritu poético. En realidad, ella escribía poemas. No eran muy buenos. Le faltaba experiencia, pero no eran malos, te lo aseguro. Prometía. Por otra parte, cuántos espíritus

complejos, perturbados incluso, han escrito las mejores páginas de la literatura. Durante algún tiempo estuvo enviándome poemas. Me los metía en las carpetillas en las que me entregaba los trabajos de clase. Eran poemas eróticos, a veces, muy subidos de tono y bastante explícitos. Lo más divertido es que se inspiraba en Safo. Sí, hombre, la poetisa griega, ésa de la que se dice, y parece cierto, que era lesbiana. Bueno, pues Victoria parafraseaba sus poemas y los adaptaba a su enamoramiento de mí. No te puedes imaginar, Emeterio, lo logrado que le quedó uno que compuso a partir de los versos que dicen: *recostada en el blando lecho, delicada muchacha en flor, al deseo dejabas tú salir...* ¿Que queda un poco raro que me llamara muchacha en flor? No, no seas bruto, se refería a ella misma, pero ya te he dicho que quedaba un poco chocante porque la poetisa griega se refería a otra mujer. Se describía a sí misma con esos versos, para mostrarme el deseo que sentía hacia mí, pero, en realidad, eran los versos de una mujer a otra. Eso se lo puso como lema y, luego, ella componía sus propios versos, haciendo alusiones a mi virilidad, de la que por cierto no había gustado, y lo concluía con el verso en que Safo se queja de dormir sola, ése que dice: *Las Pléyades ya se hundieron, la luna también, y media la noche, la hora pasa y voy a acostarme sola.* Todo ese poema era una clara alusión a la noche que habíamos pasado juntos y en la que no había ocurrido nada. En fin, era una mujer un poco atormentada y complicada. Me contó, en aquella ocasión y en otras que salimos juntos, historias de su familia y yo saqué la impresión de que novelaba, ¿sabes? Sí, a mí no me parecía todo aquello tan terrible. En casi todas las familias hay problemas, incomprensiones, como lo de mi hermano. ¿No te he hablado de Andrés? ¿No? ¡qué raro! La verdad es que hace mucho que no sé de él y mucho más que no nos tratamos. Tampoco tiene relación con Desamparados. Es como si no existiera, pero, aún así, ya te digo, yo, simplemente he prescindido de él, como él había prescindido de mí mucho antes. Por eso te digo, Emeterio, que en todas las casas hay conflictos. La vida no es un camino de rosas, de ahí que yo creyera que lo de Victoria era una exageración en buena medida. Lo de mi hermano fue mucho peor y, en cambio, a mí no me ha afectado en absoluto. Pero esta chica tenía una debilidad de carácter, de mente, de espíritu. No sé cómo llamarla. Y las cosas le

afectaban más a ella que al resto de sus hermanos. En fin, en cualquier caso yo estaba agusto con ella. Nos entendíamos bien y yo pensé, con mi experiencia, mi formación y mi edad, - después de todo nos habían educado para curar los corazones enfermos ¿no? - que podría ayudarla, encaminarla, darle cariño. Ser un poco su salvación. Así me lo planteé. Así mismo se lo dije a Clara, pero para cuando se lo dije, Clara ya tenía una idea equivocada de lo que había entre aquella chica y yo, y no era fácil cambiar sus puntos de vista. Era muy tozuda y no quiso aceptar lo que yo le decía, ni comprenderme. De todas maneras, yo creo que allí hubo un cierto proceso de celos. Clara era muy absorbente. Sí, mucho. Yo no tenía por qué darle explicaciones. A pesar de todo yo intenté dárselas y ni aun así lo comprendió. Yo le enseñé los versos que te he comentado para demostrarle que allí no pasaba ni había pasado nada. Su interpretación fue que yo le había dado pie a esa chica para decir las atrocidades que decía. Es cierto que ocurrió un episodio desagradable que precipitó las cosas y que las torció en buena medida. Clara me llamó una mañana. Yo había pasado una gripe muy fuerte y Clara me había estado cuidando. ¿Que si teníamos tanta confianza como para eso? Pues claro, éramos amigos. Bueno. Yo ya estaba convaleciente, débil, pero mejor, aunque no me atrevía aún a salir a la calle. Clara me dijo que si podía venir a comer conmigo y así me hacía compañía un rato por la tarde. Le dije que sí, que encantado. A eso de las dos de la tarde, llegó Clara con una bandeja de pasteles y se encontró en casa con Victoria que había venido inesperadamente. Bueno, no del todo. En realidad, un poco después de llamar Clara, llamó Victoria, dijo que pasaría a verme para enseñarme unas cosas que había escrito, dijo que sólo estaría un momento y yo pensé que se habría ido antes de que Clara llegara. Pero, no fue así. Allí se encontraron las dos. Fue una situación violenta. Yo no sé muy bien por qué, pero las dos mujeres se miraron mal desde el primer momento. Clara sólo estuvo unos instantes, dijo que se iba a comer a casa de una amiga que vivía cerca y tal como vino, con su bandeja de pasteles, estimó que yo ya estaba mejor y se fue. Victoria, entonces, me dijo que se había notado mucho que yo no le había contado lo nuestro a Clara, que eso no se debía hacer, que era mejor contar las cosas con sinceridad. Llegó a decirme que yo era un inmaduro ¿Te

imaginas? ¿Ella estaba loca y se permitía decir que yo era un inmaduro? ¡Yo, que podía ser su padre! Acabamos mal aquella tarde. Aunque lo peor vino después. Clara me llamó por teléfono al cabo de dos días. Me dijo que la niña aquella había ido al Banco a verla y a explicarle que nosotros éramos novios y que eso no quería decir que tuviera ella que renunciar a su amistad conmigo. Según me dijo Clara la expresión de Victoria fue: Tú siempre tendrás un puesto en nuestras vidas. A Clara eso le sentó como un rayo. No entiendo muy bien por qué, pero así fue. Me mandó a coger cocos, como decía ella. ¿Tú lo entiendes, Emeterio? Que sí. Pues, a ver, explícamelo. No, perdona, ¿que yo me debía a Clara? ¿Qué estás diciendo? ¿Que en la amistad hay que ser leal, que no valen las medias palabras, que yo le debía una explicación, que ya antes la había dejado plantada, cuando me fui con la niña a Madrid? Mira, Emeterio, no me fastidies, de eso nada. Yo tengo mi vida, o la tenía. Yo era libre de hacer con mi tiempo, con mis afectos y con mis deseos lo que me diera la gana. Clara y yo no éramos familia, ni novios, ni amantes, sólo amigos y eso no le daba derecho a meterse en mi vida. Además, yo consideraba que podía hacer una buena labor con aquella pobre chica que andaba desquiciada. Podía darle estabilidad y serenidad, además de apoyarla académicamente y encauzarla para que encontrara un lugar en el mundo. Ya te he dicho que era muy valiosa... No sé por qué te empeñas en llevarme la contraria. Emeterio, yo te he inventado. Tú estás muerto. Tú no puedes decir más que lo que yo te deje que digas ¿Que así no puedes ser amigo mío, si te niego tu libertad? Es lo mismo que decía Clara. Estoy desvariando. Bueno, aquí se termina esta historia. Victoria habló con Clara. No sé qué le diría ella, pero Victoria se me despidió por teléfono un día, dijo que se marchaba al extranjero con una beca, que se había echado un novio y que se iba a casar. Así que no hubo nunca nada de nada. Pero esta historia no es importante. Sólo ha salido porque Germán Arroyo vino a verme. Lo más importante y por eso te decía que fueron unos buenos días aquéllos en que te tuve olvidado, fue lo del viaje a Peñafiel. Desamparados se empeñó en que el sábado de Gloria deberíamos celebrarlo. Yo le dije que ya no era sábado de Gloria, que eso era antes. Ella se enfadó conmigo y me dijo ¿es que mamá ahora no tendría santo? En eso tenía razón, aunque sólo

fuera porque mi madre se llamaba Gloria y celebraba su santo ese día, nosotros debíamos mantener la festividad, aunque la Iglesia la hubiera suprimido. Le dije que comprara unos dulces y me dijo que no, que tenía una idea mejor, que nos fuéramos a comer a alguna parte. Por eso nos fuimos a Peñafiel. Yo me resistí. Desde el ataque no había pisado la calle y me daba, me da, cierto pánico. Aunque esta experiencia de salir me ha demostrado que no es tan difícil manejarse. Durante el viaje, Rufino me fue hablando de mil y una cosas que no me interesaban demasiado, pero dijo una que no es ninguna tontería y que a mí no se me había ocurrido. ¿Te sorprendes de que Rufino tenga buenas ideas? No es tan raro, es un hombre sensato, puede que un poco pelmazo, pero... ¿Que yo te he dicho que es un sinseso? Mira, Emeterio, te estás pasando. Yo no he dicho jamás eso de mi cuñado. Es un buen hombre, para que lo sepas. Le ha sacado mucho partido a la casa que heredó de sus padres. Ha puesto allí un negocio floreciente. Es muy bueno con mi hermana y se portó muy bien con mi madre mientras vivió. Yo no tengo queja de él y, además, el hecho de que se sacrificara y viniera a pasar los pocos días de vacaciones que tiene aquí conmigo es muy de agradecer. ¿Que en qué quedamos? Emeterio, te estás poniendo pesado. Yo nunca he hablado mal de Rufino. Es verdad que a veces tiene unas salidas poco graciosas o que se encasquilla en un tema y te lo repite hasta la consunción, pero es una buena persona. Déjame que te diga la idea que me dio y no me interrumpas más. ¡Emeterio, me estás cargando con tu insistencia! No pienso consentirte que dudes de lo que digo. Si te digo que Rufino tiene buenas ideas y que yo se las valoro, es porque es así. Yo no digo una cosa por otra. Además, te repito, tú no eres más que un producto de mi imaginación y si te desmandas, te borro y en paz. No voy a permitir que te declares independiente y digas, pienses o interpretes lo que te dé la gana. Tú estás aquí para escucharme y darme la razón. ¿Que te vas? ¡Emeterio, tú no puedes irte si yo no te echo! ¡Vaya! pues se ha ido... No puede ser. Estoy llevando este juego demasiado lejos. ¿Cómo se me va a rebelar alguien que es producto de mi imaginación? Bueno, claro, no había caído; se rebela porque así yo me divierto más. Es cierto. Si siempre me diera la razón y fuera condescendiente con lo que yo digo, ya me habría hartado de él. En realidad, lo que estoy

haciendo es obligándole a reaccionar como lo haría Clara. Sí, Emeterio es una especie de otro yo, pero con el espíritu de controversia que tenía Clara. Ya. No está mal esto que se me ha ocurrido. Cuando esté mejor, quizá debería escribirlo... Podría incluso ser una novela. Un tipo que se inventa un interlocutor... Bueno, lo pensaré. Oye, Emeterio, vuelve, que no he terminado con lo que me dijo Rufino. ¡Emeterio! ¡Emeterio!...

XII

¿Dónde has estado estos dos días? Está bien. No me gusta este juego, que lo sepas. Pero no te vas a librar de mi voluntad así como así. De manera que retomaré lo que te estaba diciendo en donde lo dejé. Pues me dijo Rufino que hay personas que están mucho más impedidas que yo y que conducen. Ahora hay coches estupendos, con modelos preparados para inválidos. No es que él pensase que yo soy un inválido, pero sí que tengo dificultades en los movimientos y que eso sería una buena cosa, que comprar un coche preparado me daría libertad. ¿Qué te parece? ¿A que no es ningún tonto Rufino? No creo que me atreva, al menos por ahora, a dar paseos yo solo por la ciudad. Me da también un no sé qué que la gente me vea cojeando, pero si salgo en mi coche... Puede ser muy distinto. Me dijo Rufino que le puede preguntar al Urbano, el que ha puesto el taller al lado de su negocio. Dice que está muy enterado y que como anda en el asunto de los coches, posiblemente encontrase algo que me saliera de buen precio ¿No es una mina mi cuñado? Comprobé que no era una idea descabellada, cuando, yendo en el coche, me sentía tan bien. Tampoco me costaba trabajo salir y entrar de él. Enseguida hallé la manera de hacerlo, sin que me ayudara Desamparados. Me resultó fácil y eso que iba en el asiento de junto al conductor. Si hubiera sido entrar y salir del asiento del conductor, me habría sido más fácil, porque puedo echar la pierna seca, llevándola con la mano sana, sacar la pierna derecha y, apoyándome en el volante con la mano, componer una figura más airosa. En el lado contrario, es más difícil. Tengo que torcer el cuerpo para apoyar la mano derecha en el respaldo o agarrarme al borde superior de la carrocería ¿Te haces cargo? Esa figura es menos elegante y más incómoda. Así que, te lo confieso, Emeterio, estoy ilusionado con esa idea. Tanto lo estaba, tanto me animó el pensar que tendría de nuevo libertad de movimientos, que iría a donde quisiera sin

depender de nadie, haría mis averiguaciones o daría mis paseos sin que nadie se enterara de adónde voy o por qué, que me animé a pasear por el Coso. Después de comer, incluso dimos un paseo por la carretera. Fue estupendo. Regresé a casa hecho polvo, porque fueron muchas emociones en dos días. Pero, aun así, el domingo, me animé a salir con ellos a misa y, aunque también me cansé, pude comprobar que no era tan difícil sortear los miles de obstáculos que hay en las calles. Clara siempre hablaba de las barreras arquitectónicas y decía que no era sólo por los minusválidos, decía que era por las mamás que llevan a sus niños en silleta o en cochecito. Como en muchas otras cosas, creo que exageraba. Es verdad que hay muchos hoyos, baldosas mal colocadas, coches que cierran el paso a los peatones, desniveles, pero yo estoy semi-invalído y pude con ello. Es verdad que Rufino nos llevó en el coche hasta San Benito, pero hay un trecho hasta la puerta y la propia iglesia, ¡es tan grandona! Hasta que llegas a la reja... En fin, que todo esto me ha animado, Emeterio. Creo que voy a hacer lo del coche. Es una buena idea. Podremos salir tú y yo de excursión y hablar todo lo que nos dé la gana sin que temamos, a cada poco, que se presente Reme como una aparición y me pille hablando al aire, porque, Emeterio, tú, aunque te me estés volviendo respondón, eres sólo aire. Te lo digo no por ofenderte, sino para que no te creas que no distingo la realidad de la ficción, no vaya a ser que termines creyendo que tú eres de verdad y yo soy el muerto. Tampoco quisiera que creyeras que me he vuelto tarumba ya del todo. Sé muy bien que yo te he inventado y que me viene bien hablar contigo. También sé que en estos dos días en que no has aparecido, no eras tú el que te habías ido, era yo el que no quería convocarte. Es una especie de terapia, para no crearme una dependencia de ti. Nada más. Así que hablaremos de lo que yo quiera y cuando yo lo desee. ¿Estamos? ¿Que qué pasó con Andrés? ¿con mi hermano? Es verdad, no te he hablado de ello. Es una larga historia. Mira, cuando nos fuimos a Zamora, mi padre pretendía que nosotros estudiáramos, pero el hombre se murió, de aquella gripe tan mala que hubo, cuando apenas mi hermano, que no era una lumbrera, había acabado el bachillerato. Andrés me lleva casi diez años. Mi madre, se encontró de repente viuda y con poco dinero. No halló solución mejor que meter a mi hermano en la Guardia Civil y

mandarme a mí al Seminario. Desamparados todavía era muy chica. Andrés, en cuanto cobró sus primeros sueldos de guardia, se marchó de casa y si te he visto, no me acuerdo. Raramente visitaba a mi madre y, por supuesto, jamás le dio un duro. Vamos, que ni unas flores le llevó jamás. A los cuatro o cinco años de irse de casa, se ennovió con una y se casó de prisa y corriendo con ella, porque la había preñado. La chica era de una familia bien, pero muy venida a menos. Parece - esto lo sé por Desamparados, aunque hablamos poco de ello - que la tal Mercedes tenía manías de grandeza. Debió calentarle la cabeza a mi hermano, el caso es que dejó la Guardia Civil y se metió en negocios con unos amigos poco claros. Al poco tiempo, había espumado. Se fue a vivir a León y, luego, a Palencia. Paraba poco en cada sitio y por los rumores que nos llegaban, cada vez que cambiaba de domicilio era porque había dejado tras de sí un rastro de deudas, de manera que el espumado era sólo apariencia. En realidad, vivía por encima de sus posibilidades. No sé dónde para ahora. La última vez que tuvimos noticias de él, andaba por Bilbao, donde había puesto un bar o un restaurante, algo así. Debía tener deudas, porque fue al poco de la enfermedad de mi madre, cuando volvimos a saber de él. Yo, entonces, ya estaba en Roma. Desamparados me avisó de que la madre estaba grave y yo me vine volando. Casi al llegar de Roma, fue cuando reapareció Andrés. No en persona, pero sí a través de un abogado, reclamando la parte que le correspondía de la casa y las tierras del pueblo, en caso de que la madre falleciera. ¿Cómo se había enterado de la enfermedad? No tengo la mínima idea. Pero así fue. Yo consulté con un abogado que me aconsejó que pusiéramos las propiedades a nombre de Desamparados y mío y que, si como decía, la casa estaba en mal estado, que empezara a hacer obras de reparación y que todas las facturas fueran a mi nombre, que era la manera de demostrar que era una propiedad que atendíamos y de la que nos habíamos hecho cargo. Tuvimos la suerte de que la madre mejoró un poco y no se murió hasta pasados unos cuatro meses. De manera que pudimos registrar la propiedad a nuestros nombres y defendernos de Andrés, aún en vida de mi madre. Eso fue cuando yo tuve que volver a Roma. Pedí que, por razones familiares, me dejaran regresar a España. Me autorizaron y me fui, de vuelta para acá, con Hannah a París, donde nos

vimos por última vez y nos despedimos ya para siempre. Al morir mi madre, mi hermano, de todas maneras, nos puso un pleito a Desamparados y a mí. Había falsificado la firma de mi madre en un documento que él mismo había escrito, por el que mi madre le cedía parte de unos terrenos que tenemos a las afueras del pueblo. Él decía, en las argumentaciones, que no quería el terreno, porque no pensaba regresar al pueblo, ya que tenía un negocio floreciente en Bilbao, pero quería que le pagáramos su parte ya que como era un proindiviso, primero tenía que ofrecérselo a nosotros. Como nosotros, según él, no habíamos respondido a su demanda, se veía obligado a ponernos un pleito, porque le impedíamos vender su parte, pero no se la comprábamos tampoco. ¿Que si eso era cierto? Emeterio, no me escuchas cuando te hablo. Lo que te estoy diciendo es que él falsificó un documento con la firma de mi madre. Ni cesión ni nada. Además, para aquellos momentos ya la propiedad estaba a nombre de Desamparados y mío. Él no tenía nada que ver ¿comprendes? ¿Que le habíamos despojado? Emeterio, ¡por la Virgen! no seas cenutrio. ¿Cómo que le habíamos despojado? Él se había desentendido de la familia. Él andaba a sus cosas como le daba la gana. Jamás se preocupó de nada ni de nadie. Cuando supo que la madre estaba enferma, entonces pensó que podría sacar tajada y que nadie la defendería. Se había olvidado de mi existencia y creyó que la pánfila de Desamparados no sería capaz de hacerle frente ¿te das cuenta de cuál era la jugada? Él me había ignorado. Para él, como yo era cura, no contaba ¿te enteras? Pero yo sí estaba. Yo estaba allí, dispuesto a enfrentarme y darle batalla, y se la di ¡vaya si se la di! Contraté un abogado y le hice frente. Perdimos, pero yo le hice frente. Lo mejor de todo fue que, entonces, supimos que había dejado a su mujer. Se había divorciado y se había echado una amiga muy joven que se ve que iba por el dinero y él no quería defraudarla. Todo un tipo mi hermano. El caso es que, al regresar de Roma, además de defender mi patrimonio y el de Desamparados, yo pensé que tenía que sacarme un título civil porque convenía que yo fuera autosuficiente económicamente. Convalidé. Hice mi tesis, aprovechando materiales que tenía de Roma y, en tres años, ya era doctor y profesor en la Universidad. Todo un récord. La suerte es que la justicia va bastante lenta y, entre las dilaciones

propias y los papeles que a mi abogado se le ocurría presentar, los pleitos contra mi hermano se alargaban y se alargaban, lo que me permitió a mí hacer todo eso que te digo. La cosa duró bastantes años. Con decirte que cuando yo conocí a Clara, aún coleaban. Es curioso. Clara tuvo una reacción inexplicable. Cuando le dije en una ocasión que mi hermano seguía reclamando y que cada vez pedía más dinero, me dijo: Págale, que más se perdió en Cuba. Yo le dije: ¡Ni hablar de eso! Mientras aliente estaré pleiteando con él. Ella me dijo que era una tontería. Su madre había tenido una rencilla parecida con unos primos suyos a causa de una herencia. Los pleitos llevaban varios años y cada vez que daban un paso, la cosa se encarecía. Joaquín se plantó y le dijo a su mujer: Mira, Vicenta, ahora mismo le das el dinero a tus primos y se acabó la presente historia. Cuando quieras una higuera, yo te la compro. Su madre pagó a regañadientes. Cinco años después, sus otros hermanos, que habían seguido pleiteando, tuvieron que pagar el triple, perdieron la finca, que no valía ni una cuarta parte de lo que habían invertido en defenderla con tan poco éxito y terminaron todos peleados; unos, porque envidiaban a la Vicenta que se había salido del follón antes de que estallara del todo, los otros, porque se recriminaban mutuamente el haber llevado mal el asunto. Clara decía: Haz lo mismo. Paga ahora y líbrate de tu hermano. De todas maneras es como si no lo tuvieras. Ahora sí que lo tienes, pero sólo como una molestia y una preocupación y, de forma indirecta, también te está sacando los cuartos. Te está sacando más de lo que seguro vale el tal pedazo de tierra. Ella no se daba cuenta de que mi pueblo es un pueblo pequeño. Si yo no me llego a defender de mi hermano, hubiera sido como si le estuviera dando la razón, y todos en el pueblo hubieran creído que nosotros, Desamparados y yo, nos aprovechábamos de mi hermano. Ella no se daba cuenta de eso y volvía con sus teorías de que yo vivía de cara a la gente y no buscando mi paz y mi tranquilidad. En fin, como en tantas otras cosas ella nunca se ponía en mi lugar. No me comprendía. ¿Verdad, Emeterio, que yo tenía razón? ¿que no debe uno dejarse avasallar? Mira, mi hermano hacía todo lo que le venía en gana; casarse y descasarse, jugarse el dinero, vivir a lo grande y, luego, para colmo, desplumarnos a Desamparados y a mí. Por él tuve yo que hacer lo que hice. Trabajar como un poseso durante tres

años largos para convalidar, hacer la tesis y meter cabeza en la Universidad. No me quejo, porque me ha ido bien. Pero, si a mi vuelta de Roma, yo hubiera tenido calma, si no me hubiera tenido que pasar encerrado tanto tiempo haciendo méritos, quizá hubiera reflexionado sobre mi vida y hubiera tomado un camino hacia el matrimonio, con más calma, con paz. Pero lo de mi hermano me quitó la paz, me obligó a cambiar de vida, me condicionó muchísimo. Por otra parte, los pleitos, como te digo, se prolongaron durante años. Mucho tiempo tuve yo hipotecado mi sueldo a cuenta de los gastos de los pleitos. Decía Clara que yo debía ahorrarme los dineros que mi hermano me estaba costando y guardar para la vejez. En eso quizá tenía razón, pero, mira, Emeterio, también estaba en juego el buen nombre de la familia. Desamparados vive en el pueblo y allí todo se sabe y teníamos que dar buena imagen ¿comprendes? ¿Que Clara tenía razón? ¿que no valía la pena empeñarse y dejarse los cuartos por defender el buen nombre de la familia? Mira, Emeterio, como tú te fuiste con los indios y renunciaste al mundo, no sabes de esas cosas. Pero yo estoy en el mundo. También he de decirte que rehabilitar la casa de mis padres me ha dado satisfacciones. Desamparados vive allí tan contenta. ¿Es que eso no vale el esfuerzo que le dediqué? ¿Que qué pasó con los pleitos? Al final, me vi obligado a pagarle una compensación a mi hermano, para hacerlo tuve que pedir un crédito. Me lo consiguió Clara en muy buenas condiciones. Ya lo he devuelto y aún no me he jubilado, así que... No salió tan mal la cosa. Es cierto que no me casé, que no tengo familia, pero casi lo consigo. De manera que mi hermano no se salió del todo con la suya. ¿Que si le hubiera pagado al principio de toda la reclamación, quizá habría podido casarme y hacer otras cosas? Puede, pero las circunstancias son las circunstancias. Estamos en manos del destino y hay que hacerle frente. ¡Emeterio! no me salgas tú también con que las circunstancias nos las hacemos nosotros. Las cosas suceden y uno a veces no tiene control sobre ellas. Como lo de Isabel o como lo que provocó que Clara se marchara. Imponderables. ¿No dirás que yo tuve la culpa de la muerte del padre de Clara? ¿Que cómo fue? Espera, calla, que ya está aquí Reme de nuevo...

XIII

Aquí estoy otra vez en el sillón, mirando a los ojos de las calaveras. Me he resfriado. Estoy fatal. Ahora que había conseguido un cierto ánimo y un poco de ilusión, voy y me enfermo. Me duele la garganta. Mariano dice que haga gárgaras y me tome el jarabe, que eso no es nada. Pero este decaimiento. Esta desgana. Tengo mala suerte, no cabe duda. Para colmo va y me dice Salustio que se casa. El mosca muerta, qué callado se lo tenía. Ni novia sabía yo que se había echado. Reme dice que sí, que ella lo sabía. Le comenté que por qué nos lo había ocultado y me salió con un ¡don Miguel, usted no se entera de nada! Pues anda que el mozo no hace propaganda de su Ludivina y de lo maja que es. ¡Ah! ¿y se llama Ludivina? ¡Pues claro! El la llama Ludi, que es más corto, dice, y más cariñoso. Yo sin enterarme. La verdad es que ellos dos, Reme y Salustio, hablan mucho y yo no les presto demasiada atención. A mí qué me importa lo que puedan contarse. Pero lo de la boda, podría haberlo comunicado. Me sale con que va a estar fuera una semana, de viaje de novios. Bueno, eso es normal. El tío se va al Caribe. Tendrá dinero la novia, digo yo. Aunque, ya podría tener un poco de consideración. No se puede dejar a una persona en mitad de una rehabilitación y largarse así. ¿Y mis ejercicios? Yo soy una persona que necesita atención. Dice que mandará un sustituto si me empeño, pero que debo hacer los ejercicios yo solo, que ya sé cuáles son y que el efecto de los masajes es el mismo que me proporciona el pedaleo en la bicicleta; fortalece el músculo y reactiva la circulación, ya lo sabe... El dirá lo que quiera, pero no es lo mismo. Además, estoy acatarrado, febril, me encuentro mal. Me dan sudores y si hago ejercicio, me darán más y esto no se acabará nunca. No puede irse de viaje de novios. Es absurdo. La gente no puede abandonar sus obligaciones. Si quería tener más

libertad de movimientos, que se hubiera dedicado a otra profesión. La suya es como un sacerdocio, se ha de estar siempre disponible. En fin, aquí estoy. Llevo toda la mañana sentado aquí, sin ganas de nada. Reme me ha traído los diarios y me zumban los oídos, me duele la cabeza y noto un escozor en la garganta, cada vez que trago saliva. Así, no me apetece leer nada, ni siquiera los periódicos. Además, para lo que dicen. Tonterías. Desgracias. Catástrofes. Estoy yo como para aguantar cosas así. Reme se ha ido. No sé también con qué excusa, pero se ha ido. Todos me abandonan. ¿Y si me sube la fiebre? Mariano dice que no tengo, que sólo son unas décimas sin importancia. ¡Qué sabrá! Con esto de los virus es muy difícil acertar. Cada dos por tres descubren uno que ha mutado y que se vuelve mortal. Igual he pescado uno de éstos. No debí dejarme llevar del entusiasmo y de los consejos de Desamparados. Ella se volvió al pueblo tan contenta y aquí estoy yo hecho un trapo. A ella qué le importa. Lo único que quería era salir. Esa mujer se ha vuelto muy andorrera. Cuando vivía mi madre no salía de casa; sólo a la compra o a misa. Ahora parece que tiene miedo de que se le caiga el tejado sobre la cabeza. Me arrastró a mí a aquella excursión y, luego, por si no era bastante, al día siguiente, a misa... Es verdad que era Pascua. Pero, yo soy un inválido. Soy una persona delicada. No puedo andar por ahí como si nada. La iglesia de San Benito estaba helada. Fuera, el tiempo era agradable, pero dentro... Total. Cada uno hace, como siempre, lo que le viene en gana y el que paga las consecuencias soy yo. Eso me pasa por ser demasiado complaciente y condescendiente. No aprenderé nunca. Me he pasado la vida al servicio de los demás. Me fui al Seminario porque mi madre quiso y aunque no quería estar allí, me aguanté por ella. Me fui a Roma, porque el obispo se empeñó, yo no tenía demasiado interés en los Padres de la Iglesia. Tuve que regresar a toda prisa por la enfermedad de mi madre y por los líos de mi hermano. Me puse a estudiar como si me persiguieran, para ganarme la vida y defender, con mi dinero, porque fue con mi dinero, la casa y las tierras. Todo para que no se lo quedara de rositas mi hermano, pero, en realidad, para que lo disfrute Rufino, que es un vaina. Al tío le he puesto una casa de príncipe y todavía dirá que lo de la calefacción lo ha pagado él y tiene la desfachatez de invitarme. ¿Pues no me dice vente a casa a pasar el

verano? Pero si la casa es mía. Si la pagué yo. Bueno, mía y de mi hermana. Pero mía al fin y al cabo. De verdad que a quien se le diga... Y ahora que necesito que me atiendan, nada. Aquí más solo que la una. El bueno de Salustio dice, casi con coña, que si me empeño, me manda un sustituto. ¡Cómo si eso fuera tan fácil! A ver a quién me manda. Por otra parte, estas cosas son muy delicadas. ¿Y cómo sé yo que el tal sustituto es de fiar y sabe lo que hace? Luego, no se da cuenta de que los ejercicios hay que hacerlos semidesnudo. ¿Se cree Salustio que yo me desvisto delante de cualquiera? Esas cosas son muy íntimas. Estoy acostumbrado a que sea Salustio y no, de repente, un desconocido el que me vea en calzoncillos. La verdad es que, aunque tenga la pierna seca y el brazo tullido, aún tengo buena facha. No estoy gordo, ni tengo la piel ajada. Me conservo bien para mi edad. Me gustaría a mí ver en calzoncillos a Rufino. Bueno, él es más joven. Pero el farmacéutico, ése sí es de mi edad y debe estar hecho una prenda en paños menores. Con el tripón que tiene, todo colgante. Bebe demasiada cerveza, de eso debe ser. Yo no. Yo me conservo bien, es la verdad. Clara me lo decía; no pareces de la edad que tienes. De eso hace tiempo. Va para cinco años ¿o son seis? que se fue. No es tanto. Si no llega a ser por la enfermedad... A Isabel también le parecía yo muy atractivo y eso que ella era aun más joven que Clara. Claro que la cosa no es ésa. No se trata de desvestirse delante de una mujer. Será un hombre, digo yo. ¿No se le ocurrirá a Salustio mandarme una chica? Creo que hay también mujeres que se dedican a esto. ¡Sería el colmo! En cuanto aparezca he de aclarar la cuestión. Pues sólo me faltaba. Pero, a lo que yo iba es que no pueden hacerse así las cosas. De un día para otro, que me caso y ya te apañarás. No señor, no son formas. Ya digo, la gente es muy desconsiderada, va a lo suyo y no piensa en los demás. No creo merecer un trato semejante. No le he discutido nunca a Salustio el precio que me ha pedido por las sesiones de ejercicios y de masaje. Si a todo el mundo le cobra lo que a mí, desde luego que no necesita el dinero de la novia para ir al Caribe. Puede ir y volver diez veces. Por la bicicleta también me cobró un dínal y se hizo mucha propaganda de que me la había conseguido tirada. No sé. Yo creo que entre todos abusan de mí. Como no puedo salir, no me entero de lo que valen las cosas y cada cual a

esquilmarne. Igual hasta Reme sisa. Yo no llevo control de lo que gasta y la he autorizado a que saque el dinero de mi cuenta. Tendré que vigilar este asunto, no vaya a ser que entre todos me dejen en cuadro. Tanto tiempo luchando por todo el mundo, tanto dinero gastado en ayudar a los demás, para que ahora me roben. No quiero pensar mal, pero las actitudes de esta gente son un poco sospechosas. Es verdad que Reme me trae, con esos numerajos que hace, todo apuntado y me da los papeles del Banco. Yo no los he mirado, ni llevo las cuentas. No tengo la cabeza para eso. Tendré que prestar más atención. Luego, con decir que no me entero, que me duermo y no les escucho cuando me hablan, lo arreglan todo, como si fuera bobo. Si me hubieran dicho de verdad lo de la boda de Salustio y lo de su novia ¿Ludivina? Sí, Ludivina. Si me lo hubieran dicho, seguro que lo recordaría. Mira cómo ahora me acuerdo. No me lo han dicho hasta hoy. Me engañan. Se creen que se me ha ido la cabeza y me engañan. Quien engaña en lo pequeño, engaña en lo grande. Igual me están saqueando y yo aquí, sin enterarme de nada. Me tengo que imponer. Voy a revisar todas las cuentas. Llamaré al Banco a que me den el saldo y me digan con qué frecuencia se saca el dinero y qué cantidades. En cuanto venga Salustio le digo que de dejarme, nada. Que no se vaya de viaje de novios. No. Eso no puedo decírselo. Se creerían que me he vuelto loco de verdad. Ya lo tiene todo apalabrado. Además, es normal que la gente se case y se vaya de viaje de novios. Yo había hecho planes con Isabel sobre eso, aunque no habíamos todavía decidido cuándo ni dónde nos casaríamos. Era más bien por fantasear. Lo mismo que cuando hablábamos de la casa que nos haríamos y de dónde viviríamos, porque ella no quería irse lejos de Madrid, pero yo tengo aquí mi trabajo. Yo tampoco me puedo marchar de aquí y casarse para estar separados, no es modo. En fin, nunca nos pusimos de acuerdo. Claro que tampoco se planteó de manera muy clara que nos íbamos a casar... A lo mejor ella estaba dándome largas... No. No lo creo. No. Tengo muchos datos para pensar que ella se quería casar conmigo. Eso estaba muy claro. Pero, yo no andaba en eso ahora. A mí lo que me importa en este momento es esclarecer la cuestión de los dineros; ¿qué están haciendo con mi dinero? y, por otra parte, no puedo dejar que Salustio se marche así como así, sólo porque se le ha ocurrido

casarse ahora. ¿No se podría esperar hasta el verano, en que yo me vaya al pueblo? Aunque tampoco es seguro que me vaya allá. ¿Qué se me ha perdido a mí? No sé. Me encuentro tan mal que no tengo la cabeza para pensar en estas cosas y, cuando peor estoy, parece que se ponen de acuerdo para tirar cada uno por su lado y ahí te quedas... Es curioso, al principio me molestaba y me inquietaba la presencia de Salustio y, en cambio, en este momento, parece que me he acostumbrado a él, que dependo de él y se me hace difícil no tenerle aquí. Es una tontería. Total se va una semana. No más. Así que, ¿qué puede pasar de malo en una semana? Si no hago los ejercicios, por prudencia, en ese tiempo, tampoco va a haber un retroceso significativo en mi recuperación. Además, pude comprobar que mi forma era bastante buena, cuando salí con Desamparados y Rufino. Claro que fue una cierta imprudencia, porque me resfrié, si no es algo peor... No hay que ponerse en el caso más grave. Esto, como dice Céspedes, no es más que un enfriamiento ligero. Pero, ahí están, esas calaveras encendiendo sus ojos lúgubres y mirándome como si alguien me anunciara la muerte. Y, luego, este silencio. Y, luego, la carcoma del aparador, haciendo de las suyas. Es como si oyera, desde mi ataúd, a los gusanos que me roen. Estoy enterrado en vida. Aunque ¿qué vida es ésta que llevo? No. No puedo dejarme llevar por estos pensamientos sombríos. Yo siempre he sido una persona decidida, segura de sí misma. Activa y audaz, incluso. También es verdad que he actuado con mayor riesgo cuando era para otros. A mí siempre me ha podido la prudencia en lo que más de cerca me atañía. ¡Hombre! es normal. Yo tengo una formación, unos valores, una experiencia, una conciencia. No me puedo permitir, en aquello que es mi propia vida, una actuación alocada o irreflexiva o imprudente. Además, siempre he ocupado una cierta posición que me obligaba a guardar las formas. No se puede ir por ahí poniéndose el mundo por montera. La adolescencia o la primera juventud, que son las edades de hacer locuras, yo me las pasé en el Seminario o siendo ya cura. Allí no había más locura, en mi caso, que leer a escondidas cosas no muy recomendadas o lo del coro, que siempre era una escapatoria. Bueno, lo de Hannah en Roma, también fue una escapatoria. Pero no duró tanto, sólo tres años. Yo tenía demasiada vitalidad. Céspedes me lo dice. De alguna

manera tenía que quemar mis energías. Sólo con el estudio y la oración... En fin. Estoy perdiéndome en divagaciones. Cuando hablo con Emeterio el discurso me sale más ordenado. Pero ahora no tengo ganas de comentar nada con él. Es un esfuerzo muy grande lo de hacer dos voces. Reme no vuelve. Han dado ya las ocho. ¿Dónde se habrá metido esa mujer? Igual me muero y ella de callejeo. También es verdad que la gente se acostumbra a vivir con una persona que necesita atenciones especiales y se relaja. Al principio, se pasaba el rato espionando mi respiración, si yo lloraba o me dormía. Pero ya... ya no le importa. Como no me he muerto, ni me he quedado lelo del todo. Como ve que empiezo a manejarme. Fue un error comentar con ella lo de que a lo mejor me decidía por lo del coche. Se ha confiado. Ahora me ve enfermo y ni caso. Tendría que darme otro ataque para que reaccionara. Claro que prefiero no tener otro ataque, aunque podría fingirlo. ¡Es una chiquillada! ¿Cómo me voy a inventar un ataque? Aunque como escarmiento, no está mal pensado. El primero fue muy singular. Sólo se me torció un poco la boca. Yo ni lo noté. Había pasado una noche agitada, de insomnios y pesadillas, como tantas otras. Fue Reme, por la mañana, la que me dijo que qué me pasaba en la cara. Al ir a tomar el desayuno, casi no podía beber y, cuando quise replicar, no articulaba bien las palabras. Isabel se asustó mucho, la verdad. Fue una prueba de cariño. Al verme se puso lívida. Ella y yo teníamos cita aquel día. Me había avisado la noche anterior. Sus visitas eran siempre un poco de sorpresa, sin un ritmo, sin orden. Eso me descabalaba un poco para el trabajo. Yo soy una persona ordenada y metódica, además necesito concentración para el trabajo. Un trabajo intelectual es muy exigente. Cuando llegé, Reme le dijo que me habían ingresado en el hospital para unas pruebas sin importancia. A lo mejor no debió presentarlo de aquel modo. Si le hubiera dicho la verdad, no se habría asustado tanto. Es normal. Crees que es una cosa de rutina y te encuentras con alguien que tiene la cara toda torcida y casi no puede hablar... Me imagino cómo hubiera reaccionado yo de ser la cosa al contrario; con un susto de muerte... Isabel me quería. Ella sí que se preocupaba por mí. Aún recuerdo lo alterada que estaba cuando le preguntó al médico... No era Céspedes, era uno que estaba de guardia. Sí, el muchacho aquél, hijo de la costurera. ¡Vaya!

otro nombre que se me ha ido... Sin embargo, me acuerdo bien de su cara, como picada de viruela. Era de los granos que había tenido de adolescente, como Emeterio. ¿Cómo se llamaba? Ricardo, pero Ricardo ¿qué?... Pozo, sí, Pozo. Ricardo Pozo. Pues él era el que estaba de guardia y, al pasar visita, Isabel le preguntó pelos y señales de qué había sido aquello, de las secuelas posibles, de si repetiría, de si... Mil y una cosas. El muchacho no le dio muchas explicaciones, eso es cierto. Yo creo que la asustó aún más con sus respuestas vagas, pero, el tal Ricardo era un novato. Lástima que aquel día no estuviera Mariano. En fin. Yo sé que ella me amaba. Me amaba, sí. Probablemente tenía su interés. Pero ¿en qué relación no se establecen intereses? Bueno, con Clara. Clara era muy desprendida, eso es cierto. Ella daba porque le hacía feliz atender a los demás, preocuparse. Isabel era distinta. También había tenido una vida dura, muy dura. Cuando yo la conocí no era nadie ni tenía nada, poco menos. Tampoco ella se había preocupado de labrarse su propio porvenir y su vida. Había vivido dejándose llevar. Eso no es bueno. Claro que las circunstancias marcan a la gente ¡si lo sabré yo! Dijera Clara lo que dijera... las calaveras están todas con los ojos prendidos en ascuas. Me miran. La carcoma ha cesado de roer. ¿Dormirán esos bichos cuando oscurece? Está todo a oscuras. Reme no ha vuelto. Me tendré que levantar a encender alguna luz. ¡Ah! ahí llega. Es ella. ¡Reme, Reme! enciende la luz... ¿Qué te ha tenido tanto tiempo por ahí? Ya es hora de cenar. Me quiero acostar pronto que estoy hecho polvo y tú sin volver. Si no me quejo nadie me hace caso. ¿Te parecen maneras?

XIV

Ya llevaba dos días durmiendo mejor y ahora me despierta una pesadilla. Yo que estaba casi contento. Salustio ha pospuesto la boda hasta el verano. La abuela de Ludi se ha muerto muy oportunamente. En fin, pobre señora, aunque a mí me viene bien, porque si me voy al pueblo, mientras él está de viaje y esas cosas, estaré atendido y sin problemas. A la vuelta del verano, él ya tendrá sus asuntos resueltos y podrá cuidarme como hasta ahora. Bueno, no hay mal que por bien no venga. La tal abuela ya tenía un montón de años y, según me dijo Reme, la cabeza totalmente perdida, con lo que daba bastante mal. Así que para ellos ha sido una suerte y para mí también. ¿Qué estaba soñando? Todavía me duran las palpitaciones. Era un sueño angustiante. ¿Cómo era? Íbamos a una fiesta o a una reunión multitudinaria. Subíamos apiñados en un ascensor. Clara estaba conmigo. Se apretaba contra mí porque la gente que se había metido en el ascensor era demasiada y estábamos allí como sardinas en lata. Al principio, el sueño era agradable. El cuerpo de Clara estaba totalmente pegado al mío y sentía su respiración y su palpar. Además su cabello me rozaba la cara y me llegaba el olor de su piel y de su pelo. Clara siempre olía bien. De pronto, el ascensor se detuvo, la gente comenzó a salir de él y arrastró a Clara hacia una especie de salón abarrotado de gente. Sin embargo, yo no podía moverme, porque dentro del ascensor quedaba mucha gente que me impedía el paso y no se movía. No sé de dónde había salido aquella otra gente. No tiene sentido. Si la gente salía del ascensor empujando a Clara lejos de mí, ¿cómo quedaba aún tanta dentro que me cerraba el paso? Los sueños son absurdos. Pero lo peor es que yo estaba como clavado al suelo. No sólo era la gente la que me impedía seguir a Clara, era yo mismo, que no podía dar un paso tras ella. Vi su cabeza

perdiéndose entre el gentío de aquel salón. Ella se volvió a mirarme con una expresión extraña, como entre divertida y preocupada. No sé. En ese momento en que casi perdía su rostro de vista, se empezaron a cerrar las puertas del ascensor. Yo me quedé dentro, solo. No había nadie más. Las paredes del ascensor y el suelo se reblandecieron. Ya no eran de metal reluciente, sino como acolchadas, como tapizadas de una lana color parduzco que se abombaba y se hundía. Parecía que no podía soportar mi peso. Pensé, qué voy a hacer sin Clara, no nos encontraremos más y este ascensor se ha reblandecido y se precipitará al vacío. Al comenzar a caer el ascensor, es cuando me he despertado sudoroso y angustiado. ¡Qué cosas! Sin embargo, ahora recuerdo que tuve un sueño semejante. Sí. Fue cuando mi relación con Victoria y cuando Clara se lo tomó tan mal. No recuerdo ahora cómo era aquel sueño exactamente, pero se parecía mucho a éste. También yo la perdía en medio de una masa de gente desconocida. Era como un parque de atracciones o algo así y también me viene a la memoria que yo veía su cara con esa misma expresión entre burlona e inquieta... Es verdad. Lo había olvidado. Algún tiempo después de soñar aquello, se lo conté a Clara y ella me contó otro sueño que había tenido. Estaba en su casa, según me dijo, y abría una carta. Era una invitación de boda. Era la invitación a mi boda con Victoria. Clara también comentó que era absurdo aquel sueño o por lo menos tenía aspectos absurdos. Por ejemplo, que ella se compraba un sombrero pequeño, como un casquete, con un velito que le caía sobre los ojos, para ir a la boda. Que siempre le habían gustado esos sombreros típicos de las películas de los años treinta, y, aunque se habían puesto de moda muchas veces desde entonces, ella, en los grandes almacenes o en las sombrererías, se los probaba, pero nunca se atrevía a comprárselos y usarlos, porque, en el fondo, le parecían ridículos. Sin embargo, para mi boda, se compraba uno de color azul y se iba a la iglesia. Al llegar, veía que la novia estaba embarazada. Era una embarazada casi a punto de dar a luz. Se quedaba pasmada y al encontrarse con Desamparados, mi hermana le decía: Háblale a Miguel para que no se case con esta chica. Clara le replicaba: ¿Cómo le voy a decir nada? Pero, aun así y antes de entrar en la iglesia, venía hacia mí y me preguntaba: ¿Tú eres el padre? Yo le contestaba que no. En absoluto. Ella no sabe

quién es el padre, pero no puedo dejarla en este estado, tengo que casarme con ella. Ella se volvía a mirar a Desamparados y las dos intercambiaban un gesto de impotencia. Clara me comentó en aquella ocasión que este sueño la había despertado en medio de una gran angustia. Sentía como si me hubiera fallado, eso fue lo primero que pensó al despertar, y que me había dejado a merced de algo a lo que yo no sabía hacer frente, sino deshaciéndome la vida. Ante su comentario, le dije que no se preocupara por mí, que yo sabía muy bien manejarme en la vida, pero, y esto fue curioso, ella puso esta expresión entre inquieta y burlona con la que hoy aparecía en mi sueño. ¡Qué cosas tiene la mente! Claro que, en mi caso, es normal que tenga pesadillas. Ya no son tan absurdas como las que tuve al principio del ataque ni tan frecuentes. Pero he pasado unos días malos con esto del resfriado. Céspedes tenía razón. Ya estoy mejor. No he vuelto a tener décimas, ni me duele la garganta. Poco a poco todo vuelve a la normalidad. Sí. Mañana volveré a pensar en lo del coche. También tengo que hacer algo con lo de comprarme un ordenador y buscar quien me escriba. Tengo que reemprender el trabajo científico. Se me quedaron muchas cosas sin terminar. Si empiezo a ordenar los papeles y reviso las carpetas y los ficheros, seguro que tengo materiales para dos años. Cuanto antes empiece mejor. Si consigo sacar algún artículo, eso me animará. Además, tampoco debo olvidarme de que Germán me propuso que impartiera unas conferencias. Podría prepararlas y, en el momento en que tuviera un poco más de ánimo, concretar cómo hacerlo. Sí. Eso además me vendrá bien. Es bueno establecer plazos y comprometerse con uno mismo para darles cumplimiento. Sí. Ésta es una buena idea. Mañana la comentaré con Emeterio. Llamaré a mi Decano para que me busque algún estudiante que me pueda servir de secretario. Claro que tendré que pagarle los servicios. Antes de eso, debo repasar mis cuentas, porque no sé qué están haciendo con mi dinero. Si Clara estuviera aquí, ella se sabría mi saldo de memoria y me podría aclarar todo e incluso llevar las cuentas mejor que yo mismo. Pero ella no está. Antes de que estuviera, yo siempre manejé mis asuntos. No la necesito para eso. Es la verdad. Con lo de mi hermano, no necesité ayuda y esto de controlar mis propias cuentas es mucho más sencillo que todo aquel lío. Aunque me acostumbré a pedirle opinión a

Clara, después de todo, ella trabajaba en un Banco, sabía de eso. Pero ahora no está y en tanto la localice no puedo dejar que me roben y, aunque no me estén robando, debo controlar mis asuntos. Ya estoy mejor. Bueno, no sé. Aún tengo palpitaciones. ¿Por qué me habrá producido tanta angustia ese sueño? Era bastante tonto. Clara, si bien pensaba que los sueños tenían mucho de absurdo e incomprensible, sí creía que los sueños podían ser premonitorios, que avisaban de lo que se temía o se esperaba. Incluso creía que su marido había soñado su propia muerte. Eso formaba parte de las muchas fantasías que le pasaban por la cabeza. Aunque este sueño sin duda tenía su parte curiosa. Carlos, su marido, soñó que estaba en su despacho. Pero, al mirar por la ventana, veía pasar un paisaje y se daba cuenta de que estaba en una especie de vehículo en movimiento. Al principio, no sabía de qué artefacto se trataba. Luego, descubría que era un tren. Buscaba las cabinas telefónicas del tren para avisar a Clara de que no le esperara, porque estaba de viaje, aunque no sabía muy bien hacia dónde. La cabina no funcionaba o él no sabía cómo se usaba. Un individuo que estaba cerca se reía de su incapacidad para manejar el aparato. Aunque él le preguntaba cómo se conseguía comunicación, el individuo aquel continuaba riéndose y no le daba indicación alguna. De pronto, el tren se detenía. Carlos se bajaba y preguntaba en la estación: ¿Dónde estoy, cómo se llama este pueblo? La gente, muy amable y sonriente, le contestaba que aquel era un pueblo grande, que estaba convirtiéndose en un lugar muy frecuentado. Todo el mundo viene aquí, le decían, pero no le daban su nombre. En ese momento, Carlos veía que el tren se ponía en marcha de nuevo y se subía, pero no alcanzaba a entrar y se quedaba agarrado a los pasamanos de la puerta y con el pie apenas apoyado en el estribo. El tren recorría un camino que bordeaba el mar, prácticamente metido en una especie de laguna. Carlos se apeaba en marcha, porque el tren iba muy lento y decidía caminar por el agua ya que pensaba que así iría incluso más rápido que el tren. Su idea al apearse en medio de la laguna era que, de ese modo, regresaría antes a casa con Clara. En ese momento, despertó. Por la mañana, le comentó el sueño a Clara y ella interpretó que siempre que se sueña con agua es que alguien se muere, lo había leído en alguna parte. Pero que el pueblo no tuviera nombre se lo confirmaba.

Nadie quiere nombrar a la muerte, pero todo el mundo acaba allí, por eso el pueblo era muy frecuentado. Por su parte, el tren era la vida que Carlos debía abandonar y, aunque intentaba subirse a ella de nuevo, no podía hacerlo y se metía de lleno en el agua de la muerte. No le dijo lo que el sueño le sugería para no asustarlo, pero estuvo triste y como ausente varios días. Dos meses después, Carlos se moría de repente. Clara no había podido olvidar aquel sueño y, a veces, se torturaba pensando que debía haberle dicho lo que el sueño significaba para ella. A lo mejor así él se habría preparado para la muerte. Yo le dije que eso era una tontería. Que sólo era una coincidencia. Desgraciada, pero coincidencia al fin. Ella me miró con aquellos sus ojos tan expresivos llenos de lágrimas y me dijo: Tú no puedes entenderlo. Yo no quería que Carlos se muriera, pero si se había de morir, quería que él lo supiera antes que nadie y se dispusiera a ello. Carlos pensaba que viviría para siempre y vivía convencido de que siempre hay tiempo para todo. Yo sé muy bien que no hay tiempo, que el tiempo no existe. Si me tenía que decir que me quería, ya nunca me lo dijo. Ante esta salida, no pude menos que preguntarle: ¿Nunca te decía que te quería? Ella contestó: No. ¿Nunca se lo preguntaste? Sí. Y ¿qué decía? Decía: Pues claro, ¿no me he casado contigo? será por algo, digo yo. Yo, entonces, me confirmé en mi creencia de que no existen los sueños premonitorios. Más bien, pensé que ella esperaba que Carlos le dijera que la quería y se sentía frustrada porque se murió sin decirlo. Si él hubiera pensado alguna vez en la muerte, probablemente no habría desperdiciado su tiempo y no habría dejado pasar un minuto sin decirle a Clara cuánto la quería. Yo no me he muerto, pero nunca le dije a Clara cuánto la quería. Ésa es la verdad. Cuando tuve ocasión de demostrárselo, tampoco lo hice. Claro que no es lo mismo entre un matrimonio. Nosotros sólo éramos amigos y, que yo sepa, los amigos no se dicen cuánto se quieren como los enamorados... En fin, yo también dejé muchas cosas sin decir, como el pobre de Carlos... Pero no era esto en lo que yo pensaba. Yo pensaba en que me tengo ya que poner manos a la obra. No puedo dejar pasar más tiempo sin retomar mis obligaciones académicas, aunque sólo sea la investigación. Lo de la vuelta a las clases ya será más adelante. Pero yo soy un investigador y debo acabar los trabajos que tenía iniciados. No sé

por qué, pensar en esa historia de Clara me ha puesto triste. La verdad es que ella estaba muy afectada cuando me lo contó. Es normal. Ella estaba enamorada de su marido, lo perdió de pronto y... Probablemente aún entonces lo echaba de menos. Es seguro que ella tampoco estaba enamorada de mí, aunque su carta... No. Su carta mostraba una cierta decepción en lo que ella entendía como amistad. En fin. Es de madrugada, aún quedan varias horas para que amanezca. No debo seguir pensando tonterías. Bueno, esto no es ninguna tontería. Pero no debo desvelarme. Mejor me duermo y mañana se lo comento a Emeterio.

XV

Mira, Emeterio, me tendrás que perdonar. No he podido hablar contigo en estos días porque me encontraba fatal. Además, por poco me abandona Salustio. He tenido pesadillas otra vez por las noches y amanecía muy fatigado. Tú lo tienes que entender porque para eso eres mi amigo y, por otra parte, yo te he inventado para que me comprendas, ¿no es así? Bien. Está bien, Emeterio. Me alegro de que asientas, porque en las últimas conversaciones que tuvimos te me estabas desmandando un poco y ya sabes que tú, que eres un ente de ficción, como diría un filósofo, no eres más que el producto de mi capacidad para fabular y no aburrirme de esta vida tan estúpida que llevo. No es esto lo que quería decir... Lo que quiero decir es que, como no tengo mucha actividad, las horas se me hacen muy largas, más largas que nunca en mi vida. Antes tenía el refugio del trabajo, pero ahora... Tampoco es eso lo que quería decir. Lo que quiero decir es que Mariano me recomendó que pensara en cosas diversas de modo ordenado. Que ése era un buen ejercicio para mantener la mente despierta. Los ataques cerebrales, además de paralizar funciones físicas, no se sabe muy bien a qué otras funciones de la inteligencia pueden afectar. Así que hay que trabajar con la memoria y con el entendimiento para relacionar asuntos. Me dijo que hiciera ejercicios de matemáticas, pero nunca se me ha dado bien lo de hacer cálculos de cabeza. Necesito lápiz y papel y no he pasado de la regla de tres. Aún me acuerdo de lo que sufría en el colegio con aquello de los repartos proporcionales. Siempre había una familia que se comía una tarta en función de las edades crecientes o decrecientes de los miembros que la componían. Aquellos problemas eran del todo absurdos. ¿Quién podía creer que a un niño de siete u ocho años le interesaba aquello? Emeterio, ¿tú te acuerdas de los problemas

de llenar un estanque que en todos los casos tenía pérdidas? Yo siempre pensaba que sería mejor reparar el estanque, la alberca o el depósito aquél, antes de empezar a echar el agua. Porque si se iba a ir saliendo, según entraba, ¿para qué dejaban perder el agua? y, sobre todo, ¿por qué nos ponían a nosotros a calcular aquello? ¡que lo hubiera calculado el dueño de la alberca! En fin, nos torturaban con aquellas tonterías. Pero el resultado fue que yo les cogí bastante inquina y nunca me esforcé en hacer los cálculos de memoria. Por debajo del pupitre, contaba con los dedos y la bruja aquella del moño siempre me descubría. ¡Señor de Lope!, ¿otra vez haciendo trampas? ¡Váyase al rincón! ¡Qué tía más insoportable! Bueno, Emeterio, lo que te decía; te he inventado o te he revivido, según se mire, para que me escuches y así hablar con orden y recordar cosas antiguas y otras más recientes. Pero, estos días atrás no estaba yo para charlas. Debo confesarte que al encontrarme tan mal tuve miedo de morir. Fíjate que no era más que un simple enfriamiento. Mariano me lo dijo, pero yo no le creí. Me sentía tan decaído, tan desanimado, que pensé que ya no remontaría. Pero estoy mejor. Sí. Al pensar en que me podía morir y sintiéndome tan abandonado de todos, porque cada cual aprovechó para desaparecer con una u otra excusa... ¿No te he dicho que Salustio se inventó que se casaba y se iba de viaje de novios? Bueno, no es exactamente así, pero casi. Se casaba de verdad, porque tiene una novia, cosa que yo desconocía, y se iba al Caribe de viaje de novios, dejándome tirado en mitad de la rehabilitación ¿Tú crees que es un profesional serio? Pues para que te fíes. Luego, se le murió la abuela a su novia y han dejado la boda para el verano. De lo que me alegro. Pero esto ya lo sabes. No tiene sentido que te lo cuente con pelos y señales. Además son cosas de anteaer y las recuerdo muy bien. Este ejercicio así no me sirve de nada. Veamos. Lo que sí pensé es que tengo que ponerme a trabajar y debo controlar mis cuentas. Esta mañana he llamado al Banco para que me dieran el saldo. Coincide con los papeles que tengo aquí y con las cuentas que me da Reme. No me sisa. ¡Emeterio! ¿qué cara es ésa? ¿Que si me he atrevido a sospechar de Reme? Pues sí, mira, sí. Oye, cuando uno está disminuido, la gente se aprovecha. Que Reme es una santa. Bueno, también tiene sus cosas. Bastante hace con aguantarme... ¡Emeterio! te estás saliendo de

madre otra vez. Mira, Emeterio, tú renunciaste al mundo, te fuiste a vivir entre salvajes, que ya se sabe que, en su ignorancia, son más inocentes, pero esta gente de pueblo es muy astuta, te pueden estar haciendo una cara por delante, porque les interesa, y por detrás, clavarte un puñal. No digo yo que Reme sea de esa condición. Lo que intento decirte es que es conveniente que yo me vuelva a hacer cargo de mis asuntos. Que es buena señal que tenga ganas de hacerlo. ¿Yo siempre me he buscado quien me hiciera las cosas engorrosas o que no me gustaban? No sé de dónde has sacado esa peregrina idea. Yo siempre he trabajado mucho, siempre he estado solo y me he ocupado de mis asuntos y de los de los demás, dejándome la piel, el esfuerzo y el dinero en ello. Creía haberte contado con detalle lo de mi hermano. ¿No habrás sacado de ahí precisamente esa fantástica idea de que yo me aprovecho de los demás? porque es todo lo contrario. Son los demás los que me utilizan. No digo yo que a mala idea, pero sí que se han aprovechado. También es cierto que yo soy una persona con mejor y mayor formación y es normal que me pidan ayuda y consejo o, incluso, que me confíen sus asuntos, ¿no te parece? Pero, ahora, estoy en baja forma. Tampoco sería raro que, sin mala intención, por supuesto, pero porque no lo saben hacer mejor, alguien como Reme, que es casi analfabeta, me estuviera dilapidando el dinero sin darse cuenta siquiera. Bueno, a lo que yo iba y no me interrumpas, Emeterio, es que tengo buen ánimo y me voy a poner a trabajar. También he llamado a mi Decano para que me busque un estudiante que pueda ayudarme a pasar a máquina mis trabajos. He llamado a Mariano y le he dicho que necesito un ordenador. Se ha quedado de piedra. Luego se ha reído de mí y se ha burlado porque yo siempre me negué a tener uno y odiaba esas máquinas. Siempre he escrito a mano y con pluma. Sin embargo, las cosas han cambiado. No le voy a pedir a un secretario que me escriba las cosas a mano. Luego, las tendré que corregir ¿y si no entiendo su letra? En fin, es otra situación. Mariano ha quedado en mandarme a un amigo suyo que entiende de informática para que me traiga catálogos y me ponga al día. Mi Decano también ha prometido buscarme un secretario. Así que dentro de unos días ya tendré la posibilidad de meterme de lleno en mis cosas. Estoy encantado. He llamado a Rufino y le he

pedido que le pregunte al Urbano, el del taller, por un coche preparado. Me hubiera gustado ver la cara de Rufino. Se ha quedado mudo. Luego, balbuciente, me ha dicho que salía disparado para el taller a decírselo a Urbano. Emeterio, la semana que viene o la otra a más tardar, nos vamos tú y yo de excursión, no te digo más. ¿Qué te parecen las novedades? ¿Que te gustan más las viejas historias? ¿Que ya se verá tanto proyecto en qué para? ¡No seas cenizo, caray! ¿Quieres que te cuente la historia de Isabel? ¡Ah, pillín! a ti lo que te pasa es que quieres enterarte de mis conquistas. Bueno, no fue una conquista. Nada de eso. Yo no me enteré de nada. Ella lo hizo todo. Yo jamás me hubiera atrevido a rondarla o a decirle una palabra. Fue ella. Claro, que eso también es una conquista. Yo la enamoré sin darme cuenta. Siendo simplemente como soy y apareciendo, por pura casualidad, ante sus ojos. Estaba fascinada conmigo, te lo aseguro. Ésa es una sensación muy agradable, Emeterio. Tú no puedes saber qué es eso, pero trataré de explicártelo. Verás, tenía yo un amigo, catedrático, que montó un curso de verano en La Magdalena. Sí, hombre, en tu pueblo, bueno, en Santander. Como te decía, él no es exactamente especialista en mi misma materia, pero sí de literaturas clásicas. Necesitaba completar con un especialista español un curso en el que, para que hablase de mitos literarios antiguos, ya había invitado a un gran experto inglés. Por supuesto, pensó en mí. La verdad es que me sorprendió que lo hiciera. Yo soy bueno en esa materia, tenlo por seguro, pero, éste de quien te hablo es uno de los más prestigiosos expertos en literaturas antiguas y no sólo del mundo clásico; sabe también cosas extrañísimas de ésas de las que aquí, por lo menos, poca gente tiene idea. Conoce bien el japonés y el chino clásico y ha escrito un montón de libros sumamente interesantes y está muy considerado en el extranjero. Es de los que siempre presiden mesas en los congresos o son invitados como ponentes principales. En especial para las clausuras de los congresos. Tú estas cosas no las sabes, Emeterio, porque entre tus indios no pasaban. Pero he de decirte que para los congresos siempre se contrata a una o dos «vacas sagradas», así es como se les llama. Luego, resulta que, si coincides en dos o más congresos con la «vaca sagrada» de turno, te das cuenta de que durante años repite, con muy pocas variantes o con ninguna, las

mismas cosas o lo que tiene ya dicho en media docena de sus libros. Aunque esto es lo de menos. Los congresos miden su prestigio y calidad por la cantidad de «vacas sagradas», cuenten lo que cuenten. Así que me sorprendió que este catedrático, que forma parte de ese «ganado» especial, se acordara de mí, me insistiera y no me dejara rehusar. No te puedes imaginar cuántas veces me llamó, me rogó, casi me forzó. Me consultó el programa, le hice algunas observaciones y me las aceptó. En fin, que me demostró un gran aprecio y una gran valoración de mi trabajo. Llegó a decirme que consideraba uno de mis libros, de publicación reciente en aquel momento, poco menos que su libro de cabecera, que lo había leído numerosas veces completo, que lo recomendaba a sus estudiantes, que le hacía mucha propaganda en el extranjero, que se lo había regalado a colegas de otros países y que lo citaba en casi todos sus últimos trabajos, porque, en su opinión, era de una sagacidad y de una clarividencia para temas clave en el análisis literario de veras sorprendente. No pongas esa cara, Emeterio. Todo eso me dijo y más que no te cuento por modestia. El caso es que, evidentemente, acepté el encargo y me esforcé por hacer algo que fuera original. Yo tenía unos textos muy interesantes y empecé a analizarlos. Un día, en que estaba yo trabajando en ellos, vino Clara a verme. Eso fue poco antes del accidente de su padre. ¿Que qué le pasó al padre de Clara? Pues que tuvo un accidente de coche y quedó muy maltrecho... Pero yo no te estaba hablando de eso. Te estaba contando que vino Clara y me preguntó que qué hacía. Le empecé a explicar de qué se trataba. La verdad es que ella de esas cosas no entendía palabra, pero, ¡sorprendete!... Las mujeres son unos seres muy curiosos... El caso es que le doy a leer los textos, en traducción claro, y le cuento por dónde van mis pesquisas y argumentos probatorios de lo que yo quería demostrar y va y me dice: Mira, Miguel, yo creo que vas bien encaminado, pero no es exactamente por las razones que tú dices. Me salió una carcajada y le repliqué que ella por qué sabía que mis argumentos no eran válidos y me suelta: Tú dices que, en casi todos los textos anónimos de la antigüedad, se sospecha que el autor fue un varón, pero que crees que estos textos pudieron ser escritos por una mujer. Yo he leído los textos y creo que si no los escribió una mujer, lo hizo un hombre que conocía bien a las mujeres o que tenía una mujer

cerca, que pensó estas cosas e incluso llegó a decírselas al autor y él las supo poner en verso o en forma de himno o lo que sea esto. En eso estoy de acuerdo contigo. Pero, te fijas en unas cosas que bien podrían ser dichas por un hombre o por una mujer, indistintamente, y se te escapan otras que me parecen evidentes. Sólo una mujer puede decir semejantes cosas. Verás, cuando dice el poeta *en tus brazos me siento tan seguro como un niño en el regazo de su madre*, eso lo puede decir un hombre o una mujer. Todos hemos corrido a refugiarnos en nuestra madre, cuando nos perseguía un perro en el parque o un niño que quería quitarnos nuestro juguete o pegarnos. Pero cuando dice, *te protegeré siempre y te arroparé como arropo a mi niño cuando siento frío*, te parecerá un chiste, pero esto es lo que realmente sólo puede decir una mujer y, además, una mujer que ha sido madre. Me quedé perplejo, porque yo no había reparado en esa frase y no entendía cómo estaba tan segura de eso. Se lo pregunté y me dijo: Mira, una madre está con su hijo, nota que la casa está muy caliente y va y destapa al niño. En eso entra la abuela, tú ya sabes que las personas mayores sienten más frío que las personas jóvenes, por eso los abueletes se sientan al sol, bien, pues entra la abuela, que siente frío, y recrimina a su hija porque ha desabrigado al niño. La abuela dice, ¡con este frío cómo tienes al niño así de destapado! La joven contesta: Madre, yo tengo calor. La abuela replica: Pues yo tengo frío, tapa al niño. Las madres abrigan o desabrigan a sus hijos sin mirar el termómetro, lo hacen cuando ellas sienten calor o frío. Con mayor razón en una época en que no había termómetros. Las madres quieren para sus hijos lo mejor y lo mejor para ellas es lo que les dan a sus hijos. Cuando son pequeños, muy justificadamente, porque los niños no pueden decir qué necesitan. Cuando las madres son muy posesivas y no saben que hay un momento en que deben dejar que sus hijos piensen por su cuenta, los siguen abrigando o desabrigando a su antojo o a su sensibilidad hacia el clima. Fíjate un día por la calle. Verás cómo más de una madre le enchufa un gorro de lana a un nene de cuatro o cinco años y el nene protesta: Mamá, no tengo frío, y la madre le responde automáticamente: Pero yo sí, pónitelo y no se te ocurra quitártelo. Lo que pasa es que tú no has vivido nunca con una mujer y no sabes nada de ellas. El autor puede ser autora, no lo discuto,

pero si era un hombre, vivía con una mujer y la observaba mucho y la conocía bien. Por otra parte, estas cosas las sabe cualquiera que se fije un poco en lo que pasa alrededor. La literatura no sale sino de mirar alrededor ¿o tú no sabes ni eso, haciendo lo que haces? Como verás, Emeterio, creo que Clara tenía razón, pero siempre aprovechaba para meterse conmigo ¿te das cuenta? Yo seguí analizando el texto e incluí, con las mías por descontado, las argumentaciones de Clara que me parecieron acertadas. La verdad es que me quedó una conferencia muy completa e interesante que, más tarde, se publicó en una revista de Madrid. Con esa conferencia fui a Santander y participé en el curso. El coloquio fue muy animado, quizá el más animado de la sesión. Yo actuaba el primer día del curso, después de otros dos colegas, y la gente ya estaba un poco cansada. Además, hacía muy buen día y la playa era una tentación. Isabel estaba en ese curso como estudiante. Ella intervino en el coloquio e hizo un par de observaciones un poco marginales, pero sugerentes, ya no las recuerdo con exactitud. Sin embargo, en aquel momento, me gustaron. También es cierto que mientras yo hablaba, ella no me quitaba ojo con expresión arrobada. Tanto es así que yo tenía que apartar la mirada de ella porque me distraía y perdía el hilo. Cuando acabó la sesión, Isabel se me acercó y me preguntó un montón de cosas. Dijo que le había dado vergüenza preguntar más en público porque ella había dejado de estudiar hacía mucho tiempo y no se sentía preparada. Allí había muchos estudiantes de doctorado y de últimos cursos de carrera, así como profesores y gente con mucha formación y ella se sentía un poco cohibida. Temía estar preguntando cosas bien sabidas, comunes o simplezas. Le dije que no tuviera reparo en hacer cualquier pregunta que así es como se aprende. Estuvimos charlando bastante rato y tenía una conversación muy amena. Había leído mucho, un poco a salto de mata y sin criterio. Tampoco sé si había llegado a asimilar correctamente todo lo leído, pero podía citar a autores franceses, ingleses y alemanes, además de los españoles. Conocía bien la poesía, a la que, ya entonces me dijo, era muy aficionada. Y sí. Recitaba poemas de memoria con bastante gracia. Aquel día tuve un gran éxito, no sólo porque Isabel se interesara, sino porque otros de los asistentes vinieron también a comentarme sus opiniones y a discutirme algunas de mis

afirmaciones. ¿Las de Clara? No. Esas no. Algunas otras, pero de menor cuantía. A todos pude darles explicaciones convincentes y ya nadie se atrevió a contradecirme. ¿Por qué pones esa cara, Emeterio? ¿Que yo me aproveché de la sensibilidad de Clara para componer una buena conferencia? ¡No digas estupideces! No es así. Las ideas eran mías. Quizá al contarlo de este modo, dé la impresión de que todo lo que había allí me lo había sugerido Clara y no es cierto. Ella me dijo algunas cosas, pero, sin importancia. La mayoría eran ideas mías, desarrolladas, argumentadas y probadas por mí. ¿Qué te crees? ¿Que si yo agradecí en nota, cuando publiqué el artículo, que Clara me sugiriera algunas cosas? Estas loco. ¿Qué iba a poner: La Directora de la Sucursal 32 me ha sugerido este comentario? ¿que por qué no? Emeterio, has pasado demasiado tiempo entre los indios, hijo mío, no entiendes nada del mundo académico. Yo era ya una autoridad, ¿te imaginas qué efecto hubiera hecho una nota así? ¿Hay muchas maneras de decir las cosas? Sí, puede ser, pero si pongo Clara Soler me ha dicho esto, ¿quién conoce a Clara Soler? Cuando se pone la opinión de alguien hay que decir en qué libro la ha publicado o en qué lugar. No valen las opiniones dichas en una conversación privada. Por otra parte, estás haciendo una montaña de una minucia. Como te decía, Emeterio, y no me desvíes del hilo de esta reflexión, aquél fue un curso donde mi prestigio aumentó. A partir de aquel momento, empezaron a llamarme de casi todas partes. Fue muy halagador y gratificante. Parece mentira, pero publicas un ciento de libros y artículos y nadie sabe que existes. Sales por la televisión y, a partir de ese instante, te conviertes en una personalidad. Pues claro que salí en televisión y varias veces, no creas. Eso también hizo que el respeto de mis propios compañeros creciera. Cuando se lo dije a Clara, porque sucedió casi inmediatamente después del curso que me llamaran tres veces seguidas para diversos programas culturales, ella se rió mucho de mí y me dijo que en cualquier momento me sentaban en un plató con una folclórica, un torero, un futbolista y una actriz de telenovelas para darle prestigio a un concurso. Creo que estaba un poco envidiosa de mi éxito. Así se lo dije y ella lo negó. Me volvió a soltar aquello de que yo no entendía nada y que parecía un crío pequeño, fascinado por el relumbrón de los focos y la gloria efímera que dan las

cámaras. ¿No te has dado cuenta del número altísimo de imbéciles que sale por televisión? ¿No te has parado a pensar en la cantidad de sabios, a los que sacan una vez porque les han dado un premio, y a la media hora nadie sabe ya cómo se llamaban? Ésa es la fama que proporciona la televisión. ¿Tú crees que tenía razón? Bueno, Emeterio, tú siempre viviste en la selva y allí no llegaba la televisión y esas cosas no eran tan importantes. Sin embargo, aquí es distinto. Yo no lo busqué, pero cuando me vino lo aproveché, ¿por qué no? No me creerás y aunque parezca mentira, a partir de mis apariciones en televisión, se pusieron de moda los libros sobre mitos antiguos. Cosas mías que estaban agotadísimas y ningún editor quería reeditar, me las quitaban de las manos y no sólo se vendieron mis libros, sino que hubo mucha gente que se benefició de ello. Yo abrí brecha en un campo científico que era sólo para minorías. Con eso, aunque Clara opinase que era una tontería, contribuí a elevar el nivel científico de este país e hice un gran servicio al conocimiento. No me gusta esa sonrisilla tuya, me recuerda a la de Clara, cuando le dije que mi actuación apoyaba la difusión de la ciencia. Pero, bueno, no sé por qué siempre sale Clara y mis discusiones con ella. No compartíamos ningún criterio. Ella tenía un mundo muy pequeño; su Banco, su familia, sus hijos y poco más. Yo me he dedicado siempre a cosas más altas. Soy un intelectual y los intelectuales nos debemos a la sociedad. Somos un poco, aunque suene fatuo es cierto, como los faros que iluminan al resto de la gente. Estamos obligados a pensar lo que las masas no piensan. Es una alta misión. Recuerda, Emeterio, el episodio evangélico de los talentos. Es un deber poner en circulación aquello con lo que uno ha sido dotado y lo que adquiere... Tú, ¿qué dices? Ya. Lo mismo que Clara, que los talentos son de muchas clases y que el mejor de todos es el sentido común y ése, a veces, lo tiene a raudales gente con poca cultura. No estoy argumentando en contra de esa afirmación que me parece justa. Estoy diciendo que yo, que soy una persona con capacidad y formación, debo dar a conocer, por el medio que sea, mis descubrimientos y aportaciones al mundo y, si para eso hay que caer en lo que parece una frivolidad, como la televisión, pues se pasa por ahí, por un fin más alto. Isabel decía precisamente lo mismo. Ella consideraba que yo era un genio. Claro que eso era puro

cariño, no soy ningún ser extraordinario. Sin embargo, ella opinaba que yo debía tener más vida social, acudir a los lugares donde se encuentra la gente importante, codearme con políticos y gente de dinero, porque éstos te facilitan muchas cosas. La verdad es que yo siempre lo creí también, pero, tal vez por timidez, por cortedad o por modestia en definitiva, nunca lo hice. Tampoco lo hice del todo después de conocer a Isabel, aunque ella, que estaba muy bien relacionada, se ofreció a presentarme, cuando llegara el momento, a gente muy importante. Nunca lo pudimos hacer, porque cuando empezamos a salir juntos, ella acababa de divorciarse, precisamente, de un señor muy importante; un empresario relacionado con el mundo editorial y el cine. Ella tenía hijos aún pequeños que estaban sufriendo una gran crisis con la separación de sus padres y no consideró prudente, durante un tiempo, que nos vieran juntos y presentarme a sus amistades. También temía encontrarse con su ex-marido en esos círculos y sus heridas estaban muy recientes. Por otra parte, su marido era un hombre muy celoso y temía que, si la encontraba conmigo en su mismo medio, pudiera organizarle algún numerito, como decía ella. En fin, era una persona muy prudente y considerada. No quería dañar a sus hijos, ni tampoco mi prestigio, exponiéndome a una escena poco agradable. Eso fue muy de agradecer. Luego, tuve el primer ataque. Ella empezó a tener problemas con sus hijos que seguían sin adaptarse a la situación. Creo que fue su hijo el mayor el que tuvo que iniciar un tratamiento con un psicólogo. Ella estaba muy preocupada y no podía dejarle solo. No podía desplazarse aquí y no creía conveniente que nos viéramos en Madrid porque nos podíamos encontrar con algún conocido. No era el caso andar de escondidas. En fin, entre unas cosas y otras, nos fuimos distanciando. No hace seis meses supe, por casualidad, Desamparados lo vio en una revista, que se había casado con un constructor de muchas campanillas, de éstos que salen de vez en cuando en las revistas del corazón, por eso se enteró Desamparados, porque cuando va a la peluquería las lee. Pero, es natural, ella era mucho más joven y encontró a alguien más cerca... Alguien con más posibilidades de ayudarla en su propia carrera... En fin. Así son las cosas. ¿Por qué era celoso el marido? Y yo qué sé, Emeterio. Hay gente así, incapaz de hacer felices a los demás, incapaces de

ser fieles, pero muy exigentes con la devoción que los otros han de prestarles. Isabel me dijo que durante años se había sentido abandonada por su marido, que él estaba a sus negocios y enredado con otras mujeres, y, aunque ella le había ayudado mucho, no sentía el menor interés por lo que ella hacía. ¡Ah! no te lo he dicho, ella escribía poesía, pero el marido se negaba a publicar nada de lo que escribía en su editorial. Ella le había pedido que al menos la pusiera en contacto con algún otro editor. Al final, decidió hacerlo por su cuenta y con pseudónimo, envió uno de sus originales a un editor. Sin saber cómo, éste se enteró de quién era y le publicó el libro. Ella estaba muy disgustada. Era un libro de poemas de amor, hermosísimos, pero en la editorial le dijeron que para que vendiera mejor, le iban a dar unos cuantos retoques y lo convirtieron en un libro de poesía totalmente erótica. Fue terrible para ella. Yo vi el libro editado y, es cierto, era terriblemente malo y, sobre todo, obsceno. Parecía algo escrito por un maníaco sexual o poco menos o incluso por alguien perturbado y, desde luego, Isabel podría tener muchos defectos, pero no era una loca. No me pudo enseñar nunca el original porque ella no había conservado copia y se lo habían retocado tanto que era imposible de reconstruir. Cuando yo la conocí estaba escribiendo otro libro de poemas, pero no quería enseñármelo hasta que estuviera terminado. En fin. Ése tampoco llegué a verlo y no sé si luego lo habrá publicado. El caso es que cuando su marido vio aquel libro, que ella le mostró, en parte ufana y en parte fastidiada, porque se lo habían tergiversado, el marido le montó una escena terrible. En la discusión, llegó a insinuar que aquel libro era el producto de una mente enferma y obsesionada por el sexo y ella, argumentando con el abandono en que la había tenido el marido, llegó a confesarle que había tenido un par de aventuras sin importancia, pero que jamás había ella ni dicho ni hecho ninguna de las cosas que parecía traslucir el texto. Este episodio terminó de deteriorar una relación que siempre había sido conflictiva y, por eso, se divorció. ¿Yo pensaba casarme con una divorciada? ¿Por qué me preguntas eso, Emeterio? Pero, ¡calla! que viene Reme. Ya seguiremos hablando...

XVI

No sé dónde nos quedamos cuando nos interrumpió Reme... ¿Sabes a qué venía? Pues a decirme que en la puerta estaba un chico al que enviaba mi Decano para que me sirviera de secretario. Estuve hablando con él un buen rato. Parece un muchacho serio y trabajador. Me causó buena impresión. Se llama Eugenio Requena y es de aquí. Me pareció entender que su padre era militar o que trabaja para el ejército, algo así. En fin, que yo creo que es la persona adecuada para lo que necesito. Como aún no he comprado el ordenador, le he pedido que me dejara su teléfono y que yo ya le llamaría. Además, antes de llamarle, tenía que ponerme a revisar mis papeles. Son ya más de tres meses los que tengo todo abandonado. No sé por dónde iba en nada. No me será fácil escoger por dónde comienzo. Después de la charla con el tal Eugenio, llamé a Mariano para que agilizara lo del ordenador. Al salir de la consulta, se vino para acá con su amigo el informático, que me trajo un montón de papeles y me explicó un centenar de cosas de las que no entendí la mitad. Eso, sin embargo, no me asusta. Eugenio parece entender de informática lo suficiente. Así que he comprado un ordenador que me pareció adecuado, con impresora y no sé cuántos aditamentos, cuyo uso no sé muy bien cuál sea, pero a los que de seguro ese muchacho les sacará partido. Es curioso cómo de estar medio varado, de pronto, se precipitan los acontecimientos, y te encuentras de nuevo en una especie de vorágine de actividad. Eso es bueno, no cabe duda. Mejor que estarme frente al balcón pensando en las musarañas y amargándome porque no tengo nada que hacer. Pero fueron tantas las emociones y cambios que se avecinaban, que me fui a la cama rendido. Esta mañana, me desperté aún más temprano que de costumbre, excitado y nervioso. Casi tenía palpitaciones. Nada más desayunar y

tras el aseo, me puse a rebuscar en mis carpetas, ficheros y cajones, para ver en qué andaba yo metido y establecer un plan de trabajo para Eugenio. El ordenador lo van a instalar en un par de días y cuanto antes empiece este chico a saber qué es lo que quiero de él, mejor para todos. Yo también me sentiré mejor si empiezo a tener un horario fijo de trabajo. Claro que tendré que alternarlo con lo de la rehabilitación, pero eso me va a mantener ocupado, casi como si tuviera una jornada laboral normal. Aunque siempre hay cosas que me despistan. ¿A que no sabes lo que me he encontrado en uno de los cajones? La carta de Clara. Creí que la había tirado. Debí guardarla o casi esconderla, porque estaba al fondo del cajón último de mi mesa. Allí jamás he guardado correo, siempre lo pongo en una carpeta del fichero... Pero ésta, no sé cómo fue a parar allá. Estaba toda arrugada. Te hablo de la que me escribió poco antes de volver a Valencia. La he empezado a leer y no he podido seguir. Por eso he esperado a tener un instante de calma para leértela a ti. Ya sé que esto es un juego de fantasías. Tú, Emeterio, no existes, pero si pienso que se la leo a un amigo, que puede decirme su opinión, creo que me hará menos daño volver a leerla. Era una carta terrible. Según he empezado con las primeras líneas, se me han saltado las lágrimas y te juro que no eran ésas mecánicas que dice Mariano. Eran de verdad. Lágrimas recias y duras como piedras, que me resbalaban por la cara como un fuego líquido... Ahora que Reme ha salido a no sé qué recados, puedo disponer de un tiempo para comentar contigo aquella carta. ¿Que ya te leeré la carta en otro momento y que tú habías hecho una pregunta, cuya respuesta dejé colgada, cuando nos interrumpió Reme? Ya te he dicho que no me acuerdo de por dónde discurría nuestra conversación, pero, ¿no te parece más importante que te lea la carta de Clara? ¡Ah! ¿no? ¡Vaya! ¡Sí! querías saber si yo era capaz de casarme con una mujer divorciada. Es cierto, eso parecía preocuparte. Parece mentira, Emeterio, que te preocupe más una cosa así que lo que decía Clara. Pero me da igual, te puedo responder a eso que parece una cuestión de conciencia. Mira, Emeterio, cuando uno se encuentra, pasados los cincuenta años con creces, en una situación de soltería pertinaz y, de pronto, surge ante él una persona mucho más joven, casi veinte años, atractiva, inteligente y enamorada, no va a pararse a pensar en si es conveniente, si

es apropiado o en refinamientos morales. Por supuesto no hay que perder de vista la prudencia y un cierto comedimiento, pero de ahí a ponerle pegos a una promesa como lo era Isabel, va mucha distancia. Yo te diría que, visto desde la más estricta moral, es más pecaminoso dejar que la ocasión pase ante ti, porque a lo mejor es la última que te ofrece el destino para llevar una vida más plena, como hombre y como persona. Por otra parte, Emeterio, ¿tú crees que yo podía andarme con escrúpulos morales, después de mi aventura con Hannah o de mi tonteo con Victoria? Si me apuras, hasta mi relación con Clara no estaba exenta de ambigüedad. ¿Qué quieres que te diga? No es muy frecuente que una mujer se dedique a un hombre poco menos que en cuerpo y alma, por supuesto sin abandonar sus obligaciones con sus hijos ni su trabajo; Clara era una mujer muy responsable. Bueno, en cuerpo relativamente, salvo algún arrumaco y alguna situación que podríamos denominar romántica; como cenar en un restaurancito apartado, a la luz de las velas, o hacer algún viaje juntos y dormir en la misma habitación de hotel, por pura casualidad y por falta de previsión... No pongas caras, Emeterio, te juro que, en este caso, no era más que pura amistad. La misma Clara decía que le encantaba sentir esa confianza de compartir un cuarto de baño, una habitación, como si fuéramos hermanos. Hombre, yo, a ratos, no me sentía tan bien, pero he de decir que su naturalidad, su actitud siempre discreta y comedida, jamás provocadora, era muy reconfortante. Sólo que, yo me excitaba, he de reconocerlo, y lo que por su parte parecía indiferencia hacia mí, como hombre, me producía una desasosegante sensación de ser un vejstorio que ya no es capaz de atraer a una mujer. No sé si me entiendes, Emeterio, pero era un cúmulo de sensaciones encontradas... Tampoco me paré mucho a analizarlas. Al principio de nuestra amistad, un día Clara me dijo: Tú piensa en mí como si fuera un guardia urbano. Yo no la entendí y ella me replicó: ¿Tú tendrías una aventura sentimental con un guardia urbano? A eso me refiero. Pero sí que podrías hacer una buena amistad con él ¿no? Pues es lo que quiero decir. De todas maneras y por eso te digo que había cierta ambigüedad en nuestra relación, yo creo que muchas de nuestras conversaciones y gestos tenían una doble intención, un significado más profundo que los simples gestos y palabras entre amigos. Al

menos, yo me encontraba, con frecuencia, pensando que me gustaría besarla, abrazarla... Alguna vez lo hice y ella me correspondió, pero, en seguida, aparecía como una barrera entre nosotros. No sé si la ponía ella o la ponía yo. Nunca lo he sabido. Es verdad que ella se apartaba antes. Yo hubiera seguido pegado a ella por siempre. No. No es eso. Pero, sí que estaba ahí la ambigüedad, la indefinición, el desconcierto. Eso me hacía padecer cuando íbamos por la calle. Me sentía mal. Parecíamos un matrimonio y no era así. Sólo me sentía a mis anchas y podía expresarme con libertad cuando estábamos solos. Tampoco llegué a explicarme nunca esa reacción. Ella, a veces, me decía que era como si tuviera miedo de algo, como si yo fuera una persona en la intimidad y otra diferente ante los demás. Me decía que no había nada que ocultar y que yo resultaba más agradable, más inteligente y más ingenioso, cuando me comportaba con libertad. Me decía que yo era un poco estreñado. Ya te he dicho que tenía unas expresiones muy particulares. También me recomendaba que me soltara la melena ¿Te imaginas, yo, con una melena al viento? No. Ella lo que quería decir es que yo iba, y es cierto, un poco encorsetado por la vida y que debía esforzarme por ser más espontáneo. No supe hacerlo nunca. Por eso Clara también, a veces, soñaba con que llegáramos a viejos pronto. ¿Te sorprende? A mí también me sorprendía la expresión de un deseo como aquél. Pero, para ella estaba muy claro. Decía que, cuando fuéramos viejos, podríamos mirarnos a los ojos, ir de la mano o sentarnos en nuestras mecedoras, el uno frente al otro, con la vida ya totalmente hecha, sin deseos ni angustias y sin sentir miradas de sospecha en los demás. Decía que a lo mejor a mí eso me tranquilizaba. La verdad es que esa perspectiva no me parecía nada halagüeña. La vejez no entraba en mis proyectos ni para una relación de amistad ni para una relación de pareja. ¿No te parece extraña esa propuesta? Que tú sí la entiendes. ¡Vaya! pues ya me la explicarás... Pero, bueno, me estoy yendo otra vez del asunto. Ya te digo que Clara me acusaba de poco espontáneo, de poco decidido y claro. Sin embargo, con Isabel lo fui más. Me dejé llevar por los impulsos. No pensé en nada. En realidad y como de manera natural, hice con ella lo que jamás me hubiera atrevido a hacer con Clara, aunque lo pensase o lo desease. No sé aún por qué me sentía como liberado. No te lo puedo explicar, pero

era como si... Como si no me importara... Como si aquello fuera algo que ya se veía, algo que tenía un futuro incierto y poco definido. Eso me daba una especie de perspectiva, me proporcionaba la sensación de caminar por una vía abierta a cualquier solución. No sé cómo explicarlo, pero me sentía más libre. En fin, también es cierto que ella, Isabel, por sus circunstancias personales, impuso muchas limitaciones a nuestra relación. Casi nunca nos veíamos en público. Yo creo que nadie de mi entorno llegó a saber nada de mi relación con ella. Yo no la conté y aquí, en Valladolid, no nos paseamos por la calle jamás. Nos íbamos a Madrid o quedábamos allí. Sólo, cuando estuve malo con el primer ataque, apareció en el hospital, porque, como te dije, habíamos quedado en que ella venía y desde aquí salíamos de viaje hacia Portugal. La única persona que conocía su existencia era Reme y sabía bien poco del asunto, porque en aquella época Reme no dormía en casa. Así que la veía llegar y no sabía cuándo se marchaba. Podía sospechar que había dormido aquí, porque se ensuciaban más toallas y cosas así; los platos de una cena y un desayuno. Yo creo que algo sospeché, porque en un momento determinado, Desamparados empezó a hacerme preguntas un poco capciosas. Tanto es así que le dije que sí, que había conocido a una mujer y que se la presentaría. Desamparados vino de San Martín inesperadamente un fin de semana y se la encontró aquí. Menos mal que Isabel tenía que marcharse ese sábado y no había hecho plan de quedarse a dormir. Ya había pasado conmigo la noche del viernes. Dio toda la impresión de una visita de día. A Desamparados no le gustó nada Isabel. En cambio, Isabel me ponderó muchísimo a mi hermana, lo que no es para tanto. Ya sabes que la pobre es muy buena, pero nada atractiva ni especial. Para que veas. Yo creo que Isabel hizo el esfuerzo de que mi hermana le gustara por cariño hacia mí. Nada más. En cambio, Desamparados no fue capaz ni de hacer el esfuerzo de aceptarla por el simple hecho de que a mí me gustara. Cómo es la familia a veces. Tu peor enemigo, creo yo. Como mi hermano. Aunque hay diferencias, por supuesto. Nada que ver entre Desamparados y mi hermano. Sin duda. Pero ya ves, un ramalazo... Como si fueran celos o algo así. Inexplicable, pero cierto. Bueno. Yo te estaba diciendo, que me he ido de una cosa a otra sin orden ninguno, que a mi edad, encontrar a

una mujer como Isabel, que se flecha por mí, aunque resulte una cursilada decirlo de este modo, es una suerte morrocotuda. Yo siempre tan comedido, tan prudente. Ella se fascinó y yo también. Además a nuestras edades, ¿quién no tiene tras de sí alguna historia que ocultar? Y, aunque no sea de ocultar, lo más normal es que uno arrastre una carga de fracasos y torpezas considerable, de manera que si encuentra la más mínima luz de esperanza, debe agarrarse a ella con uñas y dientes. Para tranquilizar tu conciencia, o la mía, ¡quién sabe!, te diré, Emeterio, que Isabel no era una persona creyente, ni su anterior marido tampoco, de manera que se había casado por lo civil únicamente. Incluso hablamos de boda religiosa. Luego, cuando se casó con su segundo marido, vi que también lo había hecho sólo por lo civil. Cuando yo la conocí, ella estaba en un proceso de reflexión y búsqueda religiosa. Por eso había vuelto a estudiar y asistía a todo tipo de cursos de filosofía y religiones de lo más variado. Intentaba encontrar su camino de vuelta a la fe. No sabía muy bien a qué fe dirigirse, porque, aunque de una familia nominalmente católica, ella no había sido educada nunca en la religión. Al conocerme a mí, hablamos mucho acerca del dogma, de la fe, de los misterios, de la moral cristiana, en fin. Fuimos muchas veces juntos a misa, rezamos juntos. Ella estaba en una crisis de fe. ¡Quién no ha pasado por ello! Sobre todo, en su caso, tenía plena justificación. Al sufrir el trauma terrible de la ruptura de su matrimonio, necesitaba hallar un consuelo espiritual, algo que la sostuviera. Mi cariño, mi dedicación y la reflexión por la que yo podía conducirla le eran muy importantes y necesarios. Es cierto que la cosa no empezó por ahí. Hablamos un par de veces en extenso durante aquel curso de verano, pero luego, se inició lo que las revistas o las novelas rosa llamarían un apasionado idilio, donde el sexo tuvo mucho que ver. La reflexión sobre otras materias vino más tarde. Las primeras semanas fueron en realidad una especie de orgía continuada, de tal frenesí, que hasta yo estaba sorprendido. Emeterio, tienes que pensar que yo pasaba largo ya de los cincuenta, que no estaba muy entrenado en el juego amoroso y, aún así, no sólo hacía muy buen papel, sino que yo juraría que muchos más jóvenes no lo habrían superado. No. No me he vuelto machista. Simplemente te digo lo que sucedió. Es verdad que ella tenía una gran habilidad. Era capaz de despertar a un

muerto con sus juegos eróticos. Siempre inventaba cosas. Me da cierto reparo contártelas, Emeterio, pero de verdad que yo no sabía que todo aquello se podía hacer, ni sabía que una mujer fuera capaz de ponerse en las posturas más inverosímiles y con ello convertir cada acto sexual en una especie de gimnasia enloquecedora de todos los sentidos. Sabía excitarme y retenerme y sabía excitarse ella y controlar su excitación. Esas cosas no se aprenden. Es como una facilidad natural, ¿sabes? Yo me encontraba allí como arrastrado, como llevado hasta un abismo y sacado de él por una lengua de fuego que me alzaba hasta lo más alto. No puedo explicarlo, pero era como una adicción. No podía negarme nunca y ella se insinuaba siempre. Incluso, a veces, me decía: Tú no hagas nada. Estás cansado. Yo me ocupo, déjame hacer. Era una maravilla. Su ropa interior, su perfume, su piel. Cómo se desnudaba, suavemente unas veces, como con desgana, poco a poco. Otras, se arrancaba la ropa de cuajo y me la arrancaba a mí. Otras, permanecíamos vestidos, tumbados en la alfombra, retorciendo nuestros cuerpos uno sobre el otro. Ella, en plena excitación se levantaba. Se echaba en el sofá. Cerraba los ojos y se dormía. Yo me quedaba allí, tirado como un trapo. Ella, luego, saltaba como un gato del sofá y se echaba de nuevo sobre mí y me arrancaba la ropa con los dientes... En fin, Emeterio, era algo portentoso aquella mujer. Pero, no vayas a pensar que era sólo sexo y lujuria. No. Ella tenía un gran corazón, era inteligente y graciosa. Un poco simple, a veces, ingenua diría yo. No tenía tampoco una gran cultura, ya te he dicho que su formación había sido un poco autodidacta y ecléctica y había cosas que no las tenía del todo asimiladas. Pero, era muy joven y a mi lado hubiera podido desarrollar todo su potencial. Lo del buen corazón lo digo porque ella se preocupaba mucho por sus hijos, les tenía verdadera devoción, a pesar de que le recordaban mucho al padre y eso la ponía nerviosa. Yo creo que fue por lo del chico por lo que se distanció de mí. En fin, a lo mejor era demasiado hermoso para ser duradero. No lo sé. Ir con ella de viaje era una maravilla. No te puedes imaginar lo que disfrutaba comiendo. Era divertidísimo. Comía con los dedos, con mucha frecuencia, y se los chupaba sin remilgos. Comía deprisa, engullendo, como si alguien le fuera a quitar la comida del plato, como una niña golosa. Se entusiasmaba con

las cosas más simples. Coleccionaba velas. Le encantaba ir a las cererías y comprar velas de ésas que se ponen a los santos, las que son como lamparillas. Cuando venía a casa, se negaba a encender la luz y regaba la habitación de velas. Siempre hacíamos el amor a la luz de las velas. Luego, quedaba un tufo irresistible a sacristía de iglesia vieja. Yo me constipé una vez, porque no podía soportar el olor aquel y tuve toda la noche la ventana abierta, aunque he de reconocer que la luz tenue de las velas le daba a todo un cierto clima de irrealidad que favorecía las ensoñaciones. Alguna vez pensé que si Clara hubiera sido capaz de hacer algo así, yo.... Bueno, no quiero perderme en divagaciones de nuevo. A Isabel le encantaba el vino y se tomaba tres o cuatro copas en cada comida. Se le subía, se achispaba un poco y estaba muy graciosa con una lengua de trapo muy peculiar que la hacía cecear y comerse sílabas. Cuando ella conducía, casi siempre cogía el volante, porque decía que yo conducía fatal y era un peligro, corría como una loca. Le encantaba la velocidad. Eso le daba mucha emoción a los viajes. A veces, en plena carrera, gritaba y soltaba el volante, cerrando los ojos por unos segundos. A mí me ponía los pelos de punta, y eso que decía que yo era un peligro. Ella sí que lo era. Sin embargo, resultaba emocionante. Otras veces, se detenía al borde de un camino y se empeñaba en que hiciéramos el amor allí mismo. Era una criatura vital, desordenada, explosiva y alegre, que llenaba mi triste vida de una especie de burbujas incandescentes. Siempre me tenía en vilo. No creo que haya nadie que pueda aburrirse a su lado. Es cierto que su compañía me impedía trabajar y hasta pensar con calma, porque cuando estaba, no había forma de hacer nada, y cuando no estaba se me iba el santo al cielo pensando en sus locuras y sus provocaciones. No cabe duda de que fue la mejor época de mi vida. ¿Por qué quiero ahora encontrar a Clara? ¿Por qué me preguntas eso de pronto, Emeterio? Te he dicho que Isabel se casó. Ya no se podría casar conmigo. ¿Que se podría divorciar otra vez? Hombre, no sé. Sí. Es posible... Aunque yo ya no podría darle la réplica que ella necesita. ¿Comprendes? Yo soy ahora un inválido o medio inválido. No. No. Aquello no cuajó y no se puede volver atrás. ¿Por qué creo que Clara volvería a ser mi amiga? Hombre, la amistad es otra cosa. No se necesita del sexo. Se da uno compañía, conversación, cariño,

ternura... No. No creo que lo más importante en mi relación con Isabel fuera el sexo. Era amor, Emeterio. Amor. Pero, el amor pide, entre un hombre y una mujer, pues... ese complemento. En cambio, en la amistad, no. No es así. Tal vez, pienso ahora, a eso se refería ella cuando hablaba de la vejez y de haber superado la época de las pasiones... No sé... Yo lo que quiero es recuperar la amistad de Clara. La dejé perder, porque estaba muy apegado a Isabel, pensaba que tenía un futuro con ella, en donde ambas cosas se conjugarían: amor y amistad, ¿comprendes? Creí, quizá estúpidamente, que podía prescindir de Clara, aunque tampoco fue así exactamente. La descuidé, es cierto. Me volqué en mi atención a Isabel. Dejé de hacer planes con Clara, porque como nunca sabía cuándo podría verme con Isabel, pues no podía tomar otro compromiso que me apartara de ella. Luego, yo pensaba que, poco a poco, cuando nuestra relación se normalizara, nos casáramos o pudiéramos aparecer como novios formales, podríamos también ser amigos los tres ¿sabes? Lo que pasa es que Clara no lo entendió, Clara se marchó y ya no hubo modo de explicar nada. ¿Que si yo comenté con Clara mi relación con Isabel? No. No. En realidad quería hacerlo, pero no sabía muy bien cómo. Así que dejé pasar el tiempo. Ella se enteró por Reme de que había alguien que me llamaba y yo salía de viaje. ¿Cómo pude hacer una cosa así? ¿Clara era mi amiga? Pues, claro, Emeterio, era mi amiga. Pero, hasta que uno no está muy seguro de las cosas, no las cuenta ni siquiera a los amigos. Yo qué sabía dónde me iba a llevar la relación con Isabel. Todo sucedió muy de repente, muy de golpe. Yo me dejé llevar de mis sentimientos y cuando me di cuenta, pues no se lo había dicho y ya no encontraba el momento de hacerlo bien. Además, por la situación de Isabel, al principio, no era prudente airear nuestra relación. Luego, vino el episodio inesperado del accidente del padre de Clara... En fin, las circunstancias no fueron favorables. No fue ni a mala idea, ni por mi culpa. Las cosas vienen como vienen y no se puede hacer nada ¿comprendes? Yo intenté explicárselo a Clara, pero ella no fue capaz de comprenderme, casi ni de escucharme. Bueno, tampoco es eso cierto del todo. Ella me escuchó y me dijo una serie de cosas, pero las dijo sin conocer a Isabel y reflejaba en sus apreciaciones una especie de rechazo visceral, como un prejuicio, que me molestó. Ella no la conocía, nunca la vio

ni habló con ella. Todo eran imaginaciones tuyas. Bueno, tuvo una reacción parecida a la de Desamparados, yo diría que posesiva, de celos, ¿sabes? Ya te he dicho que las mujeres son muy raras. Para colmo, aunque seguimos hablándonos y viéndonos de vez en cuando. La mala pata fue que cuando el accidente de Joaquín yo tenía que irme a Madrid con Isabel... Mira, Emeterio, es casi la hora de la cena. Reme vendrá en cualquier momento. Mañana te leo la carta de Clara y te explico qué pasó. Tú verás como yo tengo razón. Ella fue cruel e incomprensiva. Había muchas circunstancias que no permitían hacer lo que ella me pedía... Emeterio, descansa. Yo voy a mirar un rato cómo se encienden los ojos de las calaveras, para relajar el espíritu. Ya te he dicho que desde ayer estoy sobreexcitado. Si no me relajo un poco, la cena me caerá mal y no podré dormir. Hasta mañana, Emeterio. Hasta mañana.

XVII

Es estupendo, Emeterio, ya he empezado a trabajar con Eugenio. Es muy agradable y discreto ese muchacho. Es disciplinado. Se nota que su padre es militar. He comenzado por preparar una conferencia, pensando en lo que me ofreció Germán. Claro que no puedo trabajar muy seguido, porque me fatigo. Aún así, hemos estado casi dos horas y él se ha llevado una serie de fichas, que yo tenía bastante desordenadas, para ponerlas en limpio. De ese modo, dentro de un par de días, cuando regrese, ya podremos avanzar algo más deprisa. He hecho un alto, cuando se ha ido, y he llamado a Desamparados, porque hoy es su santo. Ya estamos en Mayo, ¡madre, cómo se pasa el tiempo! Tengo que espabilar, porque si no me pongo a ello con rapidez, estará aquí el verano enseguida y no sé qué voy a hacer durante el mes de vacaciones de Reme. Desamparados me ha insistido en que me vaya al pueblo. Pero, la verdad, me da pereza. No sé si soportaría todo un mes de las insulsas charlas del sinsustancia de Rufino. En fin. Te he llamado, Emeterio, porque creo que ha llegado el momento de olvidarnos de todo lo demás y de concentrarnos en Clara. Verás. Debo leerte sin remedio su carta de despedida y ponerte en antecedentes de lo que sucedió, porque he decidido escribirle y pedirle que volvamos a ser amigos. Si hay una respuesta favorable, caso de que la localice, ése podría ser el plan del verano. Tú y yo, con mi flamante coche que un día de estos me traerá Rufino, nos iríamos a Valencia a pasar el mes de descanso de Reme para ver a Clara. Con el fin de llevar a cabo todo este plan necesito tu opinión, Emeterio. Te dije que yo no le había hablado a Clara más que muy vagamente de mi relación con Isabel. Cuando se la conté, ella sacó una serie de conclusiones falsas y precipitadas. Me dijo que esa señora, como ella la llamaba, era una persona sin formación, sin criterio, sin ideología y sin convicciones. Que, además, muy probablemente es

una muerta de hambre. Jamás ha trabajado y sólo sirve para ser la señora de alguien. Es una especie de planta parásita. Se le ha acabado, ella sabrá por qué, la planta a la que le chupaba la savia y que la mantenía y se está buscando otra. Ahora, adopta aires de intelectual y de búsqueda de la verdad, con mayúsculas, porque piensa que eso puede atraerte, pero lo único que quiere es que alguien le solucione la vida. Conozco a cientos de mujeres que se separan y, únicamente, se buscan otro marido aquéllas que tienen problemas económicos o no tienen profesión conocida. Incluso muchas, que están en esa misma situación, se ponen a servir por las casas, de dependientas en cualquier parte o fregando escaleras, antes que casarse o buscarse un novio que las mantenga. Están muy escarmentadas y prefieren vivir solas y dedicarse a sus hijos, si los tienen. También prefieren ocuparse de ellas mismas, porque en muchos casos la ruptura con el marido se produjo cuando comprendieron que habían sido una especie de comodín que lo mismo ordenaba los calcetines, hacía la comida y servía para desahogarse en la cama. Todo en una pieza. Si una mujer se entrega al primero que llega, nada más conocerlo, después de una ruptura matrimonial, ten por seguro que o no es una persona estable o está muy necesitada y no quiere sacarlo de su propio esfuerzo. También puede ser una maníaca sexual y, a lo mejor, al mismo tiempo que se enreda contigo está enredada con tres o cuatro más ¿quién sabe? Aquella vez casi nos peleamos. Yo no podía tolerar que Clara dijera cosas de ese tenor acerca de Isabel, a la que ni siquiera conocía personalmente. Traté de rebatirle sus argumentos y me soltó: Tú, a tus cincuenta y muchos, estás en esa crisis que describen los libros. Pero en mi pueblo, que no son tan técnicos y ponen nombres más claros, se llama estar encoñado. Ante una salida así, no tuve más remedio que decirle que estaba muy equivocada, que ella no era quién para darme lecciones, que la relación que nos unía, si es que era amistad, no iba tan lejos ni consentía esos excesos por su parte. Ella me contestó que sí, como ella creía, éramos amigos, tenía no sólo el derecho sino la obligación de decir lo que estaba diciendo. Pero que, si lo que yo quería era que me aplaudiera, pues que me aplaudía con los mismos argumentos con que otros lo harían: ¡Qué tío tan macho, el tal don Miguel, que parecía una mosca muerta, llevándose de calle a una jovencita! O con ése

otro, tan manido: ¡Mira el santurrón, qué callado se lo tenía! Seguro que no es la primera ni será la última. En cualquier caso, quedarás muy bien, porque eso de ser tan macho se aprecia en nuestra sociedad. Claro que tiene su contrapartida, la del argumento de: ¡Pues anda con el vejestorio! nunca más podrá usar sombrero... Y te digo, Emeterio, que llegó a ponerse grosera. No quedamos muy bien aquel día, como te puedes imaginar. Esa conversación, el tono y el giro que adquirió y mi dedicación a Isabel, nos distanciaron. Yo no sentía el menor deseo de hablar con Clara, porque ella ya me había amenazado con que, cada vez que nos viéramos, pensaba cantarme las cuarenta y no me iba a perdonar una. De manera que me resultaba incómodo verla y la evité todo lo que pude. No fue difícil. Yo estaba muy ocupado con mis clases y con las citas inesperadas con Isabel y se fueron pasando los meses, sin que apenas nos viéramos o nos habláramos. Sólo alguna cuestión acerca de mi dinero y de los créditos. El caso es que una mañana, bastante temprano, como a las siete o las ocho, sonó el teléfono. Era Clara. Su padre había sufrido un accidente de automóvil, estaba en coma en La Fe. Ella estaba muy alterada. No podía dejar a sus hijos aquí y marcharse sola y no se sentía con fuerzas para conducir hasta Valencia, llevando a sus hijos en el coche. Temía que era demasiado esfuerzo y que podría estar poniendo en riesgo la vida de sus hijos. Si intentaba tomar trenes o autobuses, el viaje sería excesivamente pesado y largo y no tenía la seguridad de llegar en vida de su padre. Me pedía que yo la acompañara. Así podríamos turnarnos conduciendo. Podríamos ir en mi coche y si ella tenía que quedarse, yo podría volverme tranquilamente, cuando mejor me conviniera. Si me parecía mejor usar su coche, ella no tenía inconveniente, y así yo podría volverme también a mi comodidad y más descansado, haciéndolo en tren con calma. Lo tenía todo planeado. No me estaba dejando ninguna opción. Pero yo tenía cita con Isabel. Si hubiera llamado media hora más tarde, no me habría encontrado en casa. Le dije que lo sentía, pero que no podía acompañarla, que tenía una conferencia al día siguiente en Madrid y que no podía dejar colgadas la víspera a las personas que me habían invitado. Ella me dijo: La conferencia se llama Isabel, y colgó. No me dio tiempo a intentar más explicaciones, ni a arrepentirme de haberle contado un embuste,

como primera excusa, ni por haber dudado en ayudarla. No me dio opción a proporcionarme alguna alternativa diferente... Nada. Yo llamé a su casa, pero su teléfono comunicaba constantemente. Lo estuve intentando un rato, pero se me hacía tarde para recoger a Isabel y me marché. No supe cómo se fue a Valencia hasta unos días después. Por lo que me contaron, llamó a una amiga suya y las dos se fueron a Valencia en el coche de Clara. La amiga se quedó con ella las dos semanas que el padre estuvo en coma, hasta que falleció. El día anterior al entierro, Clara me llamó, me dijo que su padre había fallecido y que lo enterraban al día siguiente. Le dije que lo sentía y ella me contestó: Te lo digo para que lo sepas, no para que vengas a acompañarme, ya sé que estás muy ocupado. Y volvió a colgar sin darme ocasión a decir nada más. Yo no tenía su teléfono de Valencia y no pude, esta vez, intentar siquiera una llamada. Yo habría ido al entierro. Te lo aseguro, Emeterio. Estaba arrepentido. Aunque en mi descargo he de decir que no podía avisar a Isabel de lo que ocurría. Ella estaba en casa de una hermana suya, en el campo, y allí no tenían teléfono. Hubiera sido darle un plantón y no sabía cuándo podría ofrecerle las excusas y las explicaciones correspondientes. En fin, Emeterio, como pasa siempre en la vida, una serie encadenada de circunstancias adversas y desgraciadas que escapan a nuestro control... Unas semanas después, yo sabía que Clara había regresado de Valencia, pero no encontraba el modo de acercarme a ella a darle el pésame y a decirle que no me lo tomara a mal, pero que las cosas habían sucedido de forma poco controlable y que yo era tan víctima como ella de las circunstancias. Andaba yo cavilando cómo me haría el encontradizo con ella y cómo iniciaría mi conversación, cuando me llegó su carta que decía:

Estimado Miguel:

Esta carta es una despedida. He conseguido el traslado que tanto ansiaba y que ahora tanto necesito. Mi madre se ha quedado sola y aunque mi hermana vive cerca, no se llevan demasiado bien como para convivir. Mi madre, por otra parte, no quiere dejar su casa. De manera que me voy allá a vivir con ella, al menos por un tiempo. Si la

convivencia nos resulta soportable, seguiré con ella. Si no es así, mi madre tiene un carácter difícil, me buscaré una casa y me iré a vivir con mis hijos, sin dejar de atender a mi madre.

No te mando mi dirección porque no deseo que me contestes a esta carta. Tú escogiste ya que mi amistad no te interesaba o sólo te interesaba muy relativamente, así que no me vas a añorar. Ahora ya tienes quien te entretenga en la vida y no me necesitas para nada.

Lamento haber creído que éramos amigos. Lo lamento porque pensé que te estaba enseñando cuáles eran los valores de la amistad, pero tú no has aprendido nada en todos estos años. Sí que sabes mucho de esas cosas extrañas que interesan sólo a unos pocos, pero de lo que es valioso en la vida tienes más bien poca idea. Un amigo es un tesoro, deberías saberlo, porque creo que lo dice la Biblia. Pero para ti la amistad es únicamente un juego de intereses. Si no es así, examina el número de tus amigos y mira si puedes jurar que a alguno de ellos te une algo más que la posibilidad de que te invite a un Congreso o te dé alguna prebenda académica.

Posiblemente, yo no era mucho para ti. Sólo una empleada de banca que te ayudó a invertir tus ahorros y, alguna vez, te dio algún consejo valioso o te regañó por tus malos hábitos. Eso sí, con todo el cariño del mundo y con la intención de que no desperdiciaras tus talentos en empresas inútiles o los malgastaras con quien no los merecía.

Tú has sido, sin contar a Joaquín, después de mis hijos y de mi pobre Carlos, una de las personas a las que yo más he querido y por la que más me he preocupado. Te veía siempre tan infeliz, tan descolocado en el mundo, anhelando cosas que creías que todo el mundo tenía menos tú, que no podías menos que moverme a compasión. Pero no era sólo lástima, era cariño de verdad. Yo sabía que detrás de esa fachada de hombre ilustre, había un pobre niño perdido que necesitaba una madre que casi no tuvo. Que anhelaba una hermana que, aunque te quiera, no se dio nunca cuenta de lo que te

pasaba, porque tú no se lo diste nunca a ver. Que buscaba una amiga que nunca supo ganarse, porque siempre se enredó en amoríos y que añoraba una esposa a la que nunca supo conquistar, porque no era «prudente» o «conveniente» o las «circunstancias no lo permitían o aconsejaban».

Creí desempeñar un poco cada uno de esos papeles y, además, estar mostrándote el camino para alcanzar todos esos bienes que creías te faltaban. Probablemente me equivoqué. Yo no podía ser todas esas cosas a la vez. Posiblemente, no podía ser ninguna de ellas.

Tú no tienes falta de amigos, de novia o de familia porque los demás no te quieran. Tienes falta de todo eso porque no te quieres a ti mismo. Nunca te has querido. Nunca te has hecho responsable de ti mismo. Le echaste la culpa de todas tus desgracias a tu madre por mandarte lejos de ella. Le echaste la culpa a tu obispo por mandarte a estudiar una cosa que no querías. Le echaste la culpa a todo el mundo de todo lo que te pasaba y, cuando ya se te acabó a quién echarle las culpas, se las empezaste a colgar a las circunstancias. Ésas no protestan y no se quejan de que las acusen injustamente. En vez de ponerte a la búsqueda de tus propias soluciones, te empeñaste en que el tiempo todo lo arregla. Por más que te lo dije, nunca me hiciste caso. En fin. Esto sí que es tiempo perdido en una causa desde el principio inútil.

Por eso te irritabas tanto cuando yo te decía que el tiempo sólo nos hace más viejos y que las circunstancias nos las fabricamos nosotros. Pero, o no lo comprendí o no quise comprenderlo, porque mi cariño hacia ti me hacía siempre disculparte. Pensaba que era una forma de establecer un diálogo y aparentar una disputa, para tener una conversación y no darnos la razón mutuamente. Casi me convencí de ello, cuando me di cuenta de que repetías mis frases y adoptabas mis giros. Creí que entendías qué te estaba diciendo. Pero, simplemente, me imitabas. Cuando empezaste a salir con Isabel, yo me di cuenta de que algo pasaba, antes de que me lo dijeras, porque cambiaste de lenguaje.

Empleabas expresiones que yo jamás te había oído pronunciar. Ahora sé que eran de ella. La copiabas a ella, te mimetizabas con ella, como te habías mimetizado conmigo.

No eras mi amigo. Eras una especie de espejo que refleja siempre el rostro del que se asoma a él. Una vez te dije que parecías no tener vida propia y que yo no era capaz de entenderlo. Eras un hombre con dinero, con una profesión, con familia, con amigos y conocidos, respetado y admirado por colegas y estudiantes y, además, tenías una buena amiga que era yo, al menos eso creía. Sin embargo, siempre estabas insatisfecho. Yo te recriminaba por ello y te decía que no tentaras al cielo, que habías tenido mucha suerte en la vida y que fueras agradecido.

No lo entendí. No entendía que tú sentías que el mundo estaba en deuda contigo. Como un niño pequeño al que le quitan un juguete y nunca más se lo devuelven. Podrá tener todo lo que quiera en la vida, pero siempre la vida estará en deuda con él.

No sé si viste alguna vez, porque no eres muy amante del cine, la película «Ciudadano Kane». Pues a ti te ocurre lo mismo que al protagonista. A aquel hombre, cuando era niño, alguien le quitó su trineo, que llevaba escrito el nombre Rosebud. Nada de lo que consiguió en la vida, y llegó a ser un hombre influyente, rico, poderoso y al que amaban las mujeres, le compensó por la pérdida de su trineo y se murió diciendo eso: Rosebud.

Por eso tú esperabas que yo, tus colegas, tus maestros, todo el mundo, te devolviéramos tu trineo, en lugar de asumir que la niñez se pierde, que los juguetes nunca se recuperan y que hay que hacerse mayor. Pero mayor por dentro, y eso supone aceptar y renunciar, elegir y rechazar, responsabilizarse, saber tomar y saber darse. No sé si lo aprenderás alguna vez. Yo me voy con la pena de no haber sabido transmitirte este mensaje. Pero ya renunció a intentarlo más. Ojalá encuentres quien te lo enseñe. Aunque dudo que nadie lo logre, si tú no lo aprendes por ti mismo. Si no aprendes a tomar de la vida cada soplo que te dé como el mejor que podría darte, estarás perdido para siempre. No esperes que el tiempo o las circunstancias o alguien te lo traiga. Sal y pelea. Si ganas, lo ganarás

todo, y si pierdes, ganarás la satisfacción de haber peleado.

Siempre guardaré en mi corazón un rincón para ti, que nadie podrá llenar. Para poder guardarlo, mientras tú sigues llorando por tu trineo, me voy y te digo adiós.

También me voy, porque quiero estar más cerca de Joaquín, ahora que se ha ido. Sé que su alma revoloteará por encima de las olas del Mediterráneo, hasta el día del Juicio Final.

Cuando yo me muera, me uniré a él para revolotear juntos sobre ese mar que es para mí la vida entera.

He aprendido mucho a tu lado de cosas inútiles que para nada sirven, pero que quedan muy bien para decirlas en una reunión social. Mi conversación ha mejorado mucho.

También he aprendido muchas cosas de ti que tú no sabes que me has enseñado. Por ejemplo, me has enseñado que no se debe ser como tú si se quiere vivir y ganar la vida.

Adiós, Miguel. Adiós.

Emeterio. Emeterio. ¿No te habrás dormido? ¿Qué haces con los ojos cerrados? ¿No es una carta terrible e injusta? Yo entiendo que ella estuviera dolida porque me dedicara a Isabel en lugar de a ella. Entiendo que quizá debería haberla acompañado a Valencia, cuando el accidente de su padre. Pero tampoco era prudente que me marchara con ella y con sus hijos, aunque los muchachos me conocían y me apreciaban. Pero fue mejor que se fuera con su amiga. Era más correcto. Aunque yo no hubiera tenido la cita con Isabel, me parece que hubiera resultado muy llamativo que fuera precisamente yo quien apareciera en Valencia acompañándola. ¿Cómo justificar una relación tan estrecha para escogerme precisamente a mí, en lugar de a cualquier amiga suya? En fin. Lo que sí estuvo mal es que a su regreso yo no fuera a visitarla, a pasar una tarde con ella, a presentarle mis condolencias y a acompañarla. Si era preciso, yo estaba dispuesto a pedir excusas, ya te lo he dicho. Pero, me dio no sé qué. Dejé pasar los días tontamente. En el fondo, yo soy tímido. Nunca he sabido cómo comportarme en situaciones comprometidas. He tenido suerte en eso, porque me he visto en pocas y las he resuelto como

mejor he podido, pero siempre con una gran duda sobre si habría hecho lo conveniente o sobre cómo podría interpretarse mi actitud. Recuerdo que, en un Congreso, tuve un altercado con un colega, muy impertinente, por cierto. Luego, aunque otros colegas me dijeron que había estado muy bien al no replicar a sus improcedentes palabras, yo, la verdad, es que tenía tal madeja de cosas en la cabeza, que hubiera querido decirle y que fui incapaz de articular, que me alegré de que lo interpretaran como indiferencia por mi parte o como un modo premeditado de actuación. Sin embargo, te aseguro que soñé muchas veces con aquel incidente y me veía a mí mismo en el sueño como un enanito, frente a aquel grandullón que me avasallaba. Luego, en el sueño, yo crecía y crecía, mientras él se volvía pequeñito. Pero, al final del sueño, cuando yo era mucho más grande y levantaba la mano para darle un sopapo, entonces, empezaba a menguar y unas carcajadas burlonas estallaban a mis espaldas. Te aseguro que este sueño se me repitió varias veces y siempre me desperté con gran angustia. Bueno, Emeterio, me estoy yendo del tema. Yo lo que quería decirte es que estaba yo dispuesto ya a presentarle mis excusas a Clara y a tratar de poner otra vez en su lugar nuestra amistad, dándole el espacio que le correspondía en mi vida, cuando me llegó esta terrible carta. ¿No sé si te has dado cuenta de que ella creía que yo culpaba a mi madre y a todo el mundo de mis desgracias y carencias en la vida? ¡Por Dios! ¡qué idea tan peregrina! Yo jamás le reproché nada a mi madre. La pobre, bastante hizo por nosotros. Además, yo traté siempre de ayudarla y defenderla, lo mismo que a Desamparados. No como mi hermano. Ése, que no tenía motivos, porque la Guardia Civil no es la Iglesia, sí que la abandonó e hizo siempre lo que le dio la gana, sin la menor consideración. Yo no. Yo me porté siempre bien con mi madre y nada tengo ni tenía que reprocharle. Por otra parte, ¿qué podría yo echarle en cara a mi obispo, si siempre me dejó hacer lo que yo quería? Además, la Iglesia me dió una formación, una posibilidad extraordinaria de viajar al extranjero, cuando aquí en este país, rodeado de mar por todas partes, había mucha gente de mi pueblo que jamás lo había visto y que se murió sin verlo. Yo aprendí idiomas, que me han servido de mucho y me han abierto grandes oportunidades profesionales, gracias a la Iglesia. Yo conservo muy buenas relaciones con altos

cargos eclesiásticos. Mira, Emeterio, no es por darme pote, pero yo estaba bien considerado y si no llega a ser por lo que fue, por tener que abandonar Roma precipitadamente a causa de los líos que montó mi hermano y de la muerte de mi madre, yo habría seguido allí, tan a gusto, y no te exagero, pero hubiera tenido muchas posibilidades de llegar a obispo. Clara no entendió muchas de las cosas que yo le había confiado. Te lo aseguro. Esa afirmación de que no tengo amigos, no sé de dónde la sacaba. Dentro de la Iglesia, conservo bastantes. Entre los colegas, soy apreciado, ella misma lo dice ¿No ves que se contradice? ¿Cómo puede decir que no tengo amigos? Céspedes, por ejemplo. ¿Es que Céspedes no es un amigo? No es sólo el médico que me atiende. Es un amigo y de los buenos. Yo le aprecio. Incluso Salustio. A ese muchacho yo también le aprecio. Eugenio me ha caído bien y eso que acabo de conocerle. ¿Te he hablado yo algo malo de Eugenio? ¿No te dije que vino Germán a verme, porque me recordaba como su maestro? ¡Hombre! yo creo que sí tengo amigos y gente que me valora. Hasta Rufino me quiere, a su manera, pero me quiere. ¿Que Clara no dice eso? ¿Pues, qué dice? Yo claro que quiero a la gente. A Reme, por ejemplo. ¿Que dudaba de su honradez hace nada y que si se quiere a alguien no se duda de él? No, hombre. No me entendiste. Lo que yo te decía es que Reme es poco menos que analfabeta y que no puedo dejar mis intereses en manos de una persona iletrada. Que era hora de que me volviera a hacer cargo de mis asuntos. Es mi obligación y, además, ya estoy mejor y me puedo poner a ello... Emeterio, a veces entiendes las cosas como te da la gana. Mira, Emeterio, yo lo que creo es que esta carta es producto de un enfado, mezclado con la tristeza por la muerte de Joaquín. Cosa muy natural. Es una carta escrita en muy malas circunstancias. Pero su enfado se parece mucho a los celos. Es cierto que ella tenía muchas amistades y salía mucho. Hacía vida social, mucha más que yo. Pero también es cierto que ella decía que conmigo lo pasaba mejor que con nadie. Que nunca había tenido una compañía como la mía. Yo, cuando empecé a salir con Isabel, ya no la llamaba con tanta frecuencia y no hacía por quedar con ella, como te dije, porque con Isabel nunca se sabía cuáles serían los planes. Yo creo que estaba algo celosa por eso. Se sentía un poco desplazada. Pero eso es normal. Ella debería saberlo, porque

había estado casada. Una relación de amistad no puede ser tan absorbente como un noviazgo o una relación de pareja ¿no crees? No me vengas con lo de Victoria y con que actué de la misma manera, con ocultaciones y mentiras. No. Aquello fue un episodio sin importancia. Nada en mi vida. No afectó a la relación con Clara en lo más mínimo, al menos por mi parte. ¿Ella se sintió traicionada en la confianza? Mira lo que te digo, las mujeres son muy especiales y susceptibles. Aquello fue flor de un día, como se dice. Una especie de chifladura momentánea que duró el tiempo de un suspiro. Antes de empezar se había acabado. ¿Qué había yo de contarle? ¿Que, como si fuera un crío, me había dejado arrastrar por una especie de fascinación momentánea, que se terminó casi antes de iniciada? ¿Para que creyera que yo era poco serio? No. Si hubiera habido algo en firme, si hubiera habido un futuro más o menos previsible, sí que le habría contado... Con Isabel pasó un poco lo mismo. Yo le veía posibilidades, pero ninguna muy definida ni inmediata. ¿Qué le iba a decir? Lo único que podía contarle era algo que a ella seguro la irritaba; que las relaciones se construyen poco a poco, que yo no tenía un plan preconcebido, que se iría viendo cómo se desenvolvía, que todo estaba en manos de las circunstancias, que las cosas necesitan tiempo... Ella hubiera discutido conmigo, de seguro. Me habría dicho que a mi edad yo tenía que saber qué esperaba de la vida y qué quería y no estar esperando el Santo Advenimiento. Ella empleaba mucho esa expresión... En fin. No vamos a discutir más de este asunto. Estoy muy cansado. Lo importante es que en su carta dice que guardará siempre su afecto por mí en su corazón. Que yo tengo un lugar en su vida y en su cariño. Bien. Pues voy a intentar recuperar ese lugar ¿qué de malo hay en ello? ¿Que ahora no tengo a nadie y otra vez busco que alguien me solucione las cosas y me devuelva el trineo? Emeterio, pareces Clara. No escuchas o no quieres entender lo que yo te digo. Siempre te pones de parte de los demás. De Reme, de Rufino, de Salustio, de Clara, del que sea. Oye, yo te he inventado para que me hagas caso, para que me ayudes a pensar y me digas qué es lo mejor que puedo decir en esa carta que le voy a escribir a Clara, en cuanto localice su dirección. Yo creo que si apelo al afecto que decía tener por mí, si añado que yo también lo compartía, aunque no supiera responder como ella esperaba, la cosa

puede ir bien. Bueno, vamos a dejarlo por ahora. Estoy cansadísimo y tú con esa cara de palo no me ayudas nada a encontrar las mejores expresiones y las más convincentes. Así que voy a llamar a Reme para que me traiga la cena y me voy a ir a la cama. Hasta mañana, Emeterio, que descanses. ¡Reme, Reme!

XVIII

¿Qué haces aquí, Emeterio, te has vuelto loco? ¿Es que no sabes qué hora es? No creo que hayan dado las cuatro de la mañana. Creo haberte dicho que estaba cansado después de tantas emociones y novedades. Además, ¿cómo he de explicarte que soy yo quien te llama, quien te inventa y pone las palabras en tu boca? ¿Que eso se ha acabado? ¿que tienes cosas que decir y no piensas callarte? Está bien, suéltalo, pues. Di lo que tengas que decir y márchate a dormir. ¿Que mi madre me puso muy bien el nombre? Emeterio, tú estás como una cabra y ¿para una cuestión tan solemne me despiertas de madrugada? Ya sé que Miguel es el arcángel de la espada, el que echó a Luzbel del cielo, cuando se rebeló por orgullo y ¿qué tiene eso que ver conmigo? Sí, ya sé, que como ésa es la tradición, nada impide pensar que también fuera él el que expulsara a Adán y Eva del Paraíso. Insisto, Emeterio, no son horas de hacer un cursillo de angelología, ¿adónde quieres ir a parar? ¿Estoy habitado por el espíritu del arcángel San Miguel cuyo nombre llevo? Cada vez te entiendo menos. Explícate de una pajolera vez... Mira, Miguel, es como si tú fueras dos personas a la vez. Una persona que habitaba el Paraíso, junto con su Eva, pero ni siquiera era capaz de caer en la tentación y dejarse llevar por los encantos evidentes de ella. Sin embargo, como un imbécil, se dejó arrastrar por las más que dudosas gracias de una Lilith, que, como sabrás, suplantó a Eva. En el momento en que estabas a punto, tú en la figura de Adán, de comprender que la mujer de tu vida era Clara, salió de dentro de ti el ángel de la espada flamígera, te expulsó del Paraíso, te arrojó a los brazos de Lilith, y eso, por si fuera poco, se repitió dos veces, si no fueron más. ¿Te acuerdas de los versos de Ungaretti? ¡Vaya, Emeterio, ahora me vas a resultar ilustrado y conocedor de la poesía! No me interrumpas, Miguel, recuerda los versos y piensa si, cuando estás sentado ante el ventanal, mirando cómo se encienden o

apagan los ojos de las calaveras, no eres tú mismo el personaje del que habla el poeta, cuando dice:

*Cuando apagada toda luz
no veo ya sino mis pensamientos,
una Eva me pone ante los ojos
la telaraña
de los paraísos perdidos.*

Esa Eva a la que dejaste ir, por eso que tú llamas «prudencia» y que no es otra cosa que miedo, ésa era Clara. Cada vez que estabas a punto de ganarte definitivamente el Paraíso, salía el Miguel de la espada, que llevas dentro, y te echaba de allí, lanzándote a correr detrás de las primeras faldas que se te ponían a tiro. Eso es lo que hacías. Casi te diría que eres tres personas, un Adán que no supo disfrutar de su Paraíso, un ángel Miguel, que echó a Adán por cobarde y un Caín que mató a Abel, por envidia y, en el fondo, por miedo de no ser del todo aceptado. Emeterio, te me estás liando con el Génesis. Lo de Adán, pase, lo de Miguel con la espada, tiene su aquél, pero ya lo de Caín y Abel me supera. Sí, Miguel, parece mentira que seas un experto en interpretar mitos de lo más raro, de culturas que no son la nuestra y de las que nos separan cientos de miles de años... ¡No exageres! unos pocos miles sólo... Bueno, da igual. Lo que te digo es que eres capaz de sacarle punta a las cosas más abstrusas y no eres capaz de darte cuenta de lo que tienes entre las manos. Tú eres Caín, porque si no eras capaz de superar el miedo a comprometerte con tu Eva y quedarte con ella en el Paraíso, bueno, es comprensible, todos hemos sido cobardes alguna vez para llevar a término nuestros más hondos deseos, sin embargo, hubieras podido tener en ella una amiga para toda la vida, una hermana. Pero ahí también te pudo el miedo. Miedo a que su forma de entender la vida, su sentido de la entrega y el compromiso siempre fueran más hondos que el tuyo, siquiera en el trato de amistad. Ella era capaz de entregarlo todo y esperaba recibir sólo lo que fueras capaz de darle. No pedía nada y tú no te enteraste. Tuviste miedo, pensaste que su sacrificio humeaba hacia el cielo y el tuyo arrastraba su

nube negra por la faz de la tierra. La mataste para que nunca fuera competidora tuya. La aniquilaste. Fuiste su Caín. Ella ha sido la única mujer en tu vida que te ha tratado como a una persona. Tú deberías haberte dado cuenta antes. Como debiste darte cuenta de lo que ella te decía. ¿Qué hacías en la Iglesia y corriendo tras las faldas de Hannah, que, además, por si faltaba algo, te recordaba a tu madre? Por eso te decía ella que pensabas en la mona de Pascua. Era muy inteligente esa mujer y te habría hecho mucho bien quedarte a su lado y aprender de ella, en lugar de salir corriendo detrás de la primera que pasara. Isabel te abandonó, no porque fuera muy buena madre y estuviera muy preocupada por lo que sus amoríos les deparasen a sus hijos, ya había tenido otros líos amorosos antes y sus hijos no fueron un obstáculo. De hecho, se casó muy poco después de dejarte. Cambiar de marido o de hombre para ella no era un problema, ni sus hijos contaban en ese asunto. Te dejó porque no quería cargar con un enfermo y se vio venir este presente que tienes. Mírate, hablando, en medio de la noche, con un fantasma que en vida ni siquiera fue amigo tuyo y que ahora cobra voz propia para decirte lo que nunca has querido oír, lo que siempre has esquivado contarte a ti mismo. Tu madre te falló, pero no podía hacer otra cosa y tú lo sabes. Nunca se lo perdonaste y en todas las mujeres has buscado vengarte de ella. La que más se parecía era Clara, pero ella no cayó en el engaño de hacerte sólo de madre. Ella pretendió tratarte como a un igual y tú no pudiste afrontarlo. Miguel, sacaste la espada de fuego y la echaste de tu vida, sin darte cuenta de que tú mismo te arrojabas a las tinieblas exteriores. Cuando te pidió ayuda, la única vez que te pidió ayuda; la ayuda que se pide a un hermano frente a la muerte de un hombre al que ella quería por encima de todo, tú la abandonaste. Tú la mataste. Mataste en ella toda posibilidad de considerarte su amigo y su hermano y lo dice bien claro en su carta. Si se hubiera quedado junto a ti, habría tenido que escupirte a la cara en cada encuentro. Ella no podía permitirse una cosa así, ni tomar venganza. ¿Cómo vengarse de aquél a quien se considera un igual y un hermano? No podía ayudarte, porque tú no entendías nada de nada y por eso y por la memoria de su padre, cuyo rostro ella podía aún ver sobre las olas del mar, se marchó. Ella sabía que mirar al mar y su inmensidad la consolaría de dos pérdidas tan crueles

que se dieron la mano en tan poco tiempo. Te estaría bien empleado que ella ahora te respondiera que ya es muy tarde. Además, eres tan egoísta que ni siquiera se te ha ocurrido pensar que ella pueda haber muerto, que ella pueda haberse casado con otro, que ella esté enferma o cualquier otra cosa que le haga imposible del todo contestar a tu carta. Tú sólo piensas en ti, en lo que ahora necesitas. Empiezas a darte cuenta de lo que has perdido y quieres recuperarlo. ¿Crees que ella ha estado todos estos años en una vitrina esperando que llegue el príncipe a despertarla de su sueño mágico con un beso de amor y reconciliación? Emeterio, te pasas de la Biblia a Blancanieves sin darte cuenta. Emeterio, desvarías. Cállate, Miguel, que aún no he acabado. ¿Sabes lo que te digo? pues simplemente que dudo de que tengas el valor y la nobleza de escribirle esa tan cacareada carta, diciéndole lo que deberías haberle dicho hace años. Dudo de que superes tu miedo y tu cobardía y la busques en serio para pedirle perdón por no haber aprendido todo lo que ella quiso enseñarte. No quiso enseñarte otra cosa que a ser un hombre. Mejor dicho, quiso que aprendieras a ser persona. Bastante ha debido sufrir ella con su fracaso, porque su cariño hacia ti era de los buenos. Eres una pesadilla, Emeterio. Estoy soñando. Vete de mi vista. Desaparece. No estoy despierto. Sueño y es un sueño desagradable. Las albóndigas de Reme me caen siempre mal. Además no me gustan. Mira que se lo he dicho veces. Pues ¡hala! albóndigas y de noche, para que me den malos sueños. Me pondré otra vez del lado derecho a ver si cojo el sueño. Mañana le escribiré a Clara. Al menos me pondré a ello, hasta que consiga la dirección y pueda mandarle la carta. He de pensarla muy bien. No vaya a ser que ella entienda algo impropio y no sirva de nada este esfuerzo. ¡Qué sueño tan desagradable! Miguel, el de la espada flamígera... ¡Qué malas pasadas nos juega la imaginación! Debe ser que como he vuelto a repasar las fichas de los mitos con Eugenio... Sí, eso debe ser, y las albóndigas...

XIX

Sí, *Sentimiento del tiempo*. Aquí están los versos de Ungaretti. Es curioso. Hacía años que no tocaba este libro. ¡Por favor, qué sueño tan extraño! Emeterio recitándome a Ungaretti. Qué juegos gasta la mente... Y el follón que se montó con los ángeles y Caín. Tengo que consultar con Mariano. A lo mejor me he precipitado con lo de ponerme a trabajar tan pronto. A un cerebro lesionado hay que tratarlo con mucho cuidado, con mimo. No se lo puede someter a esfuerzos. Bien, Eugenio no va a venir más que dos días por semana. Si veo que eso me fatiga y vuelvo a tener pesadillas de este tipo, tendré que espaciar un poco más las sesiones de trabajo. No vaya yo a tener una recaída. Además, sería tonto hacer algo así, ahora que me encuentro mejor y con ánimos. La verdad es que el poema es impresionante. No cabe duda. Esa sensación de soledad infinita, cuando llega la oscuridad, sí que la he sentido. En esos momentos, era cuando el rostro de Clara se me aparecía sobre los cristales del balcón. Eso es cierto. Esa Eva que pone como una tela de araña tenue, ante los ojos, la imagen borrosa de un tiempo perdido, de un paraíso lejano y quién sabe si recuperable... Recuerdo que me aterró el día que sentí cómo se alejaba de mi memoria el rostro de Clara. Recuerdo haberle pedido a Dios que no me dejara olvidar su cara... Sí, fue un ruego un poco desesperado. El ruego de alguien que necesita vehementemente un rostro amigo que recordar y en quien acompañarse... ¡Dios mío! ¿tendrá razón mi fantasma? No debo dejarme llevar de la melancolía. No. Ahora no. Esto son fantasías y malos sueños. Seguro que fueron las albóndigas. Son indigestas y, además, no me gustan. Siempre las como con prevención. He de avisarle a Reme que no me haga más. Definitivamente no me gustan y me sientan mal. Aunque, podría yo preguntarme por qué me he levantado esta

mañana como empujado por una mano misteriosa y me he venido derecho a buscar el libro de Ungaretti... Hombre, el sueño no dejaba de ser impresionante, eso es cierto. En fin, qué se yo lo que significan los sueños. Tal vez no sean si no desvaríos de un cerebro que, mal que me pese, es una máquina deficiente. Lo mismo que me ha dejado la mano y la pierna secas, me habrá dejado otras señales más imperceptibles y que se manifiestan así. ¿No lloraba yo sin saber la razón? Esto es lo mismo. La de pesadillas que tuve en el hospital. Todas ellas absurdas y sin relación alguna con nada... También es cierto que pensé, en su momento y más de una vez, que este juego de inventarme a Emeterio podría llevarme a una cierta locura. No sé. Tal vez me he excedido en el juego. Total, el otro día, le leía la carta de Clara y casi podía ver su cara y su expresión según yo iba desgranando las palabras. Era como si Emeterio se hubiera materializado. También de niño, cuando imaginaba cosas, las podía ver. Era como si estuvieran allí. Tanto es así que a veces me costaba reconocer el lugar dónde me encontraba. Pero eso son cosas que les pasan a las mentes infantiles. En fin, hay que reconocer que, por una parte, la mente es poderosa; la de cosas que puede uno imaginar y casi ver o ver del todo. Pero, por otra parte, la imaginación también sigue sus propios caminos y nos lleva por donde no queremos. Eso debe haber sido; un exceso de imaginación. Debo concentrarme más en hablar con Mariano, con Eugenio, con Salustio, incluso con Reme. Debo mantener más conversaciones con gente de verdad, si no, terminaré por hablarle a las paredes, creyendo que me responden. He estado esperando, casi obsesivamente, los momentos de soledad, los instantes en que no anduviera nadie por la casa para hablar con Emeterio. También es cierto que era la forma de contarle a alguien mi vida, de desahogarme. No se la voy a contar a Reme o a Salustio. No tengo confianza con ellos ni debo darles esas confianzas. Todo esto es muy íntimo. Claro que podría contárselo a Céspedes. Después de todo él es el médico. Debe conocer lo que pasa por mi cerebro. A lo mejor tiene que ver con una falta de riego y, simplemente, con una medicación adecuada, se pasan estos síntomas y no vuelvo a tener necesidad de confesarme con un fantasma. No sé. Creo que esto es también un desvarío. Todo empezó porque yo tenía que hacer ejercicios mentales y empeñarme en alguna tarea

ordenada. Qué mejor que contar mi vida. La verdad es que tampoco le he contado mi vida a Emeterio. Sólo algunos episodios. Tal vez fue por el miedo de que se me borrara la imagen de Clara. Recuperando la parte de mi vida que tenía relación con ella, aunque esas relaciones fueran tan encontradas, trataba yo, tal vez, de retener su imagen y su recuerdo. ¿Quién sabe? Me da por pensar ahora que quizá, a pesar de las muchas cosas que he hecho en la vida, algunas muy serias y notables, mi relación con Clara es lo más importante y duradero que ha habido en ella. Ella era mi amiga, de eso no cabe duda. Tenía razón Emeterio. Bueno, en el sueño. No me cuesta trabajo aceptar que ésa ha sido la relación más importante que he tenido en mi vida con alguien y además que era preciosa. Eso es cierto. La relación era muy hermosa y ella también lo era. No porque fuera guapa. No. Pero estaba llena de vida y de expresión. Su cara cambiaba por segundos. Sus cejas, la arruguita de su cara... ¡Dios mío! ¡qué hermosura! Era ese no sé qué que algunas personas llevan dentro. Y, cuando me miraba... A veces había tanto amor en su mirada... Tanto respeto y admiración... Era reconfortante. Más de una vez, bajo una de aquellas miradas, yo me llegué a sentir el hombre más poderoso de la tierra, el más fuerte y el más sabio. Nunca nadie me miró así jamás. Ni antes de ella, ni después. Isabel no me miraba así. No. La suya no era una mirada que saliera de dentro. Era otra cosa. Era una mirada que venía hacia mí, directa, como una lanza, como a envolverme y apresarme. Era una mirada que me empujaba hacia ella, me hacía arder en deseos, pero no me hacía sentir pleno y dueño de todo. Seguía sintiendo que algo me faltaba. Entonces era cuando me entraban ganas de hacerle el amor. Con Clara no. No me pasaba eso. La deseaba, sí, a veces. Pero cuando me miraba con aquellos ojos especiales que ponía en ocasiones, yo me sentía colmado. No necesitaba nada más. Ella estaba allí mirándome y yo ya lo poseía todo. A ella y al universo entero... No se puede leer a los poetas, se pone uno cursi y a decir tonterías. En fin. Ahora vendrá Salustio. Es la hora de la gimnasia. Hablaré con él de cualquier cosa. Es mejor hablar con personas reales que con seres imaginarios. Claro que a Salustio lo sacas de su Ludi y de los planes que tienen juntos y se acabó la conversación. Bueno, está el otro tema, el del fútbol y ése sí que ya no lo aguanto. Es curioso. A Clara le gustaba el

fútbol. Estaba enteradísima de las alineaciones de los equipos, de los entrenadores y los fichajes. Decía que era por sus hijos, pero yo creo que a ella le gustaba de verdad. Sí, le gustaba. Alguna vez vimos un partido juntos en la televisión, en su casa, y gritaba y aplaudía y daba respingos en las jugadas arriesgadas o peligrosas... Una vez me dijo que se sentía un poco avergonzada porque prefería el Barça al Valencia. Claro que ella le echaba la culpa a Joaquín, él siempre había sido del Barça. También es cierto que su padre le confesó que se había hecho del Barça, porque le pillaba cerca y porque eso molestaba mucho a uno de sus cuñados, un hermano de su madre, que era un aficionado intransigente y fanático. ¡Qué cosas! ¡Cómo se nos construyen las aficiones! Yo no jugaba mal, cuando era niño. Era zurdo. ¡Qué ironía! Ahora tengo esa pierna seca. Pero cuando me dieron las fiebres, me dejaron sin jugar todo un año y luego estaba tan desentrenado que hacía el ridículo entre mis compañeros. Allí se me acabó la afición; cuando quisieron mandarme a jugar con el equipo de los del curso inferior. Menos mal que entré en el coro y la afición por el canto me alivió la decepción del fútbol. En fin, las circunstancias que lo marcan a uno sin saber por qué. Pero estoy desvariando. Cuando hablo con Emeterio la cosa es más ordenada. En fin, tengo que seguir el plan que me he propuesto. Hablaré de cualquier cosa con Salustio, de lo que sea y dejaré unos días descansar a Emeterio. A ver qué pasa con las pesadillas y si se me serena un poco el espíritu.

XX

He salido con Eugenio a la calle. He salido a pie. Casi se me saltan las lágrimas de la emoción. Desde que salí con Rufino y Desamparados, no había vuelto a verme en la calle. Aquello fue diferente. Salimos en coche y aunque anduve un rato, no fue lo mismo. Ese muchacho, Eugenio, es un gran tipo. Ya me lo pareció desde el primer día. Le comenté que, tras la sesión de trabajo, había tenido extrañas pesadillas nocturnas, en las que se me mezclaban los mitos bíblicos con los cuentos infantiles y él, que es de veras avisado, me replicó don Miguel, eso es la falta de costumbre. LLevaba usted mucho tiempo ocioso, no por falta de ganas ni de cosas que hacer, sino porque no era conveniente para su salud y, de pronto, nos pegamos toda una mañana casi de tarea... Es normal. Es como si le hubieran dado agujetas. Mucho tiempo parado y de repente una carrerita y luego no puede uno mover las piernas de lo que le duelen. Mire, a mí también me pasa. No es una cuestión de enfermedad. Claro que no digo yo que no le consulte a don Mariano, pero para mí que es simplemente fatiga mental por estar desentrenado. A mí, ya le digo, me pasa lo mismo. En épocas de exámenes, me ponía tan nervioso, metía tantas horas, que por las noches soñaba con los temas que había estudiado, pero mezclándolos todos. Recuerdo una vez, cuando estaba en Primero, que tenía juntos un examen de Filosofía y otro de Historia. Bueno, pues, por la noche, Felipe II y Enrique de Trastámara sostenían una discusión filosófica en la que uno era Platón y el otro Kant, ¿se imagina? Me levanté sudando, con un lío en la cabeza de mil pares de demonios y con la sensación de que iba a llegar al examen y a mezclarlo todo. Luego, por suerte, no fue así y me salieron bien. Mejor la Historia que la Filosofía, porque a mí las cosas abstractas nunca se me han dado bien. De manera que tomé la decisión

de no estudiar nunca el día antes del examen. Desde entonces, siempre que he tenido que examinarme o entregar un trabajo o algo así, lo programo para acabar dos días antes o por lo menos con un día de anticipación y, la víspera, me voy al cine, a la bolera, a dar una vuelta con los amigos o a jugar al fútbol. Lo que sea, menos el repaso del último minuto. Tengo la impresión de que lo de su pesadilla es un poco lo mismo. Así que, en cuanto usted note el primer síntoma de fatiga, lo dejamos y nos vamos a dar una vuelta. Hace mucho que no sale a la calle y yo creo que conmigo, del brazo o con un bastón, usted podría manejarse muy bien. Nos damos un paseo, y si es hora, nos tomamos algo. También eso se puede hacer poco a poco y sin echar carreras. Media horita, un día, tres cuartos, otro, y así. Con calma. Sin agobios. Como un entrenamiento. Si usted tiene dudas, pregúntele al doctor Céspedes, pero yo creo que le sentará de perlas. No hacía falta preguntarle a nadie. Yo también estaba convencido de eso. Además, en mi propósito de estar en contacto con la realidad, el salir a la calle y ver pasar a la gente y la vuelta a entrar en contacto con la vida real, me parecieron esenciales. De pronto, recordé lo que decía Clara; hay que fijarse en lo que pasa alrededor. En lo que les dicen las madres a sus niños por la calle. Ese podría ser un buen ejercicio. Sentado en un banco, escuchar la conversación de los jubilados o entrar en un bar y entretenerme con la charla de los parroquianos... Eugenio había tenido una buena idea y la pusimos en práctica ese mismo día. Cuando le dije a Reme que me iba a dar un paseo, una vuelta como dice Eugenio, se quedó con la boca abierta por la sorpresa. Tal cara puso, que me salió del alma una frase de Clara: Cierra la boca, Reme, que te vas a tragar una mosca. Reme se rio y me hizo una especie de guiño. Ella estaba contenta de verme animado. Sí es verdad que me aprecia. Después de recomendarme que tuviera cuidado, se fue pasillo adelante, camino de la cocina, murmurando algo que me pareció que sonaba como: Vuelven los buenos tiempos. No sé si fue eso lo que dijo, pero sí era lo que yo deseaba. Además, si el experimento de salir a la calle, daba resultados positivos, no cabe duda de que me serviría como experiencia para arriesgarme a hacerlo solo. Porque, en el fondo de todo, estaba mi intención de llegarme al Banco y averiguar la dirección de Clara. Éste podía ser el primer paso que me

acercara a ese objetivo. Tras el paseo, que, por cierto, ha sido largo y agradable. Estoy tan animado que he empezado a hacer planes. Ya sé que un poco parecidos a los de la lechera. Sólo tengo un cantarito, pero ya estaba pensando que si da resultado, si consigo la dirección de Clara, si le mando la carta, si voy este verano a visitarla... Tengo también algo más de dos meses para hacerme con el manejo del coche... Pues, eso, que si la visito y ella me acepta de nuevo como amigo, no sería ninguna locura pedir el retiro definitivo, vender esta casa y marcharme a Valencia a vivir cerca de ella. Contemplaríamos el mar juntos... Esto ya entra dentro de las fantasías. Pero ¿por qué no? Cosas más difíciles ocurren y se cumplen. Bueno, a lo que yo iba. Sé que esto es un plan que por ahora puede parecer descabellado, pero, no sería ninguna tontería. Éste es un clima inhóspito, muy duro para las personas mayores y delicadas. Aunque me mejorara, durante el invierno es difícil salir a la calle por el frío y la humedad. En cambio, Valencia tiene un clima más templado, aunque sea también húmedo. Hay más días de sol. En fin, que es más adecuado. Clara lo decía; si no consigo el traslado ahora, cuando me jubile me largo para allá. Yo no quiero pasarme el resto de mis días, si es que vivo, lejos del mar. Por otra parte, yo, si me jubilo, no voy a meterme en San Martín. Eso sería como irme a la tumba directamente. ¿Con quién voy yo a hablar en aquel pueblo? ¿Con el cura, con el maestro, con Urbano? ¡Vaya un panorama! En cambio, con Clara, sí que se puede mantener una conversación. Al final, habré de darle la razón; los dos sentados en nuestras mecedoras, cogidos de la mano, mirando al mar y viendo cómo pasa la vida de los demás ante nuestros ojos... Antes, bueno, no hace tanto, me parecía un futuro terrible; la muerte en vida. Ironías del destino. Ahora me parece un sueño dorado. No sé. Quizá sigo desvariando. También es cierto que las enfermedades cambian a la gente. Es posible que lo que me parecía absurdo, en mi pleno vigor, ahora que estoy algo disminuido, me resulte amable y hasta deseable. Aunque Clara era joven y proyectaba para sí un futuro como ése. Quizá por ello no la entendía. Mientras se pueden hacer cosas, no debe uno pararse a mirar cómo se desliza la vida sin intervenir en ella. No sé. Es posible que tuviera razón. A lo mejor ese afán por hacer, por urdir, no era más que producto de mi propia insatisfacción.

Bueno, ahora no voy a pensar en ello. Tengo proyectos. Esto también es acción. Sí. Lo es. Planear un retiro y lo que se hará en él, no es sentarse a esperar la muerte, es seguir viviendo de acuerdo con las circunstancias y lo que ellas permiten. Esto no debo decírselo a Clara. Si le hablo de que voy a buscarla porque las circunstancias me obligan, es capaz de matarme... En fin, ella no querrá admitirlo, pero yo tengo también razón. Si los acontecimientos no se encadenan de una determinada forma, uno no cae en la cuenta de ciertas cosas. Eso es así. Cada cual tiene su experiencia en la vida. Mi vida siempre ha estado a merced de imponderables. Yo no provoqué las malas acciones de mi hermano. Tampoco maté prematuramente a mi padre... ¿Qué podía yo hacer? Yo era la víctima de todas esas cuestiones. ¡A ver! Clara tenía otra experiencia. Ella decía que había que coger el toro por los cuernos, manejar la vida. Probablemente, era sólo una cuestión de lenguaje o de carácter. Pero nos entendíamos bien. No tiene por qué ser diferente ahora. Podemos volver a recobrar ese diálogo, esa comprensión mutua. También yo he reflexionado y, tal vez, he cambiado bastante. Es curioso, ahora estoy más menguado que nunca y, sin embargo, me siento más atrevido y más libre para actuar. Parece que la vida se burla de nosotros. Es divertido vivir, como decía Clara, porque se disfruta igual de lo que te da gozo que de lo que te mata de tristeza y angustia. Ambos sentimientos te proporcionan la medida de lo vivo que estás. Así es. Ella tenía razón en eso, también. Estos meses de soledad, de enfermedad, de melancolía, han sido vida y esta especie de renacimiento, de renovación y este nuevo ímpetu son también vida. Estoy más vivo que nunca y todo por haber estado a la puerta de la muerte. Parece un sarcasmo o una paradoja. No lo sé. Me da igual. Me siento bien de haber salido a la calle. Eugenio me ha dicho que podemos salir a pasear todos los días, aunque no sean días de trabajo. El suele caminar un rato cada día para despejarse, no le importa venir a buscarme y que paseemos juntos. Así charlamos y el paseo es más ameno. Eso dice el chico y le he aceptado el ofrecimiento. En pocos días, yo creo que me atreveré a salir solo. No es el cuento de la lechera. Éste es un plan que acabo de experimentar y con un poco más de tiempo dará sus resultados. Estoy cierto de ello. Mientras, no debo volver a hablar con Emeterio. No más charlas con

fantasmas, hasta que yo no afiance mi confianza en la realidad y vea que puedo controlarla. No más imaginaciones, que luego se vuelven fantasías absurdas. Estoy decidido. Emeterio, te toca dormir un rato en el fondo de mis pensamientos. No te olvido, pero no voy a darte lugar en mi vida por una temporadita. No quiero que te me aparezcas en sueños y me confundas con tu exégesis particular de los mitos bíblicos.

XXI

Emeterio, éste es un gran día. Todo era cuestión de tiempo. Ya te lo dije. Tú no me creías y, a ratos, te impacientabas. Pero, ya ves, tenía yo razón, como casi siempre. No te lo he dicho antes, amigo mío, porque he estado muy ocupado. Lo he hecho. Sí, lo que tú imaginas. He localizado a Clara. Le he escrito una larga, larguísima, carta. En respuesta a la última suya, pero también contándole todo lo que sucedió después. Eso que tú ya sabes... Ahora, es sólo cuestión de esperar. Estoy seguro de que contestará. Estoy completamente cierto. ¿Que tú tienes dudas? No. Deséchalas. Tú no la conoces como yo. Ella es sensible y generosa. Sí, es cierto, han pasado casi seis años. Su vida habrá cambiado, no cabe duda. También la mía. Yo ya no soy el de antes... ¿No he mejorado? ¿No he madurado muchas cosas por esta terrible experiencia? No me digas eso, Emeterio, tú sabes bien que si ya tenía antes buena disposición, ahora soy mejor. Las cosas se han ido decantando, depurando, afinando. La falta de libertad, aunque parezca paradójico, me ha liberado de muchos miedos. ¿Sigo siendo un poco pacato? No digas majaderías. Tú qué sabes. Nunca lo fui y menos ahora. ¿De qué me voy a precaver, de qué? a ver, ¡dímelo! Mira, Emeterio, si todo lo que te digo me lo vas a discutir, entonces es mejor dejarlo. Te digo que éste es un gran día y no intentes aguármelo. No te lo consiento. ¿Es que ya no recuerdas cómo me encontraba? ¿Es que no recuerdas cuántos días me pasé delante del balcón sin ánimo de nada? Y no digamos los anteriores, porque era mucho peor cuando aún ni siquiera podía sentarme ante el balcón. Es verdad, ya no me acordaba, tú llegaste después y te empecé a contar todo al cabo de casi dos meses. Es normal que no te hagas cargo de lo que aquello supuso, pero fue terrible. Terrible de verdad. Pero sí que te dije cuánta amargura y cuánta soledad habían pasado sobre mí. Creo que te

lo expliqué con toda claridad, sólo que eres un poco tardo de entendederas, Emeterio. A estas alturas, ya podrías conocerme y saber que no digo una cosa por otra. Llevamos ya mucho tiempo juntos y aún parece no entenderme, no comprenderme. Yo creo que no te esfuerzas bastante. Incluso pienso que te rebelas, que no quieres entender. ¡Allá tú! Pero lo que te digo es más verdad que la Biblia. He dado un paso importante, no sin esfuerzo, y eso tiene que tener su recompensa. Hasta Mariano está asombrado y tú te quedas ahí, mirándome con cara de escepticismo, como si desconfiaras, no ya de los resultados de mi gestión, sino de mi voluntad de emprender de nuevo un camino; un camino que no debí dejar escapar. Nunca es tarde y todo llega a su tiempo. Lo que en un momento no fue prudente, ahora y de cara al futuro, no sólo es prudente, sino que estoy convencido de que es lo que debía hacer. Es la última oportunidad y no puedo dejar que escape. Eso sí que lo entiendes ¡Vaya, menos mal! ¿Que si yo creo que la gente está siempre esperando por mí? No. En absoluto. Cada cual va a lo suyo. Sin embargo, yo sé lo que hubo, y donde hubo, queda. En eso confío. Más que confiar, ya te he dicho, tengo la seguridad plena de que es así. He pedido excusas, aunque no estoy muy convencido de que hubiera podido o debido hacer otra cosa. Pero he pedido excusas. Ella lo comprenderá. Yo creo que ya lo comprendió en su día. Así que no es tan descabellada mi esperanza. Emeterio, me has hecho mucha compañía. Ahora mismo me estás escuchando y eso es importante, pero tu cara de incredulidad te diré que casi me ofende ¿qué interés sacas en que me equivoque? ¿En qué te beneficia a ti que yo no consiga lo que pretendo? ¿No será que tienes miedo de que me olvide de ti, de que te arrincone por algo mejor? No seas bobo, Emeterio, tú has sido todo este tiempo mi único confidente, mi amigo, mi hermano. ¿Tan desagradecido me crees? No. Una vez que Clara me responda y según vayan las cosas, no dudes que seremos tres a compartir confidencias. Tres en compañía. A ella le gustaban estas cosas. ¿Es que ya no te acuerdas de cómo empezó todo? Empezó por ella. Si tú estás aquí ahora, es por ella. A mí solo no se me habría ocurrido. Acuérdate de las muchas dudas que tuve al principio. Hasta me parecía una manera de chifladura. Pero si tú no llegas a venir, si no llega a ser por tu compañía, sí que me hubiera

chalado. No lo dudes. También me vino bien el hablar contigo para poner en orden mis ideas, aunque tú te fuiste rebelando poco a poco y esa cara con que me miras significa, sin duda, que aún te me opones. Ya te convencerás. Te lo prometo. Mira, Emeterio, la vida es una cosa muy rara. Nadie llega aquí preparado para manejarla. Tú tienes tu modo de ver las cosas y yo el mío, eso es cierto, y yo no puedo por menos que actuar tal como mejor me parezca. Lo hecho, hecho está y se verá. Pero, cuando miro atrás y veo todo lo que ha sucedido, me doy cuenta de que podría seguir allí, clavado ante el balcón, sin más esperanza que morirme. Luego, llegaste tú. Nuestras conversaciones me fueron abriendo un camino que me llevó hasta este momento glorioso y no voy a dejar que me comas la moral con pegas y pamplinas. No señor. Además, la carta está mandada y es cuestión de tiempo. Te convencerás por ti mismo. Emeterio, ¿cómo se te ha podido olvidar qué situación tenía yo el día en que empecé a hablar contigo? No me podía mover, no tenía ganas de nada, los recuerdos eran confusos y dolorosos, todo yo era una queja, pero, sobre todo, era una queja desesperanzada. Acuérdate, yo allí, sentado ante el balcón, con los ojos perdidos a través de los cristales, mirando, sin ver, la casa de enfrente. Hasta tú llegaste, en un momento, a hacerte cargo de lo que aquello significaba, de cuál era mi estado de ánimo, si es que algún átomo de ánimo me quedaba. ¿Es que se te ha olvidado cómo te me viniste en sueños a recitarme los versos de Ungaretti? No te puedes imaginar el susto que me diste con aquella aparición. Temí que me había chiflado del todo. Decidí entonces enfrentarme a la realidad. Hablar con la gente de carne y hueso que me rodea. Eugenio, el último llegado, como pasa a veces, por eso me permito insistir en que las circunstancias ayudan o tuercen las cosas, ha sido para mí una bendición. Gracias a él me atreví a dar paseos. Luego, un día, le propuse salir por mi cuenta. Él se ofreció a acompañarme. Yo le dije que no, que quería probar solo. Supe, porque me di cuenta, pero me hice el distraído, que el muchacho, que es una gran persona, no lo dudes, me estuvo siguiendo todo el rato. Se ve que temía que me ocurriera algo. Al día siguiente, me preguntó por el paseo y le comenté que había sido estupendo. No le dije que me había percatado de que me seguía. Le insistí en que no me había fatigado apenas y que lo intentaría

más veces por mi cuenta, para tranquilizarle. Para que no se ofendiera le afirmé que, aunque prefería ensayarlo yo solo para acostumbrarme a no depender, que no rechazaba en absoluto que saliéramos juntos, porque sí que es más agradable estar en compañía y comentar las cosas que a uno se le pasan por la cabeza. El muchacho se sintió muy satisfecho con mis explicaciones y me confesó lo del seguimiento. Lo hice porque me daba miedo no le fuera a pasar algo, pero ya vi que se maneja usted muy bien con el bastón. Si es por la conversación, no dude de que yo le acompañaré siempre que a usted le apetezca. Sin embargo, no sabe cuánto me alegro de que haya decidido salir a la calle sin ayuda. Eso es un magnífico progreso. Yo creo que el doctor Céspedes no se lo va a creer cuando lo sepa. ¿Ya le ha dicho usted a Reme? Porque ella siente un gran cariño por usted. Me dijo, y no sabe lo apenada que estaba, que no le veía a usted avanzar en la recuperación, que lo veía mustio y apagado. Me recomendó que yo intentara animarle. Por eso se me ocurrió lo de los paseos, cuando usted me contó lo de las pesadillas. Me alegro tanto de que haya dado resultado. Debe contárselo a Reme, que seguro que se alegra. Todos los días, cuando dice que va a hacer recados, no es cierto, se va a la Antigua a rezar, se pasa allí más de un cuarto de hora de rodillas, con lo mal que tiene las piernas, para que usted se mejore. Dice que es una promesa y que seguirá así hasta que usted se anime y empiece a hacer una vida más normal. Ya ve. Así que dígaselo pronto, sino esa mujer va a acabar fatal de las piernas. Ya ves Emeterio, Reme me quiere. Eugenio me aprecia y se preocupa por mí. Soy un hombre afortunado. ¿Que ya lo decía Clara? ¿Que si yo he aprendido a querer a la gente ya? Hombre, digo yo que algo les daré cuando me aprecian ¿no? No resultará que todos son unos santos y yo una mala persona y un desagradecido que no repara en nadie. Bueno, Emeterio, volviendo a lo que te decía. Ya he salido. Ya he ido al Banco. Ya he averiguado la dirección de Clara. Ya le he mandado la carta. Sólo queda aguardar la respuesta. No te lo he contado antes, ni te he llamado en todos estos días, porque temía estarme chiflando del todo. No se puede hablar con fantasmas todo el rato. Ahora ya distingo la fantasía de la realidad. He estado en contacto con el mundo. He hablado con la gente. Me he paseado por la ciudad y he visto los cambios que ha habido en estos meses. Llevo

ya casi tres semanas que no me siento frente al balcón, envuelto en sombríos pensamientos. No. No volveré a hacerlo. Cuando Clara me responda y podamos hacer el plan de ir a Valencia a visitarla y quién sabe si a quedarme allí, entonces le contaré a ella cómo se me ocurrió inventarte y volverás a entrar en mi vida, Emeterio, junto con ella, en ese juego magnífico de explotar la imaginación. Entonces, Emeterio, no me importará ya que te me rebeles. Si quieres ser de otra manera, podrás escoger tu propio vocabulario y tu carácter. Te dejaré que hagas lo que quieras, porque si desvarío o desvarías, Clara pondrá orden. Ella restablecerá las reglas del juego. Ella será mi realidad. La realidad absoluta y definitiva sobre la que construiré mi vida. Dejarán de tener sentido para siempre los versos de Ungaretti, te lo aseguro. Ya nunca más habrá sombras, nunca me quedaré a solas con mis pensamientos. Ya no habrá una Eva ficticia que me envuelva con sus telarañas y me ofrezca vagos recuerdos del Paraíso. Será el Paraíso. Hasta tú habrás perdido la partida. Tal vez entonces tenga que cambiar de nombre y no me pueda ya llamar nunca más Miguel, para no caer en la tentación de volver a expulsarme del Paraíso. No sé qué nombre escogeré. Quizá sea Clara la que me dé un nuevo nombre. Un nombre desconocido, extraño, que no quiero ni puedo ahora imaginar o prever. Ella será la que me devuelva la vida y, nombrándome, me dé la nueva identidad que necesito. Ya lo verás, Emeterio. Hasta que me conteste y todo esto se cumpla, seguiré contándote cómo es mi espera. Una espera llena de ilusión y confianza. Una espera sin límites. Yo no quiero que ella me dé nada. Sólo quiero que me nombre, para regresar a la vida. A la verdadera vida. No quiero entusiasarme tanto. Esta especie de fervor que ahora me llena, me fatiga. Descansaré. Habrá que tener paciencia. Me iré a dormir y, cuando amanezca, ya quedarán menos horas para que Clara conteste a mi carta. Emeterio, soy casi feliz. Sí...

XXII

Emeterio, hace ya casi un mes... ¿No se habrá perdido mi carta? Tal vez se equivocaran en el Banco y me dieran unas señas que ya no son... No sé qué pensar. Es raro. Ella era muy diligente. No dejaba las cosas de un día para otro. Tenía un lema: Lo que uno tiene que hacer, debe hacerlo, porque mañana puede estar muerto y eso ya no tiene arreglo. ¿Qué le escribí? No se me ocurrió guardar una copia de la carta. ¿Piensas que pude decirle algo inconveniente? No. Te aseguro que no. Primero, le pedía perdón por todo lo pasado. Le decía que no había comprendido muchas cosas. Que mi experiencia había sido muy especial y que eso marca... Quería decirle que yo, en el fondo, no tenía muy claro cómo había que comportarse en la vida. Ya sabes. A mí me educaron para ejercer un oficio que nunca desempeñé. Luego, yo quería tener una vida normal, como la de todo el mundo, y creía que esa vida normal consistía en crear una familia, tener unos hijos... Ya sabes, lo que hacen todos. En fin, le decía que no la había entendido. Le contaba también lo de mi enfermedad y cómo me había sumido en una depresión profunda. Cómo, superada la muerte real, en el fondo, yo ya me sentía muerto. Muerto para el trabajo, muerto para la esperanza, muerto para la ilusión. Poco a poco, con tu ayuda, porque le hablaba de ti, Emeterio, con la ayuda médica, con los ejercicios y con mi fuerza de voluntad, le decía, me he ido recuperando y en el momento en que mi ánimo volvía a adentrarse en mi cuerpo, en ese mismo instante, se produjo el descubrimiento. Descubrí que lo que siempre había estado buscando era una amistad como la suya, que la había tenido y que la había dejado escapar tontamente, corriendo tras de espejismos más o menos vagos. Te aseguro, Emeterio, que la mía era una carta humilde. Una carta respetuosa y adolorida. La carta de alguien a quien al fin se le

han abierto los ojos y pide perdón. No te quepa la menor duda, Emeterio. Ella contestará, si no es que me dieron la dirección equivocada. No dejará de hacerlo. ¡Reme, qué susto me has dado! ¿por qué vienes así tan silenciosa? Me parecía que debía estar aquí Eugenio, porque le oía a usted hablar, pero ya veo que está solo. Pensaba en voz alta, mujer, nada más. ¿Qué pasa? Ha venido el farmacéutico a traer una carta certificada que dejaron para usted en su casa. Por lo visto, yo debía estar en la compra, cuando la trajeron y usted de paseo por ahí. Al hombre se le ha olvidado subirla antes. ¿Cuándo llegó? Hace como una semana. Gracias, Reme. Mira, Emeterio. De Valencia. Es ella. Aunque aquí sólo pone unas iniciales: CGS. ¿De quién será? No te impacientes, Emeterio. Ya voy. Ya voy.

Estimado señor de Lope:

Hace unos días nos fue remitida desde nuestro anterior domicilio una carta que había usted enviado a nuestra madre. Estuvimos dudando si abrirla o no, pero, finalmente nos decidimos a ello. Se la devolvemos, porque, desgraciadamente, nuestra madre ya no puede leerla. Ella falleció, repentinamente, hace un año. Arrojamus, según su deseo, las cenizas al mar. Nada nos queda de ella, sino su recuerdo y la constancia de su inmenso amor por nosotros. Hemos comprendido por su carta que usted también le profesaba un amistoso afecto y podemos asegurarle que era correspondido por ella. Yo recuerdo vagamente su aspecto porque sé que estuvo usted en casa alguna vez. Pero, puedo asegurarle que, en todos estos años, le hemos recordado muchas veces, porque ella hablaba de usted con frecuencia y nos contaba muchas de las cosas que decía haber aprendido en su compañía. Lamentamos que esté usted mal de salud y si se le ofrece alguna cosa en la que podamos serle útiles, no dude en pedir lo que desee. Por el afecto que nuestra madre le tenía, considérenos sus amigos para lo que guste. Ella, si le sirve de consuelo, no padeció enfermedad alguna. Falleció de un paro cardíaco durante el sueño. Hasta esa madrugada, había hecho su vida normal y parecía contenta y feliz. Para nosotros, fue un golpe durísimo, pero nos reconforta saber que no sufrió, ni llegó a una vejez difícil, ni padeció dolencia grave. Hacía algo más de un año que había aceptado

una jubilación anticipada y, desde el momento en que dejó el Banco, se había dedicado a prestar sus servicios como voluntaria en una organización de atención a los parados. Ya recordará usted que ella jamás estaba ociosa. Además de cuidar de nosotros, de atender ese servicio, tenía otra gran cantidad de actividades de todo tipo. Volvió a su vieja afición de pintar y de escribir y había organizado una especie de «salón cultural», como le llamaba ella con cierta guasa, con algunas amigas suyas también aficionadas a las artes y las letras. Lamentamos no poder enviarle en este momento ninguno de sus escritos y dibujos, porque una de estas amigas suyas ha conseguido que los publique una modesta editorial local y ellos tienen los originales. Si está usted interesado, en cuanto salga el librito, tendremos mucho gusto en enviárselo.

Vuelvo a expresarle nuestro pesar por su enfermedad y le deseamos una pronta recuperación. Gracias por su afecto hacia nuestra madre y le reitero que ella le correspondía con toda la generosidad de su corazón. Ya sabe usted cómo era ella.

Reciba un atento saludo de

Carlos González Soler

¡Emeterio! ¡No puede ser! No he leído bien. ¿Cómo ha podido abandonarme? ¿Cómo ha hecho una cosa así? No es justo. Ahora que yo he hecho este largo y duro camino. Ahora que ya me había decidido... No pongas esa cara, Emeterio, no vayas a decir ni media palabra. Tú no sabes lo que ha sido para mí este tiempo pasado. Por más que te lo haya contado, no te puedes hacer cargo. Y toda mi vida pasada, siempre pendiente de los demás y dejando de lado mis propios deseos e intereses. Yo siempre disponible, siempre dispuesto a salir corriendo para apagar fuegos que otros prendían. Y mi soledad. Mis soledades de cada hora, de cada minuto. Me he pasado la vida engañando a la soledad a fuerza de trabajo, a fuerza de dedicación a la docencia, a la investigación, a la puta burocracia. ¿Dónde estaba yo? ¿Por qué todo se ha ido poniendo en mi contra? ¿Por qué? No pongas caras, Emeterio. No me vayas a decir que era de prever. No hay nada que pueda predecirse. No. Es el tiempo que nos arrasa. Son las circunstancias que nos

llevan y traen. Coger el toro por los cuernos. ¡No digas tonterías! ¿Cómo iba yo a ser el dueño total de mi vida, si los demás tironeaban de mí hacia acá y hacia allá? No se puede ser bueno. Es una estupidez... No sé qué me digo. Me haces desvariar, Emeterio. Yo siempre he sido bueno, siempre he obrado con buena intención. Nunca por mi propio interés. Ya te lo dije; en lo profesional, me he dejado la piel ayudando a unos y otros. En lo personal, he ido resolviendo los efectos de los desmanes de otros. Cuando encontré una mujer que podría haber sido la ilusión de mi vida, algo se torció ¡vaya usted a saber qué! Prendido en aquella esperanza, dejé pasar a Clara. La vida es injusta. Cuando por fin lo entiendo y valoro lo que aquella amistad supuso para mí, la vida se me la lleva. No. Puedo haber leído mal. Ella no ha de estar muerta. No es posible. A lo mejor su hijo le ha quitado la carta. Tal vez no quiera que yo reaparezca en la vida de su madre. Podría intentar, como conseguí la dirección, buscar su teléfono. Indagar más. Es seguro que alguien pueda proporcionarme otras señas... Sin embargo, esa carta parecía sincera. ¿Cómo va un hijo a decir que su madre está muerta si no es cierto? Estoy pensando locuras. Aunque, nunca se sabe. Los hijos son muy posesivos, a veces, con sus madres. Tal vez sea eso. No. Tengo que admitirlo. Ella está muerta, pero ¿por qué? No puede hacerme esto. Aquellos ojos, aquella arruguita, sus frases... Toda ella, ceniza y polvo revoloteando sobre el mar. Ya nunca tendremos una tarde o un amanecer, sentados en nuestras mecedoras y mirando pasar la vida. Me parecía un futuro terrible. Me parecía una ausencia de vida y ahora... ¡Lo que yo daría por un poco más de tiempo! ¡Lo que yo daría por un minuto así! Un minuto de volver a sentir la mirada de aquellos ojos y saber que el mundo me pertenece. Cuando ella me miraba así, yo, desgraciado de mí, bajaba los ojos. No podía soportar aquella mirada llena de amor. He sido siempre un imbécil. No. Un imbécil no. Simplemente que no me di cuenta. Tan sólo que la prudencia me frenaba. La verdad es que aquella relación de tanta intimidad, pero sin que fuera un matrimonio, me desconcertaba. Lo normal entre un hombre y una mujer es casarse. ¿Por qué no se planteó nunca así? No lo sé. Si ella lo hubiera dicho... Tal vez... Claro que a mí me retraían aquellas afirmaciones suyas de que con un matrimonio en la vida basta. Cuando le conté lo de Isabel, no

entendía que una mujer pudiera casarse dos veces o hasta tres. Ella sólo creía que la movía el interés. No aceptaba que hay gente que tiene vocación de casada y que no se halla si no es en compañía. Sin embargo, ella recordaba con ternura su matrimonio con Carlos. No sé. Ella no se explicaba con claridad o yo no era capaz de entenderla. Tal vez debimos hablar más de este asunto. También es cierto que yo, ante sus afirmaciones, siempre tan tajantes, tan serias, tan pensadas y elaboradas, me sentía incapaz de argumentar. Cuando lo intentaba, ella siempre le daba la vuelta a mis planteamientos y me los dejaba hechos trizas. No me apetecía seguir con aquella dialéctica, en la que siempre parecía llevar ella la razón. Yo también tengo mi forma de ver la vida y, a pesar de todo, no me ha ido tan mal. Si no llega a ser por lo de mi hermano, si no llega a ser por esta enfermedad... Las cosas habrían sido de otro modo. Es curioso, en este momento, yo sería capaz de discutir con ella hasta la consumación de los tiempos. En realidad, me estaba planteando un futuro que, necesariamente, pasaba por discutir y discutir. Porque yo no voy a dejar de ver las cosas como las veo. Eso es evidente. Yo soy un hombre de carácter y con una personalidad definida. Está muy claro. ¡Qué importa que yo ya esté dispuesto a discutir de lo que sea, ella, ahora, ya no podría darme réplica! No. Ella es ya todo silencio. ¡Cuántas veces me reprochó a mí mis silencios! Una nueva ironía. Ahora ella está muda. Muda por siempre. Ya no habrá más ocasión... Clara, Clara. ¡Dios mío! ¿por qué ella? No ha debido ser así. No ella. Ella no...

* * *

Ya se están encendiendo los ojos de las calaveras. Otro día más. ¡Qué silencio! Ni siquiera tengo ganas de hablar con Emeterio. ¿Qué le voy a decir? Después de la carta del hijo de Clara y a pesar de ver lo abatido que me quedé, Emeterio fue tan cruel que hasta se atrevió a reñirme.

¿Cómo pudo hacer una cosa así? Me dijo que ya me había avisado. Que me lo había dicho. Que cabía la posibilidad de que ella estuviera muerta... Despiadado Emeterio, no tuvo la más mínima compasión de mí ni de mi última esperanza... Nadie se apiada de mí. Siempre he tenido mala suerte. Con lo que he luchado en la vida y cómo me paga. Cerrándome el único camino que me quedaba. Ya no me queda sino resignarme a estar aquí clavado en este sillón. Nada me queda por hacer en la vida. Ella lo era todo para mí. ¡Dios mío! ¿por qué me persigue así la desgracia? Siempre yo la víctima, siempre yo el hombre abandonado y olvidado. Es como un vagar sin fin, este camino estúpido de la vida, que nos lleva y nos trae como a muñecos de papel. Ni siquiera me queda el consuelo de recobrar su imagen en estos acuosos cristales. No queda ni la tela de araña. Todo se me ha negado. Todo...